DANY ALEJANDRO HOYOS

Primavera



RANDOM HOUSE

DANY ALEJANDRO HOYOS

Primavera



RANDOM HOUSE

A Néstor, Juan, Johan, Héctor, Jorge, Luis Carlos, Hamilton y Elkin.
A los jóvenes que murieron en los años ochenta y noventa por causa de la violencia en Colombia.

«Esta historia sucede en estado de emergencia y de calamidad pública. Se trata de un libro inacabado porque no tiene respuesta, respuesta que, espero, que alguien en el mundo me dará. ¿Ustedes?».

CLARICE LISPECTOR, *La hora de la estrella*

«¿Quién le dijo que yo era
risa siempre, nunca llanto,
como si fuera la primavera?
¡No soy tanto!».

NICOLÁS GUILLÉN, *De qué callada manera*

«Todos los hechos lo condenaban.
Las anécdotas y los recuerdos hablaban mal de él.
Con los ojos enterrados en el piso
sufriendo las malas jugadas de su existencia
Ramiro recorrió las calles del barrio».

RUBÉN BLADES, *Maestra vida*

«Amigo, llevame de nuevo al barrio. Subamos juntos esas calles empinadas en las que Jose pintó un Papá Noel que le quedó boquitorcido, con unas campanas y un árbol de Navidad que se fueron desvaneciendo con la lluvia y las pisadas de nosotros; llevame otra vez a las rumbas de Las Abuelas y a la acera de Los Gordos. Por favor, volvamos a la tienda de Andrés y compremos un Chocoramo con gaseosa y sentémonos, en pantaloneta, a ver pasar gente, a burlarnos de todos, a soñar con que hacíamos los goles en el último minuto, que yo jugaba en el verde y vos en el rojo y que nos poníamos de acuerdo para que vos ganaras uno y yo otro. Nunca soñamos con irnos, y mirá, home, nos fuimos, pero nos quedamos. Parcero, contales nuestra historia, la del equipo de fútbol, la de Jose, Jhonny, Rubén, Óscar, la tuya y la mía. Vos que podés. Deciles a todos que se les extraña. Deciles que nosotros, desde aquí, no olvidamos… Vos, que podés, deciles lo que podás».

LA PREVIA

«Cuando era niño, mi barrio era un continente y cada calle era un camino a la aventura».

Crecí en un barrio popular. Mis palabras tienen el tufo de la calle y el aroma a petricor del asfalto cuando llueve. Mi territorio fue una acera; mi estandarte, la camiseta de un equipo de fútbol. Mi cuna fue prestada. Mi apellido nunca gobernó, fue gobernado. Mi herencia no se firmó en notarías; mi legado es la memoria, las historias que me contaron. Mi linaje viene del sudor de los que nacieron en la mala y vivieron en la buena. Mis juguetes fueron imaginarios: escondite, chucha cogida, yeimis, arranca yuca, stop, tin tín corre corre y esconde la correa. Mi banda sonora eran lamentos cantados a ritmo de salsa, vallenato, tango y ranchera. Mi mundo medía tres cuadras, el chisme se camuflaba detrás de las cortinas, la tienda era el club social, el ágora donde nuestros papás filosofaban, el núcleo de la parranda, el centro de las noticias, el banco de los vecinos, el sostén de las hambres fiadas que se anotaban en un cartón de cigarrillos. Crecí en un barrio y aprendí que la comida era «lo que haya» y el postre era el miguelucho que se hacía con la leche cortada. Calmé antojos con bolis, banano congelado, cremas, paletas de queso con bocadillo, de coco o de mango biche; aprendí que no hay placer más genuino que chuparse la bolsita de mango y limón con su agüita salada, que la buena yuca se reconoce metiéndole la uña, y el aguacate, apretándolo con el dedo índice, que los buñuelos se voltean solos, que la empanada es lo que más se vende, que los bananos se dan de ñapa, que todo se cura con vinagre, bicarbonato y limón, que el más jugoso es el limón chiquito; aprendí que el mango y la naranja sirven de pasante para el aguardiente, que el ron abre piernas, que no se sabe qué es peor: si

emborrachar una traba o trabar una borrachera, que el caldo calma el guayabo y la cerveza también, pero da paradera al baño, que el sancocho sabe mejor en leña, que la comida no se bota y que si sobra se hace calentao o se deja para el perro y que los pregoneros de las tiendas ambulantes despertaban al mundo ofreciendo con voz de tenor ¡Aguacateee! ¡Mazamorraaaa! ¡Pasteleeees! ¡Heladooos! O tratamientos psicológicos gritando: Se arregla la de presión.

Crecí en un barrio con padres que filtraban con anís la realidad y madres que inventaban la vida recostadas en los marcos de las puertas mientras se secaba el piso recién trapeado. No me pisen que acabo de dar la última, gritaban. A eso de las doce del día comenzaba a sentirse un olor a comida y guisantes que salía de las casas a llamar a los hambrientos, llevado por el viento que bamboleaba la ropa extendida en los balcones, las terrazas y las ventanas enrejadas con hierro, como si tuvieran barrotes carcelarios, y unos vidrios en celosías que servían para ver sin ser visto. Crecí en un barrio en el que se hacían paseos a la Costa, al mar, organizados por la misma persona que dirigía la natillera, una cooperativa no oficial en la que los socios aportaban una cuota mensual y al final del año recibían el acumulado de sus ahorros con los intereses obtenidos en paseos, bingos y empanadas que bailaban al son de los porros, el vallenato, el merengue, la salsa, la Billo´s Caracas Boys, Los Melódicos y El Combo de las Estrellas, ¡qué nota! En mi barrio las risas eran una sonora matancera, sin taparse la boca por apariencias o pudores; estridentes, endiabladas, tan desvergonzadas que dejaban ver las calzas negras al fondo de la boca, la encía sangrante y la campanilla vibrando de alegría; se mostraba el diente y se miraba a los ojos; los novicios labios jugaban pico botella y la

verdad o se atreve; el sexo era distintivo de hombría, la inocencia se confundía con pendejada y los pies se usaban para bailar, correr detrás de una pelota o escapar de la muerte. Aprendí que «todo bien», a veces es «todo mal», que los sapos mueren estripados, que el que come callado come dos veces, que al que se maneja bien lo matan de último, que es mejor que digan aquí corrió que aquí cayó, que el que nada debe nada teme, que no se meta en donde no lo han llamado, que el muerto se respeta y al vivo se cuida, que insultar a la mamá de otro era una guerra, y a la propia, una maldición, que la «vaca» era el banco si la plata no alcanzaba al deseo. Nuestra fortuna era fiada: los muebles eran un poquito nuestros con la cuota que los domingos pasaba un señor a cobrar. Algunos pagaban, otros se escondían porque guardaban la plata hasta diciembre, la época cuando cerraban la cuadra para propiciar las bacanales de la desmesura en las que llovían cadenetas de colores que bañaban de alegría los pesebres y, al son de las canciones de Doris Salas, los niños se quemaban las pestañas jugando a la candelada del diablo.

Crecí en un barrio y viajé en bus por la puerta de atrás. Otras veces mi mamá me metía por debajo de la registradora y, cuando el chofer se pasaba de nuestra parada, mi papá le gritaba: ¿Nos vas a llevar para su casa o qué? Así, tuteando y usteando en la misma frase. Supe que era muy difícil que un taxista recogiera a un herido porque si se moría le salaba el carro, que en un Renault 4 cabían las mismas personas que en un crucero de la Royal Caribean y que la moto entre más gangoso sonara más peligrosa era. Crecí en un barrio donde conocíamos a nuestros vecinos y, con la misma pasión primaria con la que nos reproducíamos, nos matábamos entre

nosotros. Morimos varias veces. Crecimos al tiempo y a destiempo. *Crecí luchando, como los otros, los que crecieron como yo, de humilde cuna, con su fortuna hecha de sueños, como yo…* Era un niño que corría detrás de un balón y que emborrachó sus miedos desde los trece años. Un ovillo de barrio que necesita desenmarañar los orígenes de sus nostalgias, a ver si es cierto que uno es de donde viene. Yo vengo de un barrio llamado Primavera.

Primavera era un potrero en una ladera de Medellín que fueron poblando campesinos en la diáspora de los años cincuenta. Llegaron liberales huyendo de conservadores y godos perseguidos por manzanillos. Anclaron sus techos sin orden, pero con curia. Nacieron casas que compartían muros y resistían temblores, hechas por oficiales empíricos, aquellos que de lunes a viernes construían edificios en los barrios elegantes y los fines de semana pegaban adobes y vaciaban terrazas a ojo, nivel y plomada. *En cada cuarto, una esperanza, ya madura*... Casas de tres y cuatro pisos, con apartamentos interiores que formaban laberintos donde los amantes nativos no necesitaban el hilo de Ariadna para salir. La que sí necesitaba ser dirigida era el agua, que se canalizaba por un entramado de tubos de diferentes tonos de amarillo y naranja que bajaban apretujados por espacios minúsculos buscando una calle, una acera o formando charquitos en escalas de hormigón construidas a cuarenta y cinco grados, ideales para masacrar rodillas y fortalecer glúteos. Para asombro de los ingenieros estructurales, a la fecha no se ha desplomado ni un apartamento, y si se llegara a caer alguno, ya habría cumplido su ciclo de cuarenta o cincuenta años, lo que justificaba el riesgo y la inversión. Primavera crecía y lo que no podía el Gobierno lo hacía la gente. Un cable de energía

servía para varios hogares hasta que alguien decidía independizarse, hacía la solicitud a las Empresas Públicas y traían otro cable, que a su vez era usado para nuevas viviendas, hasta que una de ellas se independizaba, y así, siguiendo la corriente, se fue llenando el barrio de postes con cables cruzados en un perfecto caos ordenado que servía para el descanso de los pájaros y como colgadero de tenis desechados.

Primavera tenía una quebrada compuesta de agua, basura y chuchas. Ratas gigantes con colas largas y gruesas que nosotros ahuyentábamos a pedradas desde lejos porque de cerca ellas nos espantaban a nosotros. Cuando llovía, Primavera surtía a la quebrada con colchones, hornos, tarros, muebles viejos, escombros y desechos que el carro de la basura no recogía. Entonces, ella, furiosa, arrasaba con todo para morir frenética y putrefacta en un río llamado Medellín, que quedaba después de la avenida principal, una calle por la que pasaban los buses en bombas de fuego para triunfar en la guerra del centavo, competencia vertiginosa que ganaba el conductor que recogiera más personas durante el trayecto y les hiciera sentir la experiencia mareadora de una montaña rusa sin tener que pagar un costo adicional. El color del río era café, aunque a veces, como los políticos, cambiaba y era rojo, verde, naranja o azul, dependiendo de los químicos que le echaran las empresas desde arriba. Le invirtieron millones, pero por sus aguas, que nacían diáfanas en La Clara, Caldas, solo podían navegar la mugre, los gallinazos picoteando muertos y los desechos de una ciudad esperanzada en que las rabias, las vergüenzas y las frustraciones se las llevara la corriente. Después de una tempestad o en la canícula, el aire se infestaba de olor a mortecina. Era como el río de Heráclito,

no por razones filosóficas, sino porque después de la primera bañada a nadie le quedaban ganas de bañarse dos veces. El río rezaba el dicho popular: mirame, pero no me toqués. La única vez que lo hicimos fue tratando de recuperar un balón. Nos costó ingentes sarpullidos que desaparecieron después de dos semanas y gracias a las cremas de doña Julia, dando paso a las marcas de correa y chancla de nuestros padres, quienes pacientes esperaron para darnos sendas pelas con entonación de sílabas en mayúsculas: LE-DI-JE-QUE-NO-SE-ME-TIE-RA-AL-RÍO-CU-LI-CA-GA-O-DE-SO-BE-DI-EN-TE. Aun así, amo al río. Me gusta admirar su belleza y resistencia, su cauce es como aquellos seres que, a pesar de la basura, la abulia y la desazón suprema que reciben del mundo, fluyen con la ilusión de un mejor destino aguas abajo.

Primavera creció en desorden y descuadró la planeación de la ciudad que iba simétrica con calles en líneas rectas. Desde el otro lado del valle se puede ver la transición entre la rectitud del asfalto y un amasijo de casas y calles curvas, transversales, atravesadas, recovecudas que fueron el dolor de cabeza de los trabajadores de Planeación y Catastro que no sabían cómo poner las nomenclaturas. Por birlibirloque, entre una calle y otra brotaban dos calles más; entonces, además de los números, había que apoyarse en las letras, y así nacieron las calles 98A y 98B. Tiempo después la calle 98A tendría una hija, la 98AA, y así en seguidilla de alfabeto. Fue entonces cuando los nativos de Primavera, en busca de la simpleza, decidieron crear sus propios nombres de referencia: «Por don tranquilo», «Por el batallón», «Por la iglesia de Palos Verdes», «Por la cancha», «Por La Maracaná», «Por el Puente del Mico», «Por La Minorista», «Por La Mayorista», «Por La Asomadera», «Por la Placita

de Flórez», «Por el rompoy de don Quijote», «Por La Alpujarra», «Por La Bayadera», «Por el estadio», «Por la estatua de René», «Por los sanducheros», «Por el redondel», «Por el Nacional», «Por la ranchera», «Por la terminal», «Por La Toma», «Por Los Pomos», «Por La Palomera», «Por Las Mellizas», «Por el plan», «Por la unidad intermedia», «Por El Ventiadero», «Por el carro muerto», «Por El Hueco», «Por el santos», «Por la tienda de Andrés», «Y por mi casa» a donde llegué cuando tenía ocho años y encontré dos muertos en la sala y a otros niños *Como yo, como nosotros.*

«Yo tengo dieciséis y de la vida no me quejo, hay mucho que aprender y ya yo sé más o menos. Yo tengo un poquito de sabiduría y más todavía voy aprendiendo de la vida».

En el principio era el verbo, el verbo jugar. En China fue cuero relleno de pluma. Fue piedra, fue caucho, hilos enrollados y vejigas de cerdo rellenas de crines de caballos; fue novedad cuando Goodyear descubrió la vulcanización del caucho; fue entretenimiento de los caballeros en las tierras de Albión y es escape emocional de obreros. Fue negro, vinotinto y marrón; ahora es blanco, amarillo, rojo, con rombos, estrellas y pecas negras. En momentos no oficiales fue plástico, cuero, carey y goma.

Con los años fue bautizada como Tango, Azteca, Brazuca y Jabulani; también fue Crack, Mikasa y Golty. Por eso, así como a la salsa de tomate la llamábamos Fruco, a la crema dental, Kolino, a la goma de mascar, Chicles, a los pañuelos desechables, Kleenex, y al poliestireno expandido, Icopor, cuando yo tenía cinco años y aprendí a juntar las primeras letras pensaba que tenía por nombre Golty.

Fue ella: pelota, bola, bocha, número cinco, pecosa, caprichosa, sagrada y redonda. También fue él: balón, útil, cuero y esférico. Viajó al occidente en barco, llegó a Río de Janeiro y se instaló en las favelas que no eran favelas todavía; arribó al Río de la Plata a bailar tango con los porteños; encalló en Colombia en el puerto de Barranquilla metida en la maleta de los ingleses trabajadores de la United Fruit Company que llegaron a llevarse el banano, y en Primavera apareció cuando solo existía el verbo, por eso el día que llegamos al barrio ella estaba esperando por nosotros para que un niño le dijera a otro: ¿Jugamos?

«Sobre las tumbas hay gente que se ama; humildemente una flor de llanto quiero dejar».

Había una vez un velorio en la sala de mi casa. Dos cofres grandes de color café alumbrados por ocho velones; corrillos de gente, murmullos que entraban y salían de la casa, caras de circunstancia, hombres hablando en voz baja y moviendo las manos como en un encuentro de sordos; las señoras sentadas con camándula en mano: Dale, Señor, el descanso eterno y brille para él la luz perpetua; tinto, aromática, aguardiente, lágrimas, lamentos, mocos, pañuelos, pelos despeinados; ramos de flores en las esquinas, debajo de los ataúdes, en la cabecera de los difuntos, y otros que iban llegando los ponían en la puerta al lado de los dos carteles con los nombres de los finados. Dos mujeres lloraban intercambiando de muerto cada tanto. Una de ellas volteó y nos miramos de frente. A pesar de lo que hacen el trasnocho, las lágrimas y el maquillaje corrido, era bella. Su nombre era Ana. Al verme, siguió en su pena y yo seguí confundido buscando a mi mamá entre faldas oscuras y camisas que olían a sudor, a baba, a flores, a ese tufo amargo que se siente en el aire cuando hay una velación, el buqué del formol. El muerto no era mi papá; se escuchaba su viva voz desde la tienda de Andrés, retumbaba por encima de la música: *Cuando al panteón ya me lleven, no quiero llanto de nadie, solo que me estén cantando la canción que más me agrade*. Supe que no era mi mamá. Ella apareció con un charol ofreciendo tinto en un velorio que le tocó aceptar. Los vecinos le dijeron: Ayúdenos, vea que la casa de nosotros es muy pequeña y no tenemos plata para pagar una sala en el centro. Mi papá, hombre generoso con lo ajeno, le propuso: Mija, hagámosles el favor, mire la tragedia que tuvieron, nada nos

cuesta, vea que ni muebles tenemos, entonces no hay que abrir campo. Pero me va a tocar atender a todo el mundo y yo de dónde y yo con qué tiempo, le vaticinó mamá. Mijaaaa, insistió papá, sirve hasta de negocio: con la cantidad de muertos que tiene este barrio, tener una sala de velación es un machete. El chiste no le hizo gracia. Yo le ayudo, afirmó mi papá para convencerla. Ella aceptó y la ayuda se fue a beber a la tienda con los otros borrachos melancólicos y la dejó a ella de mesera y anfitriona de dos muertos ajenos. Por eso estaba con los ojos envueltos en desespero. Aun así, se olvidó de sus frustraciones matrimoniales, los tintos, las aromáticas, los muertos prestados y le sonrió a su hijo de ocho años quitándole el susto y el desubique que tenía por volver a su casa y encontrarse la velación de Nicolás y Aníbal.

Dos hermanas perdieron a sus esposos. Se habían ido a vivir con ellos el mismo año y los perdieron el mismo día. Aníbal era el marido de Ana. Ligia era la mujer de Nicolás. Le decían Colas porque el hermanito cuando era bebé no podía pronunciar su nombre correctamente, entonces en lugar de decirle Nicolás, le salía Colás, y así se quedó, pero con otro acento. A Colas lo habían matado hacía dos días en la tienda de Andrés. Estaba con los papás hablando de fútbol: Es que el equipazo que tiene Nacional no lo tiene nadie. Que deje y verá que pierde el clásico con el Medellín. Que eso se sabe porque Pablo Escobar es hincha del rojo. Que dejá de hablar caspa, que Pablo le compró la Copa Libertadores a Nacional amenazando a los árbitros. Que claro, por eso fue que cancelaron el torneo. Que sí. Que no. Que oigan a este... En esas estaba el difunto Nicolás cuando escuchó el ruido gangoso de una moto, de la que se bajó un tipo con un treinta y ocho y corrió hacia la tienda. Nicolás al verlo saltó

por encima de la reja con la agilidad que da el miedo, cayó a la calle y salió disparado rumbo a la avenida, pero la muerte había hecho el día anterior una visita técnica al lugar de los hechos; tan planeadora, tan profesional, tan puntual, regó un aceite de carro en la calle, justo por donde iba a pasar Nicolás con sus zapatillas de bailarín, y el perseguido resbaló, perdió la ventaja que había logrado al saltar la reja, el asesino le apuntó desde la tienda y acertó el primer tiro en la espalda. Nicolás trató de levantarse del charco de aceite y ahí le pegaron el otro disparo en el cuello que lo mandó para el más allá. No eran necesarios el resto de tiros que le pegaron en el suelo para asegurar el trabajo. El sicario se montó de parrillero y salieron como alma que lleva la Suzuki 115 en dirección a la avenida dejando al hombre que estaba metido en la sala de mi casa con las manos en el pecho, tirado en un charco de sangre y aceite, rodeado del barrio Primavera, que salió a lamentarse, a tratar de montarlo a un taxi para ver si podían salvarlo, pero qué va, la muerte ya estaba en otra cuadra, ella hace sus trabajos y no se queda supervisando, se va para seguir con sus labores porque bien comprometida sí es, digan lo que digan de ella: que mala gente, que la mueca, que la pelona, que no tiene corazón, pero mala trabajadora jamás. Se fue y dejó la zozobra en los vivos con el coro: ¡Mataron a Nicolás! ¡Mataron a Nicolás! Su esposa, Ligia, llegó corriendo y paró en seco. El sufrimiento la arrodilló al lado de su hombre: No, no, no, Nicolás, mi amor, no, Nicolás, no. Lo llamaba como si estuviera dormido; lo sacudía para que despertara de su sueño yerto, con la impotencia y el abandono del que se queda en el lado de la vida: Nicolás, mi amor, despertate, le imploraba con la voz cortada, Nicolás, no me vas a dejar sola pues, ¡despertá, Nicolás, papi!, ¡despertá pues! Pero

nada, Nicolás ya no estaba ahí. Le tocó suavecito la cabeza, como si lo peinara. La realidad de una época se le mezcló en las manos en forma de sangre viscosa, coágulos calientes de su amor del Chocó que la había enamorado tocando la trompeta en las noches y capturando ladrones en el día.

Al menos quinientos policías murieron en esos años a causa del Plan Pistola de Pablo Escobar, en el que el patrón del mal pagaba un millón de pesos por policía muerto; quinientas familias quedaron sin padres, sin hermanos, sin tíos, o como Ligia, sin marido, por culpa del asesino más reconocido que ha tenido estas tierras. Promotor de una parca que con su insaciable gula en los años ochenta y noventa devoró la ciudad, se la tragó sin masticar, como un Pantagruel moderno, y uno de esos banquetes fue Nicolás. Estuvo Ligia en su momento aciago llorando a su marido mientras alrededor las mujeres gritaban escandalizadas, se tapaban la boca y se echaban la bendición. Los hombres olvidaron el fútbol. Los más envalentonados juraron venganza: Hay que perseguir a esos pirobos. Esos hijueputas ya dónde irán. Busquemos un carro para llevarlo al hospital. Rápido, échemelo al hombro, yo lo llevo. ¡Ya está muerto; mejor déjenlo ahí hasta que venga la policía! ¡Jueputa, mataron a Nicolás! Los niños miraban un cuerpo inerte con huecos en la cabeza del que brotaba un líquido rojinegro que se fue deslizando por el borde de la calle hasta evaporarse, dejando la mancha seca que me mostraría Willy, mi primer amigo en Primavera.

No bien puse mis cosas en la cama, mamá preguntó cómo había estado el viaje y si mis abuelos le habían mandado alguna razón. Tómese esta aguapanela. Cuando ya iba a contarle mis historias en la casa de Papito en Ituango y la falta que me hizo, ella se fue a

atender a la gente, dejándome una caricia en el pelo en señal de «Ya estás aquí, hijo mío, te quiero mucho, te voy a cuidar, pero ahorita hablamos, que estoy muy ocupada atendiendo un velorio de unos muertos ajenos». Después de la aguapanela salí y encontré de nuevo a ese gentío desconocido. Una señora regañó a un niño que trataba de levantar uno de los ramos. En la puerta le pregunté qué iba a hacer con las flores y él me explicó que lo habían mandado por unos ramos porque en la casa de Las Abuelas, donde había otro velorio, no tenían casi, que de allá lo habían mandado para acá. ¿Y es que quién más se murió, pues?, pregunté. No se murió, Frankie se mató, me respondió. Es lo mismo, repliqué levantando los hombros. No, no es lo mismo: cuando uno se muere de enfermo pues se muere, y cuando a uno lo mata otro pues lo matan, y cuando uno tiene un accidente es que se mató. La primera conversación que tuve con Willy fue a los ocho años sobre las diferentes formas de morir.

Frankie iba en la moto con Aníbal. La mamá les echó la bendición, salieron a pescar y no se supo de ellos hasta que la policía llamó a decir que una tractomula se los había chupado y los estripó con las llantas de atrás y que por favor vinieran a identificar los cuerpos, aunque no había mucho que reconocer, pues la muerte a veces se las da de artista y pinta unos cuadros que hasta el más impresionista queda impresionado: sangre, piel y tripas regadas en el pavimento, la cabeza de Frankie descuartizada y Aníbal sin un ojo. No somos lindos por dentro, por eso las cajas de Frankie y Aníbal estaban tapadas para que nadie viera el despojo en que se habían convertido a pesar de los esfuerzos del tanatopractor por acomodar las partes. Las caras quedaron descuadradas, igual que las vidas de los

dolientes que se repartían en las dos casas: la nuestra y la de Las Abuelas.

Aníbal, el tercer finado, el que iba manejando la moto, era el padre de Rubén. La esposa no quería dejarlo ir a pescar: Una como mujer tiene un sexto sentido, yo ese día sentía como una cosa toda maluca, no sabía qué era, como un vacío, y les decía que no se fueran por allá, pero no me hicieron caso y vea, me dejaron sola con mi niño. Esa misma mujer salió de mi casa después de llorar al hermano para la otra velación a llorar a su esposo. Las hermanas viudas turnaban las lágrimas, lloraban un rato en nuestra sala, después sollozaban en la de ellas con el mismo pañuelo, el mismo corazón, el mismo lamento de amor perdido, de abandono, de soledad y la aflicción que nunca desaparecería de sus ojos. Años después me contaría Ana lo difícil que fue para ella quedarse sin piso, en el aire, sin la vida que había planeado con Aníbal; no era mucho, pero eran sus planes. Se sentía extraña por no tener a quién culpar, necesitaba descargar en alguien o en algo la furia de su duelo, pero a su esposo no lo habían matado como a Nicolás, había tenido un accidente, se lo había llevado Dios, que no pensó en ella ni en su hermana. Entonces, como no tenía contra quién o contra qué descargar la cólera, dejó de ir a misa: Me volví atea, papi, me decía entre risas y se echaba la bendición. Todavía no entiendo por qué mi Diosito fue tan inhumano para hacer que perdiéramos a tres personas de tacada, y para acabar de ajustar los mejores, Dios se lleva a la gente buena, papi, ellos no se metían en vueltas ni en calenturas, mi Aníbal trabajaba juicioso, y el marido de Ligia tocaba su trompeta en un bar de la 70, quería dizque grabar un disco el pobre, sí, claro, era policía, pero de los buenos, y mi hermanito, ay,

tan bello que era, no peleaba con nadie, se pasaba de bobo, y Dios nos viene a quitar a los tres, ah, papi, ¿no le parece muy cruel eso? El joven que era en ese entonces y el adulto que soy ahora seguimos sin saber qué responder. Ana hizo las paces con Dios luego y trasladó su odio hacia los conductores de tractomulas. Cuando trabajaba en restaurantes le escupía la comida al que tuviera cara de mulero, solo por sospecha; el que fuera barrigón recibía el aliño de su baba. Después enfocó su rencor en las motos, no podía verlas, no dejaba que ninguna se parqueara al frente de su casa, peleaba con sus hermanas por eso, llegó a rayar muchos tanques y farolas con las llaves, veía con satisfacción al pobre dueño de la moto renegar y echar madrazos culpando a los niños. Llegó a tenerles tanta tirria que escucharlas le martillaba la cabeza: Imagínese, papi, cómo vivía mi cabeza en este barrio lleno de motos. Desarrolló una migraña que se le curó con el tiempo a punta de, según ella, agua de zanahoria y vinagre. Se volvió gruñona. Sus hermanas le advirtieron que a una mujer triste no la quiere nadie. Entonces que no me quiera ningún malparido, les contestaba seca. Las lunas y los soles hicieron lo suyo y camuflaron sus rabias con bebida, baile y fiesta. Se transformó en una viuda alegre y le quedó gustando. Mucho baile y trago, pero con los hombres de lejitos. Ese fue su último foco de duelo: nosotros, los hombres; el que le duró más, de ese nunca pudo curarse: Los hombres solo sirven para sacarles plata, el único que valía la pena ya no existe, sentenciaba. Esos ojos siguieron llorando por dentro. La muerte la blindó para el amor, y yo me choqué con esa coraza.

El afecto que le quedaba lo destinó a su hijo, Rubén, mi amigo, que el día del velorio estaba sentado en una silla al lado del cofre con el traje de moda: camisa blanca y pantalón negro. Todos

pasaban y le tocaban la cabeza en ritual de consolación. Willy le preguntó: ¿Jugamos?, y le ofreció del Chococono que nos había comprado fiado mi papá, pues el alcohol lo volvía millonario. Nos pusimos a chutar el balón con los otros niños contra un muro de ladrillo que hacía las veces de arco de fútbol. En dos casas lloraban tres muertos, nosotros gritábamos gol y los papás aullaban rancheras, compartían sus babas de copa a copa lamentando haber perdido a Nicolás, a Frankie y a Aníbal. Una tragedia que, en un día, a dos esposas se les llevó el amor, el hermano y el cuñado; en un mismo día Rubén perdió a su padre y al tío; en un mismo día la cuadra perdió a tres vecinos y amigos; en un mismo día mi mamá sirvió café y aromáticas para muertos extraños. No volvió a prestar la casa, corrió a solicitar un crédito, compró un sofá y un comedor para que nadie nunca más volviera a pedirle un favor semejante; y en un mismo día, ese día, nació el nombre del equipo de fútbol más famoso de Primavera: La Fania. Frankie – Nicolás – Aníbal.

«Se tiñó la fiesta de rojo, se tiñó de rojo».

El Narrador se pone una camiseta del Medellín. Una persona de producción le acomoda el micrófono. Inicia la entrevista, hablan del último partido que perdió el equipo, pierde mucho, gana poco, casi nunca. Suena al fondo la canción *No necesito que estés arriba para quererte, glorioso DIM*… El Narrador sonríe, se regocija en las derrotas, ese es el Medellín, piensa, la representación de Colombia, un país que vive en la desmesura, que cuando gana es el mejor y cuando pierde tira todo cual niño chiquito berrinchoso que hace pataleta y daña los juguetes, un país que vive de los segundos lugares, en la Copa América, en el automovilismo, en Miss Universo, una tierra que no sabe ganar y celebra pequeños triunfos, efímeros encuentros con la esperanza de un cielo, eso es ser hincha del DIM, eso es ser colombiano, eso es ser pueblo. En la entrevista hablan de las cábalas, esas creencias traídas de Argentina que tipifican el uso de una prenda de vestir, un amuleto o una acción determinada, repetidos partido a partido para que el equipo gane: si el día que tenía camisa azul ganó el equipo, esa camisa no se lava, ni se toca, se guarda hasta el próximo partido. Tal juego de superstición termina cuando llega la derrota, como si a la camiseta se le acabara el conjuro mágico, por lo tanto, se renueva el tótem. Por eso el narrador dice que el Medellín le ha gastado todas las camisetas de las cábalas y ya casi le agota también los calzoncillos. El presentador sonríe y le pregunta desde cuándo es hincha. El Narrador piensa un poco y responde: Hincha no, yo soy un enfermo. Con esa frase termina el video que suben a YouTube.

«Señores, salió el doctor,
viene un poco sudoroso.
Su hijo nació varón, señor,
es grandote y muy hermoso».

Esta enfermedad la heredé de mi padre. A los cinco años me llevó a comprar un balón. Había rojos y verdes. Elegí el rojo. Lo único verde que tengo es un tapete para pisarlo, decía mi papá. Casi que todo en la casa era rojo. Papá dice que no, que el primer momento, el instante fecundo de esta enfermedad ocurrió cuando yo tenía dos años: en sus brazos y con camisetica roja canté un gol del Medellín en una cabina radial del estadio. Aquella tarde el Poderoso perdió el partido, pero ganó un hincha. Mi voz aflautada, que apenas estaba aprendiendo a pronunciar las palabras, gritó: ¡Gooool e me llín!, y despertó tanta ternura que la reprodujeron en la emisora varias veces y a mi papá le regalaron un LP de los Catorce Cañonazos. El locutor, con entusiasmo, aseguró que ese infante tenía madera para los micrófonos, el fútbol y el sufrimiento. Pero ese es un recuerdo de mi padre. El mío es de cuando tenía cinco años. Un veinticuatro de diciembre destapé el regalo del Niño Dios para encontrarme de frente con el balón que esa tarde me había comprado mi papá.

Muchas veces íbamos caminando tomados de la mano y él se quedaba parado en una calle viendo a unos obreros jugar un partido a la hora del almuerzo; con tono de profesor señalaba los errores o los aciertos de esos jugadores callejeros. En la casa tiraba un balón y me indicaba con mímica que se lo devolviera con el pie. Yo lo agarraba con las manos y lo llevaba sumiso y obediente. Con las manos no, se devuelve con el pie, decía. En cambio, cuando mi mamá pedía que le llevara alguna cosa, yo la chutaba. Crecí viendo a papá recortar del periódico la tabla de clasificación de los equipos. Anotaba las estadísticas, los campeones, los equipos, los jugadores

extranjeros, los goleadores. Agarraba un lapicero, se sentaba en la mesa y murmuraba los posibles resultados: Si el Medellín gana cinco cero y empata Millonarios y pierde el Nacional y el papa da la misa empelota, clasificamos al octogonal. El niño que yo era lo miraba como el alumno observa al artesano moldear una vasija especial. Me explicaba con paciencia y pasión. El tono de voz y los ademanes eran como los de quien da instrucciones para algo de vida o muerte. Para mi padre era más importante que entendiera por qué el Medellín tenía que ganar el domingo a que supiera las tablas de multiplicar. Sonreía orgulloso cuando su hijo repetía de memoria los años de los mundiales de fútbol, los campeones, los países anfitriones, los goleadores y hasta las mascotas. Si le fallaba en algún dato delante de sus amigos me daba un golpecito de apoyo en la espalda y sonreía; esa era una señal de que se avecinaba un nuevo juego con datos e historias de fútbol en privado. Para él, los verdaderos hinchas debían saber, mínimo, la alineación del equipo; comparaba las hinchadas y aseguraba que los que se decían fanáticos del Nacional lo hacían por moda, pero no sabían ni siquiera quién era el arquero. Cuando alguien le decía que era hincha del verde, lo increpaba con la pregunta de los jugadores y dejaba a su interlocutor en silencio mientras sonreía victorioso: ¿Vio? Usted es hincha de moda, no de fútbol. Ese niño que fui aprendió que el fútbol no era moda, sino un estilo de vida, que el paso del tiempo se medía en cuatrienios según los mundiales, que uno podía cambiar de lo que sea menos de equipo y al que lo hacía se le llamaba voltiarepas, que el equipo del pueblo era el Medellín y que el equipo de los ricos o de los que se creían ricos era el Nacional. Mi papá me enseñó a encontrar la hermosura en una gambeta, en un tiro libre o

en la voladora de un arquero. Me inculcó que no había nada más lindo que un jugador cuando canta un gol con ganas, voleando el pelo, con los ojos pletóricos de júbilo y los brazos abiertos, como si Dios se le estuviera saliendo por el cuerpo, y se fundía con sus compañeros en un abrazo gigante para formar una bola humana de felicidad; aprendí que el partido se disfrutaba desde los himnos, así lo estuviéramos escuchando por la radio. A mi padre el himno antioqueño le hacía erizar la piel, se llevaba la mano al pecho y cantaba concentrado: *Oh libertad que perfumas las montañas de mi tierra, deja que aspiren mis hijos tus olorosas esencias*.

Varias veces lo vi aguar el ojo en el estadio cantando. Mi padre quería contagiar a todos de esa enfermedad. Nuestra casa era el lugar de reuniones para hablar de fútbol y ver los partidos. Me veo en Primavera con los de la cuadra: mirábamos jugar a Colombia contra Alemania en el Mundial de Italia 90. El país entero concentrado en un televisor, viendo a once futbolistas al otro lado del mundo luchar contra los teutones. En el barrio hacíamos fuerza como si hubiéramos enviado a los jóvenes a la guerra. Al fondo se escuchaba la narración hilarante de Múnera Eastman y los comentarios de la voz gangosa de Wbeimar Muñoz. Con la ansiedad sentada en sillas, taburetes, adobes, cajas de gaseosas o en el piso, recostados en un muro, en donde fuera, lo importante era ver a la selección. Colombia jugaba bien. El Bendito Fajardo se comió un bendito gol frente al arco. Hubo lamentos, insultos y aplausos. Los alemanes parecían confundidos. Nosotros desde un barrio al norte de Medellín gritábamos la arenga de los derrotados: ¡Sí se puede, sí se puede! Convencidos de que la onda, llevada por el viento, cruzaría el país, atravesaría el océano Atlántico, llegaría nítida hasta

Italia a clavarse en los corazones de los jugadores colombianos y darles el coraje y la astucia precisa para ganar el partido. El viento se desvió y Alemania anotó el primer gol. Las caras de derrota llegaron. Los más débiles salieron de la casa, otros, acostumbrados a lo imposible, seguían creyendo, los niños continuamos gritando, aunque con menos entusiasmo, ¡Sí se puede! Comenzaron las burlas, los insultos a los jugadores, la desesperanza. Entonces gritó mi papá: El que venga a echar malas energías se va, acá no vengan a güevoniar, aquí estamos los que apoyamos a Colombia hasta el final. Lo vi tomarse un aguardiente, apretar las manos y mirar la pantalla del televisor con furia. El viento que transportaba la energía que había enviado el país retomó el rumbo. Un narrador literario escribió que lo ocurrido no había sido un gol, sino un poema: El Pibe Valderrama le tiró un verso perfecto, largo, alejandrino, a Fredy Rincón, que entendió la rima y, con la maestría de a quien el destino le otorgó la gloria, terminó la poesía con un remate lírico por entre las piernas del portero alemán que retumbó en el mundo entero con rima asonante, y nos puso a celebrar tanto que hoy, más de treinta años después, casi que los colombianos recordarmos dónde estabamos en el momento de ese gol. El triunfo futbolero más emocionante del país fue un empate en la primera ronda de un mundial. Somos una tierra nutrida por las derrotas, forjada con paliativos emocionales de las gestas épicas de los deportistas. Un país de enfermos incurables que de vez en cuando recibe una pastillita de alegría para calmar sus frustraciones individuales y colectivas. Por eso, cuando la boca de la nación explotó con el sonido del gol y brotó la alegría, volaron cervezas, aguardientes, sillas, mesas, se rasgaron camisetas y los vecinos se abrazaron, mi

papá me agarró la cabeza, con el pelo revuelto y los ojos desorbitados pegó nuestras frentes buscando transmitirme esa emoción por telepatía. Mi cuerpo se contagó de desmesura. Me puse a brincar y a gritar: ¡Colombia! ¡Colombia! ¡Colombia! Los demás, hilarantes, aplaudían, le pegaban a lo que se encontraran en frente: una puerta, una mesa, una pared; tocando trompetas, pitos, campanas, ollas, lo que produjera ruido, escándalo, porque el corazón quería gritar con alegría una histeria colosal que resonara en el mundo, el sonido desmesurado de la felicidad. Vi a mi papá besar a mi mamá, ella incómoda, e inmune a los síntomas, le decía que sí, que ya, que cálmese pues. No pude ver más porque arrancamos con las banderas de Colombia, del Nacional, del Medellín, de lo que fuera, a volearlas a la avenida para que los carros pitaran, porque el claxon sirve para que los transeúntes se hagan a un lado, para que los otros carros aceleren el paso y para celebrar el triunfo de un equipo. Andrés les fio a todos. La pachanga duró hasta el partido siguiente cuando Camerún eliminó a Colombia. Pero ese recuerdo alegre ya se había incubado en nuestra memoria para siempre a causa de una enfermedad compartida llamada fútbol.

«Te conozco, bacalao, aunque vengas disfrazao».

En mi época era muy importante tener apodo, remoquete, alias, chapa, seudónimo, mote, sobrenombre o apelativo. Muchos nombres de pila carecían de importancia, solo servían para los documentos legales y las calificaciones del colegio. Tener apodo era como estar bautizado, un ritual implícito de pertenencia, reconocimiento y aceptación. Tal cual le pasó a Jhonny. A pesar de que a los de su familia les decíamos Los Gordos, él fue reconocido por otro mote gracias a un comercial de televisión. Por aquellos días, la marca de detergente tenía una campaña llamada «La chiva de Ariel». Iban por los barrios y las personas que cantaran el *jingle* del jabón se hacían acreedoras a productos de la multinacional. Llegó al barrio una chiva decorada con la imagen del jabón, haciendo resonar con su bocina el escándalo mercantil y llamando a las madres para que salieran a recibirla con sus bolsas de Ariel. Los niños rodeamos a aquel señor que, disfrazado de detergente, con un megáfono en la mano convocaba al barrio a participar: Llegó la chiva de Ariel, el mejor jabón para su ropa. ¡La chivaaaaa de Arieeeeeel! Vengan. Primavera eufórica respondió el grito del animador. Señoras y señores, explicó el hombre detergente, la persona que cante completa la canción de la chiva de Ariel se llevará un premio. Una a una fueron pasando las señoras a cantar; traicionadas por los nervios y una memoria débil, fallaron. El animador decepcionado se iba a retirar para otra cuadra donde tuviera mejor suerte y fue ahí cuando Jhonny dio un paso al frente. Yo la canto, anunció con seguridad. El hombre detergente no le prestó mucha atención hasta que las señoras aplaudieron la osadía del niño nuevo, a ver si salvaba el honor del barrio. Entonces

Jhonny, como si fuera un cantante experimentado, recibió el micrófono y cantó el comercial completo:

Hoy vuelve Ariel con su chiva,
y vuelve mucho mejor,
con más y mejores premios,
con risas y diversión.
Alístame la bolsa de Ariel,
enséñame la bolsa de Ariel,
gánate un premio de Ariel,
si siempre usas Ariel.

Retumbaron los aplausos, los vítores, los bravos, el señor detergente casi se sale de la bolsa de la emoción. Primavera había salvado su honor y Jhonny se ganó un champú, una bolsa de jabón y el apodo por el que sería reconocido en el barrio: La Chiva.

Otro apodo de origen comercial fue el de Óscar. A los nueve años, en un acto cívico del colegio, participó representando una fonomímica de la canción «Pedro Navajas» en la que interpretó al personaje principal. Se puso lentes oscuros *pa' que no sepan qué está mirando* y cuando la compañera, vestida de la mujer que *va recorriendo la acera por quinta vez,* le metió el tiro de mentiras, Óscar Navajas se tiró al suelo, pero cayó en la cuenta de que había olvidado la sangre para darle el efecto de realismo a la escena, entonces se paró y con la mano en el estómago en señal de dolor

comenzó a llamar a sus compañeros de tras escena diciendo en *sottovoce*: Fruco, Fruco, y como no lo escuchaban tuvo que gritar: ¡Pasame la botella, Fruco! Las carcajadas llegaron hasta los colegios de otros barrios, e incluso los profesores más amargados mostraron por fin los dientes al ver a Óscar gritar: ¡La Fruco, pasame la Fruco!, y echarse encima, delante de todos, la salsa de tomate en la supuesta herida que le habían hecho, y volver a caer al piso desmayado, para dar final a su acto y el inicio a un atronador aplauso del colegio entero que desde ese día lo llamó Fruco. A pesar del éxito de la representación, Fruco nunca más volvió a participar en obra de teatro alguna. Tuvo un debut y una despedida soñados, pues se retiró de las tablas por la puerta grande.

No todos los alias tienen historia larga, pero sí creatividad. A un profesor que nadie le ganaba la materia le decíamos Atila, porque era el rey de los unos. La mayoría de los apodos se designaban por un rasgo físico: don Roberto, el papá de Beni, en una ocasión tuvo un problema en el cuello y le tocó andar con la cabeza recostada en el hombro, por eso lo bautizaron el Violinista; Willy era rubio, de ojos claros, como el libidinoso comediante inglés, entonces le pusimos de chapa Benny Hill, para luego llamarlo Beni. A mi papá le decían Porkis porque se parecía a un señor gordo de una película llamada *Porky's*. Entonces, yo fui nombrado Porkicito, en diminutivo, y después Porkis en propiedad. A Jose se lo conocía como Payaso por los cachetes colorados; a Salomé, La Ñata, por tener la nariz tirada para adentro, cuando querían ofenderla le decían Pullman o Buseta; a Catalina, por tener un leve estrabismo le decían Celeste, porque tenía un ojo en el sur y el otro en el este; a Rubén le decían Guri Guri por una telenovela en la que salía un muñeco peludo y como él

tenía las cejas tan tupidas le pusieron el remoquete. Al principio se indignó, pero al ver que hasta su mamá lo llamaba por el apodo, y que entre más brava la víctima más disfrutan los victimarios, se resignó a ser llamado Guri Guri.

En el barrio no era aconsejable discutir los apodos; si se resistía le iba peor y podía pasarle como al primo de Beni que pasaba las vacaciones en Primavera. Un día se peinó partido a la mitad y repartió los cabellos a lado y lado como si fuera un libro abierto; entonces La Chiva lo bautizó Biblia. Indignado, furioso, se fue contra Jhonny, le pegó un puño tan fuerte que le reventó la nariz y corrió para la casa a raparse la cabeza. Jhonny no tuvo que esperar mucho para vengarse. Al otro día, Biblia apareció sin pelos en la cabeza y La Chiva lo rebautizó diciendo: Ahí viene Nuevo Testamento. Al nuevo calvo eso le dolió más que el puño que había recibido mi amigo, nunca volvió al barrio a pasar vacaciones. Aprendimos que la lengua es más peligrosa que la espada.

«Qué mala suerte, no tiene comparación.
Voy a contarle lo que a mí me pasó.
Oigan, señores, presten mucha atención.
Esto sí es algo serio, esto es algo supermalo,
pero está camarón, lo que me sucedió».

En aquella época, la tienda de Andrés era la referencia geográfica de Primavera: de la tienda de Andrés para arriba, de la tienda de Andrés para abajo, por la tienda de Andrés, al frente de la tienda de Andrés... Era el lugar de encuentro y noticias. Reunía en igualdad discursiva a nuestros papás para que jugaran a componer el país, hicieran de técnicos de fútbol, de jueces, de filósofos; socráticos, presocráticos, aristotélicos, postaristotélicos, sofistas, nihilistas positivistas, creyentes, ateos, anarquistas, liberales, conservadores, demócratas, dictadores, fachos, mamertos; aunque, según nuestras madres, se la pasaban en la tienda era hablando bobadas y tomando trago, perdiendo el tiempo en unos alegatos eternos en los que podía participar el que fuera llegando. Don Andrés era un tendero prudente con la boca y agudo con el oído. Recibía a los que aparecían en chanclas a comprar y contar sus vidas. En la tienda de don Andrés pedía fiado el barrio entero: Don Andrés, que mi mamá le manda a decir que si me vende un pliego de cartulina y que se la anote; Don Andrés, que si me puede vender cien de salchichón, un cuarto de quesito, una pasta de chocolate y dos arepas, que mi papá se las paga en la quincena… Y así él iba alimentando al barrio y anotando deudas en un cuaderno. Cada cliente tenía como límite una hoja: ponía los números hacia abajo en dos columnas y cuando no había más espacio cerraba el crédito y les advertía: Ya se le acabó la hoja, hasta que no pague lo de esta hoja no le puedo fiar más. Tenía un cuaderno para las mujeres y otro para los hombres o, mejor dicho, uno para los borrachos y otro para el resto. Mi papá le hacía rellenar la hoja en espacios impensados que solo entendían

ellos: Hombre, Andrés, vea, anóteme esta botella en este rinconcito, es que usted hace esos números muy grandes, hágalos chiquitos y verá que cabe esta botella y la otra que vamos a comprar ahorita.

Era un hombre viudo con dos hijos, Óscar y Catalina. Óscar, Fruco, el arquero de nosotros, era terrenal; Catalina, inmaculada. Él, taciturno; ella, habladora. Mientras él le ayudaba al papá, la infanta conversaba con sus amigas y estudiaba para irse algún día de Primavera. Nunca atendía a nadie. Si llegaba un cliente, en lugar de decir a la orden, gritaba para adentro de la casa ¡Paaa!, ¡Óscaaaar!, ¡la tiendaaa! Y seguía en lo suyo. Los hacía salir de donde estuvieran, según ella porque no sabía los precios. Sentía vergüenza de tener que atender a alguien. Hay gente que nace con la idea fija de que debe ser atendida, que el mundo le debe algo, se escuda en una tragedia para cobrarles a todos una deuda inventada por su mediocre imaginario: que me den, que me hagan, que me traigan, que me lleven; van por la vida cobrando sin haber prestado, y si en algún momento un incauto les reclama, se indignan. Reniegan de haber nacido en el lugar donde nacieron, en un supuesto mundo que les ha impedido desarrollarse, cumplir sus sueños, y les echan las culpas a la mamá, al papá, al hermano, al jefe, al Gobierno, al imperialismo yanqui, a Dios, a cualquiera. Su frustración y mezquindad afectiva son culpa de otros y no de ellos mismos. Y ese gruñido lo repiten siempre para evitar que se les imponga una responsabilidad. En el caso de Catalina, la tragedia que hizo germinar su victimización fue la muerte de su mamá, que, según se dice, era una señora elegante y refinada. Primavera no entendía cómo se había enamorado de un tendero en lugar de un empresario de alto turmequé. Catalina utilizó el duelo del fallecimiento de su

madre como excusa para manipular a don Andrés y convertir a Fruco en su esclavo: Mi vida no ha sido fácil desde que murió mi mamá. Me quiero ir de acá. Este barrio no me merece, exclamaba la princesa. Salía para el colegio con medias blanquitas, zapatos relucientes y unas trenzas elaboradas con maestría de maquillador de reinado, esquivando la basura de la calle, como si tuviera asco de pisar el asfalto. Don Andrés la despedía metido en su ventana, mimetizado con los productos que colgaban en un caos ordenado. La tienda tenía una acera grande encerrada por una reja negra, las mujeres recostaban las nalgas y se les salían las carnes por partes como a esos juguetes de goma que al apretarlos se les brota un ojo, y nosotros felices viendo desde la calle. Cuando se regaba una gaseosa, el dulce impregnado en el piso hacía que los zapatos quedaran pegachentos varios días. Como era en granito se estancaba la sangre de los muertos y Fruco tenía que restregar jabón en tres jornadas seguidas para que salieran las pintas rojas que quedaban marcadas entre las piedritas. Se veía escurrir la espuma rojiblanca buscando la calle por entre los hierros de la reja. Contrario a su hermana, a Óscar la muerte de doña María Luisa le estimuló la necesidad de ayudar a su papá y de proteger a Catalina. Trabajaba en la tienda en la mañana y salía a la carrera para el colegio con la camisa arrugada y peinándose con la mano. Aquello sacaba de quicio a la hermana. Lo miraba con desprecio y le decía que se fuera adelante o atrás, que juntos no. Él prefería irse atrás de ella para cuidarla de algún peligro, como si fuera su ángel despelucado y con las alas arrugadas. Nosotros le decíamos que dejara de ser bobo, que no se la dejara montar, que él era el mayor. Ella veía a Fruco en el arco jugando un partido con nosotros y lo

llamaba: ¡Óscaaaar!, lo necesita mi papá. Entonces nuestro sumiso portero decía: Ya vengo, muchachos, y salía corriendo para la tienda con la esperanza de regresar. Dos minutos más tarde asomaba la cabeza por la ventana apenado y decía con impotencia: No puedo, pongan a otro. La princesa esbozaba una sonrisita y seguía haciendo nada sentada en la acera; Fruco organizando cajas y nosotros sin arquero.

A don Andrés y a Óscar les dio muy duro cuando Los Gordos, o mejor, doña Margot, montó un bar para vender trago. La puja comercial de quién se quedaba con los borrachos la ganó doña Margot con una estrategia de *marketing* de impacto. Un día llegó el cantante de «Los caminos de la vida», un vallenato que sonaba hasta en la misa y que fue la canción del año. Era un hombre con cabellera abundante, como un león pelinegro y costeño. Doña Margot y su familia lo anunciaron como ¡El cantante de «Los caminos de la vida»! En tumulto exigimos abrazos, fotos, autógrafos en un papel, en una servilleta, en el brazo, en una teta, en la camiseta o donde fuera. Hágale, que mi mamá no dice nada. Pero mi mamá sí decía y alegaba en el lavadero tratando de sacar la mancha para recuperar la camiseta. Hasta el mismo Andrés se tomó dos flashazos con el cantante. Padres, madres, tíos, tías, chismosos de la cuadra y de otras cuadras: las mujeres salían en chanclas y blusas de tiritas con la cámara en la mano; los hombres en pantaloneta y sin camisa; todos a tomarse retratos con el famoso. Las Marujas corrieron la voz hasta que a esa casa no le cupo un arroz parao. Se armó una bacanal épica. Doña Margot feliz y Andrés, impotente, miraba desde su ventana de tienda, con cara de maldita sea, no conocer a Diomedes para traerlo a Primavera y que se vaya

por otro camino el cantante de «Los caminos de la vida». Algunos dudaban, pero no había manera de comprobar, no existían ni Google, ni celulares con cámara, ni redes, ni nada de esas cosas de hoy para evidenciar mentirosos. Se hizo la rumba. Cantaron «Los caminos de la vida» una, y otra, y otra… y otra vez, hicieron sancocho, cerraron la cuadra y si algún carro urgido le daba al claxon, pues los muchachos salían y le decían con la educación del caso y del aguardiente: ¿Qué pasa pues, pirobo?, no ves que la calle está cerrada, reverse pues esa torta y ábrase si no quiere que le metamos dos tiros en cada llanta. El conductor se tragaba su rabia, reversaba y buscaba otra ruta, o el pasajero del taxi decía: Señor, tranquilo, déjeme aquí, que yo camino. Solo se le abría la vía a un carro de la cuadra o que aparecía para sumarse a la farra. Así fue como doña Margot posicionó su casa-bar y se llevó los clientes rumberos de Primavera, y Andrés se quedó con la venta de la comida, con nuestros papás en sus paneles de opinión y dos o tres borrachos fieles a razón del fiado. Sin embargo, como doña Margot era nueva en Primavera, no sabía que el trago de la rumba se lo iban a quedar debiendo y que meses después en el programa de televisión de Jorge Barón, *El show de las estrellas*, saldría el verdadero cantante de «Los caminos de la vida», Omar Geles, del grupo Los Diablitos, un costeño sin la cabellera que tenía nuestro falso cantante, negro, no mestizo como el que aparecía en nuestras fotos. Lo único idéntico era la voz.

No hubo reclamos. Nadie quiso reconocer que había sido engañado. Quedar como un tonto era un desprestigio perpetuo, al fin de cuentas, mejor no ir a alborotar avisperos a donde se debía plata. Ella quedó con su negocio, nadie pagó el fiado y todos tan

contentos. El único que no quedó tranquilo fue Andrés, que empolló una tirria por lo que oliera a Los Gordos. Años después esa rabia sería pírrica comparada con la decepción que le produjo su hija; como sentenció Juliana, La Gorda: La lengua es el azote del culo. Lo que sí entristeció a Primavera fue lo que le pasó a Fruco, que no se metía con nadie, pero la mala suerte se metió con él. Una frase le cambió el destino y lo obligó a venderles la suerte a otros. *Salao, salao, siempre salao.*

***

En la tienda de Andrés están unos hombres jugando cartas. Una toalla sirve como mantel. Hay unas gaseosas en el piso; una media de aguardiente descansa en un muro acompañada de dos vasos de agua. Huele a cigarrillo.

—No tengo ni un par en este juego.

—Entonces según usted Nacional ganó la copa porque la compró Pablo Escobar. Qué cantaletica tan brava.

—Eso es envidia, porque el Medellín no ha tenido la plata para comprarla.

—Ja, ja, ja.

—Hombre, según usted, Pablo se metió a la cancha y metió los goles disfrazado del Palomo Usuriaga.

—Entonces, Gacha, que, según cuentas, tenía más plata que Pablo, por qué no la compró. No era pues el dueño del Millonarios,

¿entonces?

—Ah, yo no sé, pero los árbitros siempre le ayudan a Nacional. Usted no vio que en el partido de Libertadores con Millonarios La Gambeta entra al área y René lo baja. ¡Lo baja! Se ve claritico, pero al árbitro se le cayó el pito. Ja, ja, ja.

—No señor, esa no fue la carta que le tiré, fue una jota de diamantes. Velo tan vivo.

—Y dónde me deja a los Orejuela del América, que tenía la selección Suramérica. Falcioni, Gareca, Battaglia y Cabañas, eso era un equipazo.

—Y ni así pudieron ganar la Libertadores. ¡Tres veces seguidas quedaron subcampeones!

—Muy triste.

—¿Lo del América? Sí.

—Nooo, triste que usted agarre ese cinco que le tiré.

—Pa' mí no es tristeza lo del América. Solo verde. El Nacional será el único campeón. Ja, ja, ja. Con los puros criollos, papá...

—Por culpa de Pablo.

—Y dele con Pablo.

—Es que usted sabe que ellos apostaban y Pablo Escobar le iba al Nacional.

—Por eso mataron al árbitro y suspendieron el torneo en el 89.

—Eso no fue Pablo, tampoco pues, pero oiga, sí, qué matada tan brava, por anular un gol.

—Este país está muy jodido.

—Comprando árbitros.

—La plata puede con todo. Por eso yo digo que esa copa la compraron a bala.

—Ustedes los del Medellín hablan mucha mierda. Sabiendo que Pablo era hincha del rojo.

—Pues era muy mal hincha entonces.

—Bueno, señores. ¡Llegué completo!

—Yo me fui.

Se oye el sonido de una moto que se acerca.

«Al despertar todos los días, siento un dolor en mi corazón…».

Tengo diez mundiales de edad. No sabía que esa enfermedad duraría toda mi vida, que sería incurable y que tendría que aprender a vivir con ella. Que algunas veces mostraría mejoría y que en otras ocasiones yo sentiría como si hubiera muerto un poco. El trece de diciembre de 2023 salí del estadio abrazado a mi padre, los dos en un solo espíritu destrozado y con el entusiasmo herido. Aunque éramos miles de personas saliendo en tumulto, estábamos solos. Masa fragmentada. La muerte colectiva de la ilusión. Una hinchada que pierde una final en su cancha vive una masacre emocional. A la salida del estadio los cuerpos sonámbulos caminábamos en automático a la deriva. Otros padres con otros hijos que también heredaron este virus divagaban incrédulos. Habíamos perdido otra final. Aquella fiesta planeada se esfumó en el minuto 89 cuando el delantero del Junior recibió la pelota libre, sereno y, con una maestría que nunca había tenido, puso el balón en la parte superior del arco, dejándonos atónitos, en *shock*. El estadio quedó mudo. Sentí náuseas. Con los ojos incrédulos, conectamos en silencio una frase que aún vibra en mi cabeza: Esto no puede estar pasando. Nos fuimos a penaltis. Se había evaporado la fe. En lo profundo intuíamos que perderíamos sin haber pateado todavía. Una vez más vimos a un grupo minúsculo de hombres celebrar ante un estadio en silencio que, por dentro, daba alaridos de impotencia. Perdimos. La rumba, la celebración, el baile, el fororro, el descualquiere, volear la bandera y cantar ¡Grita el pueblo clamoroso!; eso no pasaría. Mirábamos al piso infelices. Ver las estrellas aumentaba la abulia. Ellas, tan lejanas, solo dan consuelo a los soñadores y a nosotros

nos mataron el sueño. Cuerpos apagados con sus camisetas rojas trataban de encontrar una explicación. Repartimos culpas: fue el técnico, fueron los jugadores, fue el árbitro, las apuestas, el destino, la planeación, fue el partido de ida, fue todo eso. Menos nosotros. Lo que teníamos que hacer lo hicimos: llenamos el estadio, hicimos la fiesta previa, recibimos el bus como una colonia de hormigas rodea un pedazo de dulce, cantamos los coros —*Me dicen el matador, soy del Medallo, la hinchada de indigentes y de borrachos, que todos los domingos, a la norte voy a ver al rojo porque sé que en cualquier momento va a salir campeón… Descontrolado yo vengo igual, de visitante o de local, fumando porro y tomando vino, el que no alienta al rojo ¡a qué hijueputas vino!*—. Insultamos al árbitro y abucheamos al rival sin tregua, lo normal...

Dos horas antes, cuando el equipo hizo el primer gol, mi cuerpo había implosionado en el jolgorio de un instante, el estadio tembló, abrazamos con la fuerza del fanatismo una esperanza que concebíamos como un hecho. Muchos miraron al cielo dando gracias; otros empuñaron sus manos en señal de fuerza, de poder, de vamos; algunos sentados con la camándula en las manos rogaron por un final feliz. Dios sería indiferente. Nos dejaría en visto. Brincamos, cantamos, lloramos de emoción por lo que se venía: la estrella, el campeonato. Otra final, otra vez ilusionados. Esta vez sí, decíamos. Entusiastas compartíamos miradas de felicitación. Viejos, niños, mujeres, primos, hermanos, padres, hijos, amigos, desconocidos. Convertidos en una sola energía, partículas rojas que formaban un todo contagiadas por un virus que se transmite de generación en generación. Una bella masa apasionada. Nuestro plan era irnos a celebrar la estrella a Primavera. La fiesta estaba montada

con sonido, comida, música. Una farra completa. Otra vez la historia se repetía. Otra fiesta armada para una nueva final perdida. Igual que treinta años atrás cuando fuimos campeones por cinco minutos.

***

En diciembre de 1993 yo frisaba tres mundiales. Estaba en Ituango pasando Navidad en la finca de mis papitos, los abuelos. Esa tarde hablé con mi papá por el teléfono de Telecom. Me contó que la tienda de Andrés estaba decorada con banderas del Medellín, que incluso los hinchas del Nacional le estaban haciendo fuerza al rojo. Su voz daba confianza. Explicó entusiasmado los cálculos para lograr la estrella que el equipo no ganaba desde hacía treinta y seis años. Mi papá tenía treinta y nueve: nunca lo había visto campeón. La meta era simple: había que ganar, y que el Junior de Barranquilla no ganara. Los partidos se iban a jugar a la misma hora. ¡Este año sí!, fue su última frase. Colgué el teléfono sin entender por qué yo no estaba en Medellín en la fiesta del fútbol con mis amigos y mi papá para ver el partido y celebrar. Con ese pesar escuché el partido por la radio. En el minuto treinta y ocho del segundo tiempo, Carlos Castro pateó el balón desde fuera del área y con eso nuestro equipo quedaba campeón. Mi tío, el diferente, el único hermano de mi

mamá al que le gustaba el fútbol, celebró conmigo el triunfo ante la mirada atónita e impasible del resto de la familia, que en su vida de campo y aislamiento fue inmune a este virus. Me veo brincar en el corredor, gritando ¡Campeones, campeones!, sonriente, veo a mi mamita decirme Deje la bobada, y yo: Mita, es que somos campeones, el Medellín es campeón por fin, mita. Veo a mi tío preguntarle al aire: Cómo estará su papá de feliz, cómo estará Medellín, cómo estará Primavera. Y el aire sin responderle. Me veo parar en seco por un instante, pensar en mi papá e imaginar la fiesta del barrio, ellos felices, voleando las banderas en la avenida, y yo en una montaña a cientos de kilómetros celebrando con gente que no tenía idea de lo que había pasado; alcé los hombros en señal de, pues celebro solo, y volví a brincar y a gritar ¡Campeón, Medallo, campeón! En ese momento a mi oído entró un sonido seco y doloroso. La fatalidad puede describirse así: Estaba brincando con la mirada en las casitas de las montañas que en la noche parecían estrellas en el horizonte, mi tía pasaba con un pedazo de natilla en la mano, dos parejas bailaban y mi tío estaba sentado con la oreja cerca del radio. Escuché al locutor decir ¡Gol del Junior! Silencio. Me había olvidado del partido en Barranquilla. Si los tiburones ganaban, nosotros perdíamos. Y así fue: en el minuto 92, El Pibe Valderrama le hace un pase al «Nene» Mackenzie y marca el gol que los vuelve campeones a ellos y virreinas a nosotros. *Hoy una risa, mañana lágrimas.* Gol del Junior, lamentaba el periodista. ¡Gol del Junior!, lamentaba mi tio. Gol del junior, lamentaba agachando la cabeza el niño que yo era. Una voz triste le volvió a preguntar al viento: Cómo estará de triste su papá, cómo estará la gente en Primavera, en Medellín. El viento, otra vez, lo ignoró. Dejé de brincar. La gravedad

jaló con fuerza y mis pies se hicieron pesados. Quedé inmóvil. Un vacío me llenó de soledad el estómago. Miré a mi alrededor: el mundo siguió girando; la gente bailaba feliz «Maldita Navidad» de Gildardo Montoya: *Ay, maldita Navidad, ay, maldita Navidad, ya vienes con tu bullicio. Veo que todos se divierten. Para mí es un sacrificio*. Mis tías comían natilla, mi papito conversaba con su hermano, mi mamá seguía haciendo buñuelos en la cocina, mi tío me miró con lástima. Comencé a llorar duro, con la fuerza de un niño de once años que tiene cuerdas vocales casi nuevas, sin mover otros músculos del cuerpo, solo la garganta emitía un alarido gutural. Las lágrimas acamparon en mi boca con sabor a nada. Todos voltearon a mirar alertas, apagaron la música, preguntaron qué pasaba, mi tío les dijo que había perdido el Medellín. Fríos, decepcionados, dieron media vuelta y siguieron su fiesta. Mi mamá salió con las manos untadas de masa de buñuelos y gritó impaciente: ¡No llore por eso; es solo un juego! Mi abuelo me sobó la cabeza y concluyó, sin saber qué más decir: Ya, mijo.

No sabían cómo consolar la derrota de un partido. Para ellos era muy incomprensible que alguien llorara de esa forma por algo que les sucedía tan lejos a personas desconocidas. Lágrimas por una camiseta, por una copa o por un partido nunca estuvieron en la lista de sus sentimientos frágiles. Esa actitud que para muchos es absurda, fútil e inocua para otros como yo es parte de la vida, es una estampa de identidad. Es el ancla que me une a mi padre y a mis amigos de Primavera, es un recuerdo diáfano de muchos momentos felices, es una pasión a la cual no puedo renunciar. Es ilógica. Quizás escribo para comprenderla. Comprender por qué siempre que mi equipo pierde un partido importante me veo a los

once años llorando solo en el corredor, ante la mirada inerte de mi tío y la indiferencia del resto, que continuó en las labores navideñas de buñuelos, natilla, villancicos y fiesta.

Cuando se acabaron las lágrimas, mi cuerpo estuvo inmóvil por un rato. Los pies se fueron desatornillando del piso. Una sensación de abandono entró desde abajo y se quedó a vivir en un rincón profundo de mi mente. A ese niño nadie lo abrazó. Se fue a dormir esa noche pensando que, tal vez, si hubiera estado en Primavera, en el barrio, con su padre y sus amigos, habrían podido abrigar el daño juntos. No tuvo con quien compartir el desconsuelo. Como sí tuve treinta años después a la salida del estadio, por la misma razón, el mismo equipo, el mismo rival, porque las penas —contrario a las alegrías, que crecen— cuando son compartidas se difuminan y transforman esa melancolía en un recuerdo bello y triste. Tengo una impronta de un balón que me trajo el Niño Dios, tengo un gol en el minuto noventa, tengo finales perdidas, penales errados, tengo un remordimiento por no haber estado la noche de 1993 en Primavera, con mis amigos, curándonos los síntomas dolorosos de una enfermedad colectiva que heredé de mi padre, el fútbol, el Medellín, esa irracional excusa para compartir tristezas, pues, aunque se disfrute alguna gloria fugaz, haz de saber que en la vida por cada gol *hay diez lágrimas.*

«Aquí estamos, saludando, a los grandes bailaderos de la juventud».

Por aquellos días, el papá de Jose era el hombre más ilustrado de Primavera. Tenía datos de historia, ciencia, matemáticas, geografía, sociales, español y de temas poco académicos, como el fútbol, los carros y la música. Sabía para dónde se marcharon los Rodriguez, que le pasaba a Lupita, por qué se casó Adonay, qué sería lo que tenía el negro, quién se robó la cadenita de Carmen, dónde pastaba el unicornio azul de Silvio Rodriguez, qué quería la chica gomela, qué le pasaba al camión que no arrancaba y cómo era y a qué dedicaba el tiempo libre el yerno de José Luis Perales.

El papá de mi amigo había estudiado el bachillerato, pero no pudo hacer una carrera. Le tocó quedarse en el taller mecánico con su papá. La secundaria fue un privilegio obtenido por su tenacidad y por una beca de las monjas a las que el papá de Don Alonso les reparaba un carro viejo en el que pedían donaciones en las casas de El Poblado, el centro y Laureles. Por eso don Alonso cuando joven vistió ropa de marca, de segunda pero de marca. Camisetas que solo se conseguían en Estados Unidos o en Panamá terminaban manchadas de grasa y aceite de carro pues la mugre no discrimina ni tiene idea del glamur y el precio de las cosas.

El niño Alonso, entre tornillos, arandelas, llaves, crucetas, llantas, calendarios con mujeres en bikini, aprendió las mañas de la ingeniería mezcladas con la calle. Tuvo la fortuna de saber de la filosofía callejera aprendida en el núcleo mismo: un taller de mecánica; y la academia autodidacta extraída de la prensa, las separatas, las enciclopedias de los periódicos que coleccionaba con disciplina y que se fueron convirtiendo en su biblioteca personal. En

los ratos libres se ponía a leer el periódico y a revisar los crucigramas del día anterior para evaluar si había dado con las respuestas correctas. Cuando teníamos una tarea difícil, nuestras madres decían: Vaya pregúntele a don Alonso. Me quedaba escuchándolo mientras esperaba a Payaso, a Jose, para salir a jugar. Don Alonso no solo respondía la pregunta, la explicaba; le daba entusiasmo contar cosas, sobre todo a nosotros. Para su hijo eso era carreta. Jose era el defensa de nuestro equipo. Inteligente como su padre para las matemáticas y para la lógica, le encantaba desarmar los juguetes, los aparatos, las bicicletas, los radios, lo que tuviera un sistema mecánico. Como decía mi papá: desbarataba un balín. Sin embargo, era negado para el español, la geografía y las humanidades. Con sus padres era serio, callado y sumiso, con nosotros era espontáneo, sociable y generoso. Compraba un pan con queso, lo partía a la mitad y decía: Tenga, que un hambre es muy dura. Los dos amábamos el pan. Uno de nuestros parches favoritos era pasar por la panadería después del colegio a pedir recortes, pedazos de pan que quedaban después de empacar o los imperfectos que salíann del horno. El delicioso sabor de las migajas. Nos quedábamos parados en la puerta para llenarnos la barriga con el olor y cuando ya nuestras narices se acostumbraban seguíamos felices el camino comiendo recortes de pan. Yo entraba a su casa sin avisar, conversábamos y escuchábamos música mientras él trapeaba la casa y bailaba las canciones de Nelson y sus Estrellas. Sonaban esas trompetas y mi amigo, mi bello amigo, mi divertido amigo, agarraba esa trapera como si fuera su pareja de baile y exhibía sus pasos inventados. Esa imagen, la profundidad de su sencillez, es uno de mis lugares felices, uno de los recuerdos que me animan a

escribir esta historia. Con esa canción viajo en el tiempo, cierro los ojos y, entre lágrimas, veo a mi amigo de catorce años bailar y cantar con una trapera mientras yo me reviento de risa.

«Aquí estamos, saludando».
«A los grandes bailaderos de la juventud».
«Las parejas tiran paso».
«Con la gracia, belleza y estilo que le saben dar».
«Y las horas se pasan felices bailando el compás».
«De las bandas que tocan la cumbia y la salsa na má».
«Y no importa que el mundo camine pa'lante y pa'trás».
«Lo que falta en esta vida es rumba para matizar».

Al verme feliz, Jose le ponía más esmero a su payasada y eso me hacía reír hasta que me dolía el estómago o hasta que don Alonso le gritaba que apagara esa vaina, que dejara el escándalo. Entonces Payaso paraba en seco y seguía trapeando su rabia. Ellos vivían en tensión: don Alonso era hincha del Nacional; su hijo, del Medellín. Si don Alonso renegaba de los pillos, Jose se motilaba como los pillos; si don Alonso decía sí, Jose por dentro decía no. Era una guerra silenciosa. Un día Jose tuvo el llamado del señor, no de Cristo, sino del señor cura, y le dio el embeleco de meterse de acólito para sacarle el diablo a su padre ateo, que, irónicamente, a sus hijos les había puesto nombres bíblicos y se había casado con una mujer llamada Magdalena. Terminamos metidos en la iglesia con la excusa de que hacían paseos gratis y podíamos tomar vino de consagrar. Los paseos nunca se dieron. Lo que sí hicimos fue tener unas minibacanales con el vino que el cura escondía. Llegábamos a nuestras casas en pleno prendimiento y con el Espíritu Santo

tambaleante. Los que más duraron en la iglesia fueron Payaso y La Chiva, hasta que pasó el problema con el cura y tuvieron que cambiar de sacerdote. Payaso lo lamentó mucho. Ya le estaba cogiendo el sabor a Dios, decía. Pensaba ordenarse. Sin embargo, su vocación no era de sotana; era una rebeldía adolescente en contra de su padre, que con nosotros era un señor generoso, tranquilo frente a nuestra ignorancia, y que en cambio a Jose le exigía mucho: tenía que ser el mejor estudiante, el más inteligente, el más correcto con las personas, el mejor en todo.

Una vez le dio una muenda monumental porque perdió Español. Esa tarde Jose me había pedido que estuviera en la pieza para que no fueran a pegarle delante de mí. Nos sentamos en la cama, yo miraba la carátula de un casete de Nelson y sus Estrellas con codicia, tenía las canciones que a mí me tocaba grabar desde la radio. Ponía el casete virgen con las teclas *récord*, *play* y *pause* presionadas y en el momento preciso del inicio de canción le quitaba el *pause*. Habrían quedado las canciones perfectas de no ser por los anuncios que metían los locutores. En esas estaba, divagando, pensando en decirle a Payaso que me lo prestara para grabarlas, cuando entró don Alonso con cara de aquí se va a armar la grande. A Jose se le desapareció el rojo de los cachetes y le temblaron las manos. A mí me recorrió el frío de la montaña rusa, el vértigo de la bajada. ¿Conque perdió Español?, bramó el papá. Sí, señor, respondió tímido el hijo y agachó la cabeza. Es que esa profesora me tiene la mala. Don Alonso me miró. Todavía no tengo el talento para leer la mente, pero uno siente cuando le dicen que se retire. Así lo hice, mirando a mi amigo con cara de: parcero, se hizo lo que se pudo. Apenas crucé la cortina que dividía la pieza de la sala, escuché

a don Alonso darle correa a Payaso mientras le gritaba que cómo se le ocurría perder Español. No me pegue, que no es culpa mía, no me pegue, esa señora me tiene bronca, y don Alonso furioso: Cuál bronca ni qué ocho cuartos, un hijo mío no puede ir perdiendo Castellano, que es nuestra lengua materna, le voy a meter el español a correazos si toca… Sílaba por sílaba: us-ted-no-me-pue-de-per-der-ma-te-rias. Sonaba el ruido del cuero contra la piel: ¡zúas!, ¡zúas! Lamentos de Payaso, gruñidos de su padre, latigazos que querían quitarle la ignorancia, pero solo le inhibieron las ganas de aprender y le dejaron las marcas de la correa en varias partes del cuerpo. Asustado apuré el paso. Doña Magdalena, la mamá de Jose, continuaba cocinando imperturbable, y la hermana, Salomé, en las escalas, se hacía la ausente sobándole las tetillas a Canela. Parecía un ritual en el que ellas sabían qué hacer: mirar para otro lado y taparse los oídos. Salí para mi casa dando las gracias por el jugo y por tener un papá que, así no leyera un libro, se gastara la quincena en trago y prestara la casa para hacer velorios, nunca me iba a pegar si yo perdía Español. Tiempo después la vida le devolvería a don Alonso cada correazo con un infausto remordimiento que lo convirtió en un errante, un mito silencioso que lloraba buscando a su hijo perdido en las aguas de la desobediencia y la libertad.

«Yo, yo, yo, yo creo que voy
solito estar cuando me muera
he sido el incomprendido
Ni tú ni nadie me ha querido tal como soy».

Hace treinta y cinco años, fueron los últimos en llegar. Los niños estábamos jugando en la calle. Tuvimos que parar cuando apareció un camión grande con gente colgada en los lados como frutas de un palo en cosecha. Los papás, que estaban en la tienda de Andrés hablando de fútbol, suspendieron el tema al ver ese gentío que se bajaba del camión haciendo alharaca, dirigido por una señora de pelo corto, rechoncha y pequeñita, la Nana del Conde Pátula en versión paisa. Ella comandaba ese batallón que bajaba muebles, sillas, tablas de camas, una nevera enorme, estufa, colchones de rayas azules, costales, bolsas, matas pequeñas, medianas, enormes, espejos y mil cachivaches más. Se comunicaban con gritos: que dónde está el otro bafle, que el cable del equipo, que usted dónde lo guardó, que oigan a esta, que yo qué voy a saber, que entonces no pongo música, que no ponga nada y ayude mejor a bajar las cosas del carro, que vea, acá está el cable, que listo, que suene la música, que póngase un diomedazo. Y arrancó ese equipo de sonido a cantar «Sin medir distancias»: *¡Tiiin! ¡Tin Tin! ¡Tintintintín! ¡Tin tin tin! ¡Tintin-tiin! ¡Tiiin! ¡Tin tin!, ¡Tintintintín! ¡Tin tin tin! ¡Tintin! ¡Tiin!, la herida que siempre llevo en el alma no cicatriza*, al tiempo que ellos bajaban sus corotos y nosotros mirábamos impávidos a los nuevos vecinos: Los Gordos. Los llamaríamos así no por su contextura física, sino por una muletilla que usaba doña Margot para comunicarse: A la orden, gordo. Gordo, qué necesita. Qué más, gordito. Oiga, gordo. Mire, gordo. Vea, gordo. Dice el barrio que ellos fueron los causantes de lo malo que nos pasó. Yo no creo.

Doña Margot era una mujer multitarea. Tenía la capacidad de estar pendiente de su familia y de las familias de los demás. Ese talento la convirtió en la líder del trío selecto de chismosas del barrio, apodado Las Marujas. Tenía un esposo parco, don Ismael, con cara de cotero de plaza, que salía a la acera sin camisa y se le veía el bronceado de mayordomo: la piel canela en el cuello y los brazos. La debilidad de Ismael era su perro, Pepe, un dálmata gigante que disfrutaba el sabor de los balones y de la carne humana. Ismael y Margot tuvieron tres crías: Juanito, Juliana y Jhonny. Juanito era mayor que nosotros y, afortunadamente, le caí en gracia con mis chistes sin gracia: Vos de lo descachao sos charro, me decía entre risas y traba.

Cuando se tomaba una pastilla, Roche, Juanito, se volvía un peligro; tenía alucinaciones y se imaginaba que lo perseguía el dueño de un billar que, según Primavera, había sido su primer muerto, y entonces se armaba un escándalo, Juanito gritaba: Ahí estás, pirobo, te voy a matar, y se movía para los lados, como si el señor le tirara bolas de billar imaginarias, No me vas a dar, malparido, y volteaba con el arma como un loco. La mayoría agachaba la cabeza, otros se tiraban al suelo o salían corriendo como yo, las señoras cerraban las cortinas de las ventanas y se guardaban mientras pasaba el alboroto de Juanito, que brincaba: Dejame de perseguir, gonorrea, gritaba en su locura, empepao y apuntando a la loca, y la loca sin aparecer. Era oscuridad en la casa y en la calle. Se la pasaba con Pedro, otro pelado del barrio, como si fueran uña y mugre, aunque en este caso los dos eran mugre. Se conocieron en la cárcel de menores y desde ahí siempre trabajaron juntos. Ellos a robar le decían trabajo; incluso, tenían unas reglas

tácitas, una especie de mandamientos: no robarás a nadie del barrio, honrarás a padre y madre y no matarás mujeres ni niños, inspirados en *Caracortada*, una película con Al Pacino que nos había dejado con ganas de ser Tony Montana, el dia que la vimos en el Betamax de Willy y salimos con el pecho inflado creyendo que el mundo era nuestro. Pues bien, Juanito y Pedro tomaban ideas de las películas para su vida de maleantes *wannabe*, como la vez que aparecieron con una lora para tenerla de mascota, igual que Baretta, un detective de una serie gringa que tenía una cacatúa blanca; sin embargo, la de ellos era verde y no tenía más talento que cagar y amargarles la vida a Margot y Juliana, que se la pasaban limpiando rilas y renegando de esa puta lora. Repetían tanto la frase que se le quedó impregnada en la mente a la cotorra: ¡Puta lora!, ¡puta lora!, ¡puta lora!, repetía la puta lora. Nosotros aprovechábamos cada oportunidad para ponerla a recitar: Puta lora, puta lora, acrecentando la inquina de las mujeres y las risas de Juanito y Pedro. Las carcajadas terminaron cuando Pepe la mató. El perro brincaba tratando de agarrarla hasta que un día en dos zarpazos acabó con la vida del papagayo y con la endeble armonía interna de Los Gordos, pues Juanito y Pedro la querían como a una hija y juraban que Juliana había sido la promotora intelectual del trabajo sucio que hizo el perro.

Juliana, la gorda, era una joven por cuyas venas no corría sangre, sino bilis. Tenía la misma edad nuestra, pero se creía más grande. Era la más obtusa de la casa de Los Gordos. Su personalidad era como su canción *Juliana, qué mala eres, qué mala eres, Juliana.* No siendo la más hermosa, sabía que la coquetería bien administrada era un superpoder. Era media luz en la casa y oscuridad completa en

la calle. Cuando se le salía el demonio no le negaba un «carechimba» ni un «gonorrea» a nadie. Hay personas que nacen con el don del insulto; inventan nuevas formas semánticas, hacen asociaciones creativas para ofender, expertas en sacar lo peor de quienes las rodean; cuando pronuncian un insulto lo hacen con convicción, con la vocalización perfecta de las palabras, el tono, la mirada y la posición del cuerpo adecuados para que la ofensa llegue a donde tiene que llegar y produzca el efecto esperado. Todos tenemos un talento, el de Juliana era insultar, un talento menor, pero talento al fin y al cabo, y lo tenía desde pequeña, la Mozart de los improperios.

A veces a la genética le da por ponerse creativa, por eso uno no se explica cómo en una familia así pudo criarse un ser con características tan distintas a las de los otros consanguíneos. Como las plantas que nacen entre las piedras, así era el menor, el benjamín, Jhonny, alias La Chiva, mi amigo, la salvación moral de Los Gordos, generoso como su pelo, noble, inteligente y tan diferente a ellos en sus formas que nosotros decíamos que parecía adoptado, que había llegado en una canasta por el río Medellín y doña Margot lo recogió. Él se reía: Mis padres son alemanes, mi verdadero nombre es Beckenbauer, pero como Ismael no lo sabe escribir me puso Jhonny. Su sentido del humor no tenía filtro y podía burlarse de cualquiera sin compasión. Si Juanito era temido por lo que hacía con un arma, Jhonny lo era por su lengua. Se mofaba hasta de su abuelo, el papá de doña Margot. Ramón, un septuagenario que era treinta por ciento huesos y setenta por ciento alcohol, se emborrachaba con el olor de la botella, hacía la mirada de las cinco yardas y sus escasas lanas de pelos en la corona se

bamboleaban al son del viento; entonces La Chiva nos decía: Ah, a mi papito ya se le emborrachó el pelo, hay que entrarlo antes de que se tire en un rincón como un añoviejo.

Los dos hicimos la dupla cómica más famosa de Primavera. Imitábamos a Tola y Maruja con una sombrilla y dos pañoletas. Hacíamos trovas en las que aprovechábamos para ridiculizar a quienes quisiéramos y para denunciar lo que muchos pensaban, pero nadie decía. Fuimos cómplices en las bromas con solo mirarnos. Cosa que no pasaba en la cancha; mi talento nunca estuvo a la altura de su claridad con el balón. Me pasaba la pelota limpia y yo se la devolvía sucia, empantanada, puerca. Te rebota una toalla mojada, decía. Yo sonreía decepcionado de mis piernas, que no le obedecían al cerebro. La agilidad que la vida le otorgó a mi lengua se la negó a mis pies. Aun así, Jhonny siempre me pedía para su equipo. Aquel apoyo y amistad se fragmentaron cuando no estuve a la altura de su confianza. Tuvo que mantener sus secretos en la sombra a causa de la vergüenza infundida por los morrongos, por la estupidez ingente de esta sociedad rodeada de montañas de ignorancia y el rechazo vehemente contra aquello que supera su entendimiento. Soy producto de eso, fui uno de ellos, como un cromañón le di la espalda a mi amigo, a mi apasionado amigo, el que mejor hacía la bicicleta con el balón, al que jugaba como un director sinfónico que en lugar de batuta llevaba una pelota. Sabía identificar los *tempos* de un partido; por naturaleza sabía cuándo era necesario un *allegro*, un *pizzicato* o un silencio con la pecosa; ese amigo al que vi llorar por aquellos que no entendían que el amor es amor. Jhonny sufrió mucho y usó el fútbol y el humor para camuflar sus penas, pero no fueron suficiente protección para sus verdades.

Era como la canción que entonaba cuando se prendía *He sido el incomprendido, ni tú ni nadie me ha querido tal como soy.*

La Chiva cantaba con una sonrisita triste mientras hacía la clave pegándole a una botella de aguardiente. Miraba al infinito y la coreaba con pasión, con rabia, a modo de reclamo a alguien, *Y juraré que cuando muera, aun así con mis presagios, pondré tu nombre a flor de labios y moriré*, y yo, sin saber para quién iba el reproche, me sentía perturbado; como si ese ovillo fuera mío, me transmitía sus emociones contrariadas. Esa canción aún suena como un calderón que en sus notas evoca el final de un artista del fútbol y del humor, el único que valía la pena de esa familia que no comprendió el diamante que tenía, que lo trató como a una piedra sin valor y lo dejó solo. Lo dejamos solo.

«Siempre hablando de qué lindo eres, que anoche saliste con cuatro mujeres, que entre todos los hombres eres el más que puede».

En aquel tiempo, Las Abuelas fueron grandes precursoras de la rumba y las calenturas de nosotros. Lindas todas, cada una con su estilo, bailadoras, sonrientes, furiosas cuando tocaba, tiernas cuando querían. Por ellas llegaban los pillos a la cuadra; cada que les mataban los pretendientes, iban apareciendo otros, como los bacilos del kumis. La abuela, Celia, era una matrona. Sentada en su silla daba órdenes con ese tono ronquito paisa. Esa voz aguardientosa mandaba a diestra y siniestra sin necesidad de gritar, con la autoridad que otorgan los años, la sabiduría y la plata, pues ella tenía una caleta guardada de la época en que era amiga de Griselda Blanco, famosa por trabajar con Pablo Escobar y con la Camajana, otra mujer que, viuda negra, no se iba con cuentos a la hora de conseguir plata. Nunca vimos la caleta ni el dinero, pero eso decía Primavera. Tenía cinco hijos: tres mujeres y dos hombres. De sus seis nietos, dos eran contemporáneos míos. Manuela y Rubén.

Manuela era una ninfa cachetona, de piel bronceada natural, con ojos azabaches que le daban a uno ganas de decirle escoja iglesia y hasta que la muerte nos separe, pero ¡qué va! Ella desde su pedestal de juventud, belleza y picardía solo miraba a los pillos, a los que tenían el poder, la plata, las motos DT 200 y los carros engallados. A pesar de ser pelusa de ombligo para ella, mi mente fantaseaba con su cuerpo, con su mirada, hasta me parecían preciosos sus defectos, y su voz ronca era una sinfonía para mis oídos adolescentes. Su indiferencia, más adelante, me hizo merecedor del afecto de Ana, la mamá de mi amigo Rubén, Guri Guri, que al quedar viuda lo educó con la técnica de la complacencia

y el mimo. Ese matriarcado de Las Abuelas le potenció al niño la confianza del dictador: creía que todo lo podía y que el mundo cercano estaba a su disposición. Era fácil manipularlo, solo había que retar su confianza: A que no es capaz de tirarse de ahí… A que sí. Y taque, se tiraba, brazo quebrado. A que no es capaz de pegarle una pedrada a ese pájaro. A que sí. Y taque, quebraba un vidrio. Fuimos amigos, aunque éramos distintos y peleábamos mucho; su mente decía «a que sí»; la mía, «a que no». Nos unían el fútbol, la salsa y su mamá. Nos sentábamos a escuchar y a cantar duro, en la tienda de Andrés, «Ah-ah/O-no»: *Y yo te pido un besito y te toco la manito y te digo que te quiero*.

Rodeado de mujeres aprendió a tratarlas; conocía sus debilidades, sus gustos, en qué momento sonreírles, cuándo quedarse callado, cuándo hablar, qué decir, estaba preparado para el amor. También aprendió de sus tretas, las formas como engañaban, como manipulaban a los hombres con una mirada, con una caricia, con el «aquí tengo, pero no te doy», las vio reírse de ellos, fue testigo de las charlas en las que ellas contaban los más oscuros secretos de los novios: Este lo tiene chiquito; Aquel se las da de toro y no llega ni a ternero; Tan visajoso y no dura ni una canción, escuchaba decir entre risas a sus primas y a sus tías. Su cabeza se llenó de desconfianza con las mujeres. Era capaz de enamorarlas, pero no les creía cuando ellas le decían que lo amaban. La que se negaba a sus encantos se convertía en un reto personal hasta que lograba su objetivo: el frenesí de la conquista, la satisfacción de dominarla, el placer de ver rogar cariño a alguien; le encantaba hacerlas sufrir por su ausencia. Fui su celestino. Me entregaban las cartas de amor dirigidas a él con esas caritas de esperanza, de adolescentes

suspirantes. Para mí era como ver pasar plata para el banco, un banco cuyo interés era el ego. La pared de su pieza estaba llena de vitrales, cuadros, esquelas de Giordano, un muñeco deslucido, ícono semiótico de los noventeros enamorados, que mostraba orgulloso como si fueran trofeos. Yo moría de envidia; mi pared representaba la pureza del adolescente virgen. Lo veía como a un maestro del romance, o del sexo, o de las mujeres, porque uno a esa edad no entiende esas diferencias y no le importan, en la adolescencia yo solo quería besar a alguna, no importaba si era fea, bonita, alta, chiquita, gorda, flaca; con que tuviera cara servía, ante la escasez no se puede ser exigente. Soñaba con que por lo menos una sufriera, hacerle falta a alguien, despertar la lágrima, que llamaran a mi casa a preguntar por mí para negarme y decirle a mi mamá Dígale que no estoy, que salí; que fueran a buscarme a mi casa como lo buscaban a él, que me reclamaran como lo hacían con él cuando bailaba con otra mujer; quería sentirme amado, deseado, sentir el poder que da el amor sobre el otro. Para mí, amar era sumisión, era rendirse ante otro. El enamorado está a merced de los deseos del otro. Eso quería yo, que alguien estuviera a disposición mía, poder decir que tenía novia, ir a marcar tarjeta, chupar trompa, tener en mi pared por lo menos dos esquelitas así fueran de Giordano, pero nada. Solo tuve el trío del adolescente solitario: soledad, envidia y masturbación. Guri Guri me tomó como su asistente en las lides de la conquista y, aunque yo seguía al pie de la letra sus consejos, mi talento con las mujeres era el mismo que tiene un futbolista para la física cuántica. A pesar de mí, gracias a él pude dar los primeros besos jugando pico botella.

Guri Guri era talentoso para el fútbol y el baile. Fue una herencia de sabor, yenyeré y guaguancó que le dejó Aníbal, su papá. Aprendió a moverse con ritmo desde que estaba en la barriga de Ana. Ella contaba con orgulloso desparpajo que iba embarazada a bailar en los tablados de la Feria de Flores con Aníbal, su marido, que era un bailarín de primera. La protuberancia y la incomodidad del vientre no eran impedimento para danzar al ritmo de la Billo's Caracas Boys, Los Melódicos o Jairo Paternina con el Combo de las Estrellas. Rubén era tan buen bailarín que los muchachos le daban plata para verlo bailar «El Cumbanchero», *A cumba, a cumba cumba cumba, cumbanchero… a bongo bongo bongo bongocero. Riquiti que va sonando, el cumbanchero, bongocero que se va. Bongocero que se va*... Guri Guri bailaba, reía y movía esos pies de gelatina con gracia, perfección y una rapidez que nos dejaba pasmados, y él quedaba extasiado de la felicidad que produce la admiración. Una felicidad momentánea que nunca pudo borrar de su mirada triste. Desde que lo conocí a los ocho años, en el velorio de su papá en mi casa, sus ojos transmitían abandono, una queja profunda, ancestral, que no nació con la ausencia paterna, sino que venía con él, una robusta fragilidad que despertaba en las mujeres tanta ternura que les provocaba abrazarlo como un acto sanador.

Su papá era tema vetado. La única vez que lo vi llorar teníamos once años. A la salida del colegio compramos dos pollitos de colores. Cada uno se fue con su pollo. El mío lo alojé en una cajita de cartón y en un vasito le puse agua y unos granitos de arroz. No sé qué hizo Guri Guri con su pichón, pero los dos amanecieron muertos. Se nos ocurrió enterrarlos en el solar de mi casa y hacerles una despedida digna. Abrimos dos huecos y agarramos unas flores maltrechas. Él

trajo un casete con unas canciones de los Huracanes del Norte, y comenzamos a despedirnos de los pollitos imitando a los grandes en los entierros. De pronto, Guri Guri lloró. Entonces también me puse a llorar. Gritábamos: ¡Ayyyy, se nos fueron los pollitos! Y cantábamos «La cruz de madera», sentados al frente de los dos morritos de arena. Guri Guri acarició la tierra que cubría su pollito con lamentos poderosos, auténticos. Años después reiríamos al recordar la vez que enterramos dos pollitos. Pero sé que ese día mi amigo lloró a su papá, que, aunque él lo negaba, le hacía falta. En el fondo nos envidiaba porque los nuestros, así no fueran de exposición, estaban vivos. Tal vez por eso las abuelas el Día del Padre lo llenaban de regalos, lo que le otorgó una potestad para darles consejos o regañarlas, no importaba que fueran mayores, daba órdenes a sus primas y a sus tías, incluso reprendía a su propia madre: No baile así, Esa blusa se le ve muy fea, No tomé más; se portaba como un padre, o un papi, como le decían ellas. A nosotros nos unió la rumba y nos separó el amor. Nunca me perdonó lo que pasó con su mamá. A uno no lo educan para pedir perdón, por eso le toca crecer y ver cómo lidia con las culpas. No le pude decir nada porque la muerte se enamoró de él, le dio un beso en la cabeza y otro en la costilla izquierda como si buscara el corazón.

«Me gusta andar, pero no sigo el camino, pues lo seguro ya no tiene misterio».

En mi adolescencia, el delantero del equipo era Willy, Beni, un favorito de Dios. Se podía dar lujos que nosotros no. Su familia era acomodada, que es la expresión popular para designar a los que están por encima del promedio de la pobreza, pero que no alcanzan a ser ricos. Mercaban para el mes, estrenaban los tres días de diciembre: el ocho, el veinticuatro y el treinta y uno, siempre tenían jugo en la nevera y una vajilla que nunca usaban. En su casa veíamos las películas alquiladas y a su mamá le tocaba atendernos. Beni tenía la misma edad mía. Lo sé porque su mamá nos invitó a comer torta con Coca-Cola y lo pusimos en el centro de un círculo humano y le cantamos las quince primaveras; *despertarás siendo mujer mañana*. Sentí alivio de que mi mamá fuera pobre y no me hubiera hecho torta con Coca-Cola para mis quince años un mes antes, y por eso no me cantaron que sería una mujer al otro día, porque a mí sí me daban vergüenza esas cosas; a Beni no, a él le gustaba siempre estar adelante.

La mamá, Julia, pertenecía al grupo de Regina 11, una mujer que tenía un partido político con una escoba como símbolo y por eso decían que era una bruja. Era reginista y en la ventana de la casa había un cartel con ese símbolo. Tenía pomadas, ungüentos y cosas para aliviar hematomas y dolencias corporales. Muchas veces, mi mamá, cuando no encontraba qué más darme para los hongos en los pies, me enviaba con recelo para donde ella y más de una vez sus pomadas aliviaron esos hongos que, según ella, me daban por orinar cuando me bañaba. ¿Cómo sabía ella que yo hacía eso? No sé. Más de una vez Willy nos mandó a varios con la nariz chorreando

sangre porque le hacíamos chistes sobre el reginismo de su mamá. Una tarde La Chiva agarró una escoba y declaró: Estoy disfrazado de la mamá de Beni. Más se demoró en decir ja, ja que Beni en quitarle la escoba y darle unos palazos tan duros que le reventaron la cabeza. Jhonny tuvo que ir a la casa de Beni a que la mamá le untara las cremas reginistas para que le bajara la hinchazón. Cuando ella preguntó qué le había pasado, le respondió que se había caído por las escalas de la casa.

La relación con su papá no era distinta y distante. Aunque los unía el gusto por el Nacional, el de ellos era un afecto pálido abonado por la dureza y la disciplina. Con el cuerpo en posición de honores a la bandera, lo llamaba desde el balcón con el tono del comandante que llama a formar a los soldados del batallón. Vestía con la camisa por dentro, los zapatos lustrados y el pelo tan bien peinado y duro que no lo movía ni el viento de *La rosa de Guadalupe*. Como no le gustaba tener tufo de borracho, la naranja nunca fue su pasante; utilizaba un dulce anisado conocido como confite de aguardiente. Cuando estaba jincho intentaba recuperar la autoridad perdida con el recurso de la generosidad. Llamaba a Beni para que pidiera lo que quisiera: un rollo, una lengua, una paleta Drácula, un paquete de papitas, un chicle ácido, una Golosía, un Chocoramo, pero nada, Beni, rebelde y tozudo, seguía sentado en la acera del frente como si pasara una bola de cardo entre su papá y él. Ni siquiera iba por lo que más le gustaba. Daba gusto verlo comer Chococono. Le voleaba la lengua con voracidad hasta que quedaba el último pedacito de galleta, y ahí nos preguntaba, parodiando a Kiko el de *El Chavo del Ocho*, ¿Quiere...?, ¿sí...?, compre, y se lo metía a la boca de un sopetón. Lo otro que disfrutábamos era comer mandingas: una

longaniza servida en una cama de papas fritas, decoradas con un huevo de codorniz en el centro, bañadas con un fino aguacero de salsas de varios sabores, el Belcebú de la comunidad *fitness*, un taponador de arterias que devorábamos con el entusiasmo del apasionado por el hambre. Al terminar de comer aquella ambrosía grasosa, Willy decía: Listo, vamos. Porque él no se quedaba quieto, requería movimiento, si no era en la tienda de don Andrés, era en la acera de su casa, o jugando fútbol, o yendo a comer mandingas. Quería hacerlo y probarlo todo, como si supiera que tenía el tiempo contado, como la Cenicienta que goza al máximo porque solo tiene hasta las doce, así vivía, de afán. En amistades le gustaba la rotación. Con la misma naturalidad que pasaba de una novia a otra, de un parche a otro, de un equipo a otro, pasaba de un mejor amigo a otro mejor amigo. El turno me tocó cuando tuve que explicarle matemáticas y sociales, porque muy ojos lindos y todo, pero nada se le pegaba. No sabía ni la tabla del cinco: No saber la del siete vaya y venga, ¡pero la del cinco!, me burlaba y le exhibía los dedos de cada mano con mi didáctica empírica de estudiante de sexto de bachillerato. Su respuesta era hacerme señales obscenas: el signo de *ok* con las manos, metiendo la nariz en el aro que se formaba. Para las tareas de sociales llamábamos a Salomón, un sabio virtual del periódico *El Colombiano*, un Google de teléfono, el ChatGPT de los noventa en Medellín; dependiendo de la pregunta presionábamos un código que aparecía publicado en el impreso. Lo malo era que muchos compañeros llevaban las mismas respuestas y los profesores creían que copiábamos. Después de dos jugos de maracuyá y el bloqueo de nuestros cerebros, se agotaban los gestos, mi pedagogía y su paciencia. Subíamos a la terraza a mirar la ciudad con unos

binóculos que se había ganado la mamá en un evento de Regina 11. Él decía que se los había traído el Niño Jesús. Mirar Medellín desde lo alto era soñar con un mundo desconocido y al mismo tiempo daba la sensación de tener la ciudad a los pies. Señalábamos los lugares que creíamos conocer: Ese es el Coltejer, es el edificio más alto de Colombia. Oigan pues, refutaba, el edificio más grande de Colombia queda en Bogotá. Nooo, oigan a este, pille, ¿usted ve el edificio de Bogotá? No, ¿por qué?, respondía. Ah, pues porque si fuera tan grande se vería desde acá, y el único que vemos es el Coltejer, con esa lo maté, sentenciaba con sonora carcajada.

Le costaba aprenderse las letras de las canciones y tarareaba las melodías. Su favorita era *No soy de aquí, ni soy de allá. No tengo edad, ni porvenir y ser feliz es mi color de identidad…* Era su único contacto con el sonido. Para el baile no era ducho. Dios en ese talento lo dejó incompleto. Nunca lo necesitó. Cuando estaba nervioso, lo atacaba la tartamudez, las palabras le salían por cuotas. Por eso en las fiestas siempre se hacía afuerita, en la periferia. Desde allí observaba, hacía sus burlas y con sus ojos claros le coqueteaba a alguna y pasaban el resto de la noche felices en un rincón. Los veía uno engarzados en un beso como si quisieran tragarse mutuamente, en una batalla de lenguas, sin que les importara nada. Y uno babeándose al lado. La mayoría, para conquistar, a excepción de Guri Guri, teníamos que saber bailar, cantar, hacer morisquetas o llamar la atención con algo. No teníamos la seguridad que otorgaba la belleza. A Beni los crespitos rubios se le mezclaban con una cicatriz en la ceja derecha que le otorgaba un halo de bravura, fórmula infalible para conquistar: belleza con un toque de maldad.

Además de esas bondades, la vida lo había bendecido con una habilidad innata para hacer goles sin esfuerzo. No tenía necesidad de correr. Mientras que nosotros corríamos sudorosos detrás del balón, él simplemente decía: ¡Pasámela, pasámela! Controlaba, chutaba y la bola se metía al arco. Qué envidia. A Beni le pasaban cosas de fantasía: una vez, doña Paula, una de Las Abuelas, le estaba dando agua de una jarra en pleno partido. ¡Dejá de tomar agua y jugá, home, marica!, le gritábamos. En esas el balón le cayó en los pies y le gritó: ¡Juegue!, porque el balón lo escoge a uno. Sin soltar el vaso con agua, y casi con desdén, le pegó al balón, que hizo un globito y entró derechito al arco. ¡Golazo! Nos miró como quien dice no me jodan que estoy tomando agua y siguió charlando y refrescándose la cabeza con las últimas gotas de la jarra. No contento con eso, Dios, que es bondadoso, le dio carisma. Beni le caía bien a la gente. Las mujeres se le insinuaban en gavilla y los hombres lo respetaban. Hasta las mamás de nosotros decían: Ese mono tan lindo, y lo formalito que's, me ayudó a cargar el mercado. Era tan formal que decidió ir a donde no tenía que ir, hacer lo que no tenía que hacer y ponerme a mí, años después, a escribir esta historia porque lo tengo como un sirirí en mis sueños:

«Vos, que podés, deciles lo que podás».

PRIMER TIEMPO

«Por la tarde no hay nada, salgo a buscar mis panas, nos paramos en la esquina, no hay nada por la avenida, vamos a dar una vuelta, un serrucho para la botella, nos sentamos en la escalera y cantamos canciones viejas».

Hay un cuerpo en la acera. Una mancha de sangre sale de la cabeza, se mezcla con la baldosa de granito y crea meandros como si fuera un río vinotinto mirado desde un satélite. Mariposas en forma de niños revolotean alrededor del joven yerto, revisan sin tocar los pequeños cráteres de color granate oscuro que se le formaron en la testa. El volcán de sangre está a punto de secarse. Les causa curiosidad la boca entreabierta que lo hace parecer a una persona viva que ronca, uno de ellos levanta un casquillo y lo analiza con detenimiento, se lo muestra a otro niño, pelean dos segundos por él, el infante más bravo se lo guarda. Las señoras tienen puesta la máscara del horror y el miedo, se santiguan, regañan a los niños y murmuran. Los señores, vestidos con pantaloneta y chanclas, quitan a los niños, se lamentan, se rascan por detrás de la cabeza en señal de no saber qué hacer, tocan el cuerpo, lo mueven, lo llaman por su apodo, no saben su nombre, revisan los bolsillos de la chaqueta y sacan algo del pantalón. Una señora aparece con una cobija y cubre el cuerpo. Hay tufo a miedo en el aire. Otra mujer llega corriendo y llora encima del cuerpo, frunce el rostro, se agarra los cabellos, mira hacia todas las direcciones, sacude al finado con fuerza, como una madre cuando trata de despertar a su hijo para que vaya al colegio. Un carro oficial aparece. Un hombre con uniforme baja del carro, con una mirada primero, con una orden luego, con una mano después, retira a la mujer que grita encima del cuerpo. Puede ser su hermana. Es muy joven para ser su madre y muy vieja para ser su esposa, aunque en Primavera nunca se sabe. El oficial y su ayudante levantan al hermano, o al hijo, o al esposo o al amigo de esa mujer.

La gente ve cuando lo meten en la parte de atrás del carro. La dueña de la manta no la reclama. La mujer se consuela en el hombro de otro joven de su misma edad que parece tranquilo, sabe lo que hay que hacer, a quién llamar, con quién hablar, la serenidad de la costumbre. La gente forma un corrillo a su alrededor, los arropan y no me dejan ver más. Yo estoy en la casa del frente, mirando detrás de una cortina. El asesino está a mi lado.

Fue la primera vez que vi matar a alguien. Casi todos los que vivimos en Primavera presenciamos un asesinato en vivo y en directo. Fue aterrador y simple. Sin persecuciones, sin gritos, sin tanta alharaca como las otras veces que vi a la muerte trabajar de cerquita. Pedro, Juanito y El Ratón. Un joven revejido con más orejas que cara y más dientes que orejas; sin embargo, ese no era el motivo del apodo. Lo llamaban Ratón debido a que sufría de rotacismo, un trastorno del habla que le impedía pronunciar bien la letra R. Lo descubrieron cuando era niño y nunca pudo decir bien la palabra ratón. Desde entonces le pedían que repitiera el trabalenguas: Erre con erre cigarro, erre con erre barril, rápido ruedan los carros cargados de azúcar al ferrocarril. Lo trataba de decir sin destacar la R, pero el resultado era que quedaban muertos de la R. Risas. Con ese roedor llegaron Pedro y Juanito rechinando las llantas de las motos, dando vueltas en círculo como un perro antes de echarse, saludaron coquetos a las muchachas con la confianza que da la alegría, parquearon las motos y pidieron una garrafa de aguardiente en la tienda de Andrés. Fruco les puso la Sonora Ponceña, «Fuego en el 23». Nosotros estábamos conversando en la acera de Las Abuelas, sin parche, sin plan, sin nada para hacer, en un desocupe lo más de bueno, con la placidez

de poder hablar mierda sin sentirnos culpables o preocuparnos por pagar el arriendo, los servicios, por los problemas del trabajo o la responsabilidad de mantener un hogar. La dicha de la vida, el divino tesoro de Rubén Darío. Atraídas por el hilo invisible del poder y la irreverencia, las muchachas fueron hacia ellos. Las primeras fueron Salomé y Manuela, y nosotros, para no quedarnos solos, también nos fuimos detrás, de metidos, de pegados, de chismosos, soperos, de desparchaos, de ganosos, perros detrás de perras en celo.

Como ellos estaban contentos no hicieron mala cara; además, llevábamos un tema de conversación y ellos no. El canje útil al que le he sacado provecho toda mi vida: uno pone la labia y el otro pone el trago. La discusión: ¿era mejor bañarse con agua fría o agua caliente? Una dicotomía ancestral que Platón decidió no incluir en sus diálogos por la complejidad del asunto y porque en esa época no habían inventado el calentador de agua. Los que preferían la caliente decían que el agua fría era para las matas y para lavar los carros; los que defendíamos el baño con agua al clima argumentábamos que bañarse con agua caliente era para enfermos y mimaos. El agua fría es buena para la piel; El agua caliente es para desplumar gallinas; El agua fría pone el pipí chiquito; El agua caliente deja a la gente con sueño después de bañarse… Los temas fueron migrando y dando saltos de manera espontánea, entre la primera y la segunda garrafa de aguardiente. Me fui poniendo contentongo, confianzudo y empecé a contar chistes. Entre risas y el «Había una vez un paisa, un bogotano y un pastuso», nos volteamos la tercera garrafa. Algunos empezaron a abandonar el barco a voluntad o por obligación. A Salomé y a Payaso los entró don Alonso con solo salir al balcón y hacer cara de: qué hubo pues, pa’entro, culicagaos.

Imagino que a mi mamá le pudo el sueño y como yo estaba al frente de nuestra casa se quedó tranquila. Mi papá estaba en turno de noche, así que yo estaba por mi cuenta y riesgo. La Chiva se fue a dormir temprano, lo mismo que Juanito. El único trasnochado que no tomó nada porque se la pasó atendiendo fue Fruco. Quedamos algunos raspando fiesta con dos hombres a los que no conocíamos, pero luego de varios aguardientes nos abrazamos como si hubiéramos salido del mismo útero. Llegó la decadencia de la noche con temas diversos, distribuidos por parejas o tríos de conversación, peroratas cruzadas, promesas por incumplir, alabanzas de un lado y del otro, afectos con babas y tufo anisado: Te quiero mucho, güevón. No, yo más. Argumentos pasados por el cedazo del alcohol, sin hilos conductores, con frases sensibleras, desfogue de eructos y silencios en medio de las oraciones, que es aquel momento en el que una neurona embriagada busca la frase que sigue, pero el predicado está al otro lado de la cabeza, sin saber qué hacer, perdida en un charco nebuloso de alcohol. Así estábamos, arañando ideas, cuando la charla de Pedro y El Ratón fue pasando de castaño a negro azabache. El volumen de la voz aumentó. Yo estaba muy concentrado con Rubén en una disertación sobre quién era mejor, si Pelé o Maradona, discusión que está en el mismo costal de si es mejor bañarse con agua fría o caliente. Fue ahí, en ese preciso instante, cuando sucedió lo que cambiaría la vida del barrio, la de mis amigos y la mía. Porkis, quítese, ordenó Pedro. Apartó de su camino mi cara con el brazo izquierdo y con el derecho apuntó a la cabeza de El Ratón y le disparó dos veces. Mi cuerpo alcanzó a moverse como si hubiera recibido dos corrientazos fuertes y luego quedé pasmado. Tengo imágenes separadas del mismo momento:

El tambor del revólver a centímetros de mi cara.

Los ojos desquiciados de Pedro.

El olor metálico del arma mezclado con el de la pólvora.

La mirada de pavor y sorpresa de El Ratón.

Alguien abrazó a Pedro, que ya, que tranquilo, que calmado, home. Pedro, furioso desde el pelo hasta los zapatos Zodiac, le bramaba a lo que quedaba de El Ratón: Me ibas a goliar la plata gonorrea, ¡carechimba! A ver si ahora me podés quitar lo mío, pirobo, y resoplaba en bocanadas profundas como si se estuviera tragando la vida del muerto por boca y nariz. Eso pasó en menos de un minuto. La música se fue y mi mente también. Mi cerebro, como un corcho de vino, selló el pico de la botella de mis recuerdos para protegerse. Agujeros negros, sin detalles, olvido, instantes desparecidos. Este libro se podría llamar *Fragmentos inconclusos de un lugar que ya no existe*. Cuando volví era de día y presenciaba el levantamiento de El Ratón por la ventana de la casa del frente, con el aturdimiento onírico de lo increíble. A mi lado los compañeros de juerga observaban con naturalidad por fuera y angustia por dentro. Pedro, pálido, veía pero no miraba; sus ojos estaban en su propio agujero negro.

***

Después de ver la muerte de cerquita lo que siguió fue el miedo. Pavor. El terror a que me matara Pedro o a que nos matara a todos por haber sido testigos. El silencio nos unió, nadie volvió a hablar del tema. No sabía entonces cómo manejar eso y esta es la hora que no

sé cómo lo logré. Mi tendencia a imaginarme lo peor se hizo más fuerte. Me hacía en la mente películas por las que Tarantino, Spielberg y Coppola se hubieran limpiado la baba. Pensaba que cuando mis papás se fueran a trabajar y yo volviera del colegio iba a recibir un balazo y quedaría tendido en la puerta de mi casa con el uniforme ensangrentado, aferrado a la tula en la que llevaba los cuadernos, con la boca abierta, igual que había quedado ese otro muchacho que mataron en el colegio. Pero esa es otra historia y debe ser contada en otra ocasión.

Otras veces pensaba que tocarían la puerta de la casa y, cuando abriera, taque, el balazo en la frente; que entrarían a mi salón como hicieron varias veces con otros y ahí, delante de mi profesor de Ética y Valores, me mandarían para el barrio de los acostados; que en el bus de Zamora que manejaba un señor al que le decíamos Artista, escuchando: *Sale el sol, y no estás a mi lado*, *vivo desesperado, esperando tu amor*, lo más de contento, Pedro se sentaría detrás de mí y, ¡pum!, un tiro por la espalda, en la base del cráneo, en el occipital. Pedro y Juanito se bajaríaan por la puerta de atrás, nadie vería nada y yo quedaría ahí, sentado, con la boca abierta, con el hilo de sangre pintando las latas del piso del bus, la cabeza recostada en la ventana de la salida de emergencia, que no serviría en esta emergencia, pues el muerto, que sería yo, no alcanzaría a ver la emergencia. Así imaginé muchas muertes mías. En todas moría; en ninguna muerte que proyecté me salvaba.

Me alejé de la calle, entraba temprano a dormir, no esperaba a que me llamaran mis papás, me convertí en el niño más juicioso: del colegio a la casa, de la casa al colegio. Trataba de estar acompañado o de visita donde mis amigos, a pesar de los regaños de mi mamá,

que no se explicaba qué hacía yo metido en casas ajenas, y de la extrañeza de las mamás de mis amigos, que me veían correr la cortina y mirar por la ventana antes de salir, así como hacen los que esperan que amaine el aguacero para cruzar la calle corriendo y no mojarse. Las mamás de mis amigos a la tercera vez que ofrecían algo para tomar lo hacían con el tono de este por qué no se va para su casa, se va a quedar hasta la hora de la comida y va a tocar echarle más agua a la sopa. Sin asomo de vergüenza recibía el jugo. Habría querido decirles: Doña Julia, no me voy para mi casa porque tengo miedo de que Pedro me mate, es que yo lo vi cuando mató a El Ratón, entonces estoy esperando a que se meta a la casa de Los Gordos o se vaya para poder irme para mi casa y resguardarme tranquilo. Sin embargo, me quedaba calladito tomando mi trago y poniendo temas de lo que fuera. La intención era no dejar aparecer el silencio y que alguien dijera: Buenoo, calabaza, calabaza, cada uno pa' su casa. Les ponía conversación a mis amigos, a sus papás, a sus mamás, era un niño preguntón: ¿Y ustedes cómo se conocieron? ¿Y esos que están en el cuadro quiénes son? Pedro seguía al frente tranquilo, teniendo más temas que conversar que yo: Doña Julia, ¿a usted qué música le gusta? ¿Y ese apellido de dónde es? ¿Los reginistas creen en Dios? Y Pedro nada que se iba. Averigüé las vidas de las familias de mis amigos en dos semanas y aprendí a poner los temas que nunca se agotan: la política, el fútbol, la religión; descubrí que nos fascina hablar de nosotros mismos y de las cosas que nos pasan. En conclusión, gracias al miedo, cultivé una virtud que me ha servido para la vida: escuchar. Así pasaron dos semanas. Cada que me encontraba a Juanito y a Pedro los saludaba. Él se quedaba mirándome y yo no más lo miraba directo a la frente

o a un cachete, que es como lo miran a uno los que no quieren mirar a los ojos. Creía que si hacíamos contacto visual no le gustaría y me iba a carear: ¿Le debo o qué? Y yo la verdad no estaba para deberle nada a Pedro. Simplemente respondía: Todo bien, y ellos: Todo bien. Aunque con incertidumbre, pues «todo bien» también podría ser «todo mal». No era el momento de averiguar a cuál de las dos acepciones se referían en este caso. Entonces entraba a mi casita como el ratón miedoso que se mete al agujero.

Por esa época me salió un hongo en la planta del pie derecho. Era tan grande que no me dejaba caminar y, a pesar de los ungüentos de la mamá de Willy, el champiñón maligno seguía resistiendo. Fue una bendición que me impidió ir al colegio por unos días y evitar que Pedro me encontrara por ahí para matarme. Me quedaba acostado en la cama escuchando música. Veía las novelas de la mañana, la del mediodía y, cuando suspendían la programación, encendía la grabadora y escuchaba Latina Estéreo o las baladas en inglés que ponían en Veracruz Estéreo, y así no supiera qué decían las letras, el sonsonete me hacía dormir, hasta que volvía a iniciar la programación a las cuatro de la tarde en los tres únicos canales que había, Canal Uno, Canal A y Teleantioquia. La televisión, la soledad y el ocio, lejos de darme tranquilidad, lo que hicieron fue despertar aun más mis miedos y crear nuevos componentes para los guiones cinematográficos de mi imaginación. Pensaba que si les confesaba a mis papás lo sucedido, en lugar de protegerme, me iban a regañar por estar bebiendo con los pillos hasta tan tarde, y pues yo tenía mucho miedo de que Pedro me matara, pero le tenía más pavor a un regaño de mi mamá. Fue precisamente ella la que me sacó de ese

estado de pánico vegetativo aquella noche en la que me envió a la muerte sin saberlo.

Me hace el favor y va a la tienda y trae una bolsa de leche y unas arepas, ordenó seca, afanosa. Lo que ella no sabía era que en la tienda estaban los muchachos con Pedro y que su hijo iba directo al cadalso. Después de protestar sin argumentos convincentes, salí cojeando, con una india de diez mil en la mano, a enfrentar mi destino. Quién me mandó a beber con ellos, quién me mandó a ir detrás de Manuela, a querer hacer parte de un combo que no era el mío, a creerme un grande por estar con los grandes; quién me mandó a no entrarme cuando me tenía que entrar, quién me obligó a contar chistes y chistes y chistes, quien me mandó a ser tan vanidoso que con cada carcajada y aguardiente gratis me emocioné y saqué otro chiste o repetí el mismo. Adiós, mundo cruel, me van a matar ahí en la acera donde mataron al mismo que yo vi morir. Iba despacio, lamentándome en mi cabecita loca de adolescente, mientras ellos me miraban cojear y Jhonny decía burlón: Ahí viene Pategurre, en alusión a un personaje que hacía el comediante Vargasvil en Teleantioquia. Subí las escaleras despacio al tiempo que le pedía a Fruco, con voz fuerte, la bolsa de leche y las arepas para que no fuera sino llegar, recibirlas y devolverme a mi madriguera con mamá ratona. Me vi bañado en leche y en mi propia sangre, agarrado de la reja con una mano y en la otra apretando los diez mil pesos, en chanclas y con un pie invadido por un hongo gigante en la planta del pie, y eso sí, con la boca abierta. Recibí la leche y entonces Pedro me llamó: Porkis, venga. Lo miré y cojeé sumiso al llamado de la parca. ¿Se acuerda de la otra noche? Claro que me acordaba, no había otra cosa de qué acordarme. Pero no le iba a

decir: Hombe, claro, tengo esa imagen suya disparándole a El Ratón al lado mío, y usted dándole bala y gritándole cosas todo borracho, mera vuelta. No, no era el momento para la sinceridad. Lo que hice fue tragar saliva y con la garganta seca como si me hubiera fumado un cargamento entero alcancé a decir: Nooo, no mucho, yo estaba muy farro, ¿por qué? Ya veía venir el: Cómo qué por qué, porque te voy a dar piso por sapo, gonorrea, y hasta aquí llegaste. Ánimas del purgatorio, quién las pudiera aliviarlas; tan bueno que era, dirían las mamás de mis amigos; qué muchacho tan formal, eso sí, muy preguntoncito, que Dios lo reciba en su santa gloria, y Primavera a tomar tinto de cuenta mía. El sábado tenemos una farra pa' recoger fondos para el equipo, pa' que caiga, sentenció finalmente Pedro. Ah, pero es que yo no tengo plata pa' poner, ando muy pelao. La pobreza siempre es una buena excusa para no participar. A lo que mi homicida sentenció: Fresco, no tiene que poner nada. Pero eso sí, cuente esos chistes que contó la otra noche que nos puso a tirar mucha caja, el chiste del león comisionista, ¡ja, ja, ja! Y trovamos juntos, planteó Jhonny. Eso, eso, qué chimba, celebró Pedro y festejaron todos. Siguió hablando con Juanito sus temas. Fruco me entregó la devuelta. El vértigo hizo que olvidara que tenía el pie cojo por el hongo y salí caminando para la casa como un renacido con la bolsa de leche y las arepas para mi mamá debajo del brazo.

***

La mujer se inclina, escurre la trapera, gira el palo como un molinillo al batir chocolate, los hilos se mueven, parecen un ventilador y caen

en el piso de cemento esmaltado. Cuando termina de trapear, mete la trapeadora en el balde y grita para adentro de la casa:

—No me pisen, que acabo de dar la última… Buenos días, qué más pues, querida. ¿Sí pudo dormir anoche?

—Ay, mi querida, a raticos. Con ese escándalo casi no pegué el ojo.

—Yo tampoco. —Baja la voz—. Y menos después de eso tan horrible…

—Ay, sí, mi querida, esto se puso muy maluco —habla en *sottovoce*.

—A mí me dio mucho susto, pero ya mis muchachos se habían entrado.

—A ese Pedro le dio la locura. Yo le prohibí a Beni que no se me fuera a juntar con ellos.

—Y qué tal esas muchachas con esos hombres. Gasolineras es que son.

—Busconas.

La perra Canela se acuesta al lado de la puerta.

—¡Chite, perra! Abrite de aquí, que acabo de trapear…

La mueve con el pie. La perra se levanta despacio y sale caminando sin ganas.

—Qué verraca perra tan chismosa.

—Ja, ja, ja.

—Oiga, pero esas muchachas ya no estaban cuando pasó todo. Yo no las vi.

—Ay, no, yo no aguanté. Cuando dieron las doce me fui a dormir. Pero igual no sirvió de nada porque después los tiros me despertaron.

—Es que sonaron muy duro. Yo no sé por qué nadie salió.

—Y quién iba a salir, uno muerto de miedo. Guadalupe me contó que ella también se quedó mirando por la ventana hasta que Alonso la regañó.

—Al que yo vi fue al hijo de Porkis borracho. Pobrecito, ese muchacho se está perdiendo, con lo juicioso que se veía.

—¡Qué va! Ese no es sino solapado. De las aguas mansas líbranos, señor.

—Ah, eso sí es verdad.

—¿Y qué me dice de esa pobre muchacha?

—¿La hermanita de El Ratón? A mí me dio mucha pensión verla toda confundida.

—¿Confundida? Noo, lo que estaba era furiosa, no ve que dijo que eso no se iba a quedar así.

—Ay, no, qué pereza.

—Dicen que ella es la novia de ese Bobby, ese muchacho tan maluco de la 50.

—Bendito sea mi Dios. Esto se va a poner muy horrible. Dios quiera que no pase a mayores.

Se oye una olla a presión pitar.

—Bueno, mija, después hablamos, que tengo que terminar de alzar el almuerzo.

—Vaya, que esa olla está a los gritos.

Cuando entra el piso está seco.

«Y los zapatos de Manacho son de cartón, de cartón, de cartón…».

La moda llegaba tarde a mi casa. Mi mamá compraba los zapatos que habían estado de moda el año pasado. Fue la época de mis tenis blancos. Mamá los había comprado para la clase de Educación Física del colegio, y yo los tenía programados para un bingo bailable en la casa de Las Abuelas. Los mayores iban a recoger fondos para comprar las camisetas nuevas de La Fania. Ahorré mi plata del colegio, dejé de comer el pastel de guayaba de la tienda de doña Nubia, tomé agua de la llave, me fui caminando dos días, me quedé con una devuelta de un mandado que le hice a mi mamá y le saqué plata de un bolsillo del pantalón a mi papá. La meta era invitar a Manuela a comer salchipapas, tenerla más cerca y conversarle de alguna cosa. Mis pies, libres de hongos, eran como mis tenis: hermosos, blanquitos y limpios. El viernes Jose insistió en que jugara: No puedo, mi mamá me regaña, le dije. Ah, qué loca, exclamó Beni. Si hay algo que a uno lo hace sentir como un marica es que lo tilden de marica delante de otros, así sea por una maricada. Conclusión: había que mostrarse duro. Jugué, perdimos y ensucié mis tenis blancos. Llegué directo al lavadero. Con un cepillo que antes era de dientes y jabón Rey los estuve azotando durante largo rato, y lo que antes era blanco quedó amarillo. El pantano se fue, pero dejó unas manchas pavorosas que los hacía parecer viejos. Impotente, ante una mugre que ganaba la contienda, daba vueltas ansioso con un zapato metido en una mano y el cepillo en la otra a punto de llorar. Fue ahí cuando recordé a Blanquita, una mujer afro que anunciaba en televisión el límpido JGB. Salí corriendo para la tienda de Andrés a pedir un tarro de límpido fiado: Que si hace el

favor y se lo anota a mi mamá. Volví a la casa, eché en un balde agua con medio litro de límpido esperando que quedarán «blanquitos por montón», como decía el comercial. Los dejé en remojo debajo del lavadero, detrás de una caneca para que mi mamá no los viera y me echara cantaleta. Como el que puede tiene, y el que no, sueña, imaginaba que comería salchipapas con Manuela, ella limpiaría la salsa de mi mandíbula, toda tierna, como una novia. Con esa imagen me encontré a Morfeo.

A la mañana siguiente los tenis estaban puestos encima del lavadero, con la lengua abierta para dejar que el sol los bañara con su luz; los cordones amarrados del tendedero se mecían serenos con el viento. Mamá había sacado los tenis del límpido y los había puesto al sol antes de irse para el trabajo. Dios bendiga a mi mamá.

Habiéndome librado del desasosiego de mis zapatos sucios, me emperifollé para el bingo: un bluyín y una camisa que me había regalado mi tía en Navidad. Me unté gomina en unos pelitos rebeldes y agarré la loción Mesmerize que mi papá le compraba por catálogo a doña Pastora, la peluquera. Me transformé en un Juan Tenorio, un conquistador feliz. Acariciaba la camisa en la barriga como planchando para que no salieran arrugas. A las siete de la noche me asomé por la ventana y no había nadie en la calle. A una fiesta no se llega de primero ni se sale de último. El corazón bombeaba ansiedad, no solo por Manuela, sino porque no sabía cómo iba a reaccionar Pedro. El tiempo caminaba lento. La agitación hizo que llamara a la voz chillona de la muñeca que daba la hora más de cinco veces: «Son las… dieciocho horas, treinta y nueve minutos y dos segundos. Piiiiiii. Son las… dieciocho horas, treinta y nueve minutos y diez segundos. Piiiiii».

Decidí quedarme parado al lado de la puerta hasta que vi a Beni. Pasamos a recoger a Payaso, luego recogimos a La Chiva. Recoger es un decir; la casa de Las Abuelas quedaba a cuatro casas de la mía. Nos hicimos en la acera del frente. Los grandes estaban rodeando una mesa Rimax. Manuela, por ningún lado. Ana, la mamá de Guri Guri, me saludó y comentó que yo cómo estaba de lindo. Cuando las bonitas nos dicen cosas bonitas a los feos, nos hinchamos por dentro. Ella siguió acomodando en una esquina un bafle que estaba unido al equipo de sonido por medio de un cable que sacaron por la ventana, por la misma parte iba la extensión de energía para la freidora de las empanadas. Manuela no daba señales de vida. Sacaron la freidora. Doña Celia alcanzó a tomar tres aguardientes y Manuela sin aparecer. Las tías y primas de ella entraban y salían con copas, vasos, botellas y naranja picada en casquitos. Sonó «Ojitos negros» de El Gran Combo, *esos ojitos negros que me miraban, esa mirada extraña que me turbaba…* Manuela, desaparecida. Salió Rubén, Guri Guri; tuve ganas de preguntarle por su prima, pero no supe qué excusa inventar. Me contuve y seguí disimulando para no mostrar el hambre. De pronto, el filtro de blanco y negro que definía la noche se transformó en un cuadro multicolor. Apareció, brotó, floreció ella: las estrellas brillaron, las nubes formaron su silueta, la luna que estaba en menguante se llenó, el cosmos se paralizó, el viento zumbó su nombre, fue hermoso. Eso solo pasó en mi cabeza, en la vida real salió Manuela y se sentó en una silla haciendo carrizo. Tenía el peinado de moda: una cola de caballo, una capul grande en forma de rosca hacia adentro le cubría gran parte de la frente y destacaba esos ojazos negros; unas sandalias de tacón alto la ponían por encima del resto,

un jean blanco le formaba la silueta, una correa brillante abrazaba su cintura, y una blusa azul, con leve escote, dejaba ver un dijecito dorado en forma de luna sobre su piel de arequipe. Con los ojos fogosos de quince años la veía como a una diosa amazónica de las que salían en la televisión, nada que envidiarles a las nubecinas de *Nubeluz*.

Mis amigos, mis tenis blancos, mis nervios y yo, parados al frente de Las Abuelas, recogíamos la plata para comprar una garrafa de aguardiente. Beni y yo siempre íbamos a comprar el trago. Siempre. Podíamos caminar callados un rato sin sentirnos incómodos. La amistad como el amor también es disfrutar juntos los silencios. Cada uno pensando en sus cosas. Mundos distintos conectados por la compañía. En la cabeza bailaba Manuela, *si yo encuentro esos ojitos voy a ser feliz*… Cavilaba en lo linda que era y que gracias a Dios tenía mis tenis nuevos; pensaba en cómo se reía de bonito, así tuviera dos dientes de abajo un poquito descuadrados y un barrito rojo lo más de poético en la sien, que le daban esa perfecta imperfección de las diosas. *Si yo encuentro esos ojitos voy a ser feliz*… Ensayaba en mi mente lo que le diría: Manu... No, eso era muy confianzudo, mejor, Manuela, Manuela, ¿quiere salchipapas? Yo la invito... Ah, cómo está de linda hoy, pues hoy y siempre. Ella se reiría y yo me reiría, nos miraríamos a los ojos, ella vería los míos cafés y yo los suyos negros. *Si yo encuentro esos ojitos voy a ser feliz*… Me imaginaba que nos sentábamos a charlar mientras todos bailaban al frente de nosotros y nos miraban con envidia. Me entró de pronto un frío aterrador: Yo no sé bailar, musité. Beni miró: Cómo que no. ¿En serio?, preguntó y yo respondí temeroso: Pues digamos que sé bailar lo básico, me defiendo, bailo merenguito. Eso me pasa

por bocón, pensé. No quería que él supiera. La verdadera amistad se fundamenta en la burla. No dejábamos escapar ninguna debilidad por mínima que fuera; tartamudear, cojear, un mal peinado, un trasquilón, un diente salido, un barro, una caída, una mala respuesta, todo era una excusa para el escarnio público, y más si era yo, un promotor de la burla, vigilante de cualquier descuido para poner un apodo o hacer un chiste. A lo bien, ¿no sabe bailar?, preguntó. Traté de estar sereno. Mi cara respondió. ¡Velo, velo, velo!, se puso rojo, se puso rojo porque no sabe bailar, qué güeva, y soltó la carcajada. Desesperación: Pues no soy un trompo, pero sí sé bailar, home bobo, ni que fuera el más agüevao. Nuaaa, qué caspa, respondió y siguió riéndose. Los amigos son como los perros: huelen el miedo.

Llegamos al estanquillo. Estaban Juanito y Pedro esperando unas salchipapas. Los saludé mirando al piso, con disimulo, todavía con miedo. Ellos ni se fijaron en mí. Beni le gritó al mocho: Mocho, una garrafa de guaro si me hace el favor. Sonaba «Piraña», una canción del grupo Los Tupamaros. Comencé a bailar solo haciendo de histrión mientras nos traían el aguardiente. No, parce, se mueve más una babosa en un arenero, se burló Beni. Hubo risas de los clientes. Pedro me miró con ojos sibilinos, perdí el equilibrio y en ese instante inició mi viacrucis: una señora trató de coger una salsa rosada, tropecé con ella y la salsa cayó justo en mis tenis blancos. Cristo cae por primera vez. Ella ni se dio cuenta. Iracundo por dentro y acelerado por fuera paré en seco: Mocho, pasame un trapo y me limpio, gruñí. Sin revisarlo lo deslicé de inmediato, pero los tenis quedaron manchados con otra salsa que tenía ese mugroso pedazo de tela, los colores se mezclaron en el lienzo de mis zapatos. Si

hubiera estado solo habría chillado como un niño grande. Fragilidad. Mis sueños de comer salchipapas con Manuela se mancharon de salsa; se fueron al traste los esfuerzos de una semana ansiosa. Bloqueado por haber ensuciado mis tenis semaneros, domingueros y únicos meros, abrumado por la derrota, solamente quedaban la dignidad y la buena educación. Me puse de pie, agarré la garrafa, le ordené a Beni que pagara y al señor del estanquillo le dije digno y elegante: ¡Gracias por el trapo, Mocho gonorrea!, y usted, ponga más cuidado, ¡vieja bruta! Salí rápido con mis tenis vueltos una melodía, las burlas de Beni y la mirada de Pedro en mi espalda.

Cuando volvimos a la fiesta me sentía insignificante en medio de mis amigos. No salía del estupor. Traté de desviar la atención hacia un defecto de tartamudez de Beni, pero fue peor. La respuesta me dejó grogui: Gagueo como gaguean los pies suyos pa' bailar, sentenció. Quedé tirado en el piso. Cristo cae por segunda vez. Ellos estallaron en una risotada que hizo que los grandes voltearan a mirar. Los ojos de Manuela se pararon de la silla y vinieron hacia nosotros. Mi cara era del color de mis tenis. ¿De qué se ríen?, preguntó. Estaba moribundo. Faltaba el remate: Es que estamos apostando a que usted no es capaz de sacar a bailar a Porkis, le bromeó La Chiva. Ella sonrió y me agarró de la mano. A pesar de sentir su palma caliente, que me llevaba como a un niño, estaba lívido y creo que morí un poquito. Ni recuerdo de qué habló, yo solo balbuceaba: No, Manu, pero es que yo no sé bailar esta música. Llegamos al calvario: la mitad de la fiesta. Manuela se paró frente a mí y bajó la cabeza. Cristo cae por tercera vez. Esa mancha se quita echándole soda con vinagre y bicarbonato, dijo y sonrió. ¡Jueputa, me sonrió!, como en mis sueños. Comenzó la canción y yo temblaba.

Tranquilo, relájese, bailemos. Me apretó contra ella. No escuchaba la canción, solo sentía mi corazón en su diástole y sístole como un tambor. ¡Bum, bum, bum! Su perfume era de una dulzura insana. Me rodeó con los brazos y yo me dejé. Los muchachos burleteros miraban desde lejos. Sonaba «Hotel California». No perdí el paso, uno no puede perder lo que no ha tenido. Ojalá hubiera sido un merengue. Pero eran baladas americanas, esa música que se baila a ritmo de zombi: leeeeentoooo, leeeeentooo, leeeeentooooo. Y Manuela toda comprensiva me susurraba al oído: Despacio, tranquilo, despacio, y yo le daba despacio, concentradito, y ella seguía insistiendo: Despacio, despacio. Recibí sumiso las instrucciones, transpirando vergüenza, nervioso, pegadito a ella. No lo creía. ¡Estaba bailando con Manuela! Pero cuando uno va para abajo no hay quien lo ataje. El aroma de su perfume penetró en lo profundo de mis fosas nasales y produjo un estornudo que me agarró desprevenido. Reaccioné y alcancé a echarlo para adentro. Mi cuerpo tembló, ella se asustó. Angustia. Sentí llegar un segundo estornudo. Vergüenza. Mis amigos vieron a un joven salir corriendo desde el centro del baile, abriéndose campo entre las parejas. Cristo es clavado en la cruz. Manuela se quedó sola en la mitad de la canción, me vio correr con la mano en la nariz por miedo a quedar en evidencia como un mocoso. Llegué a donde mis amigos abatido, con el ego apachurrado. Su coro de risas acompañaba la ira con la que me limpiaba los mocos de la nariz. Cuando terminé de limpiarme mis vergüenzas nasales, ella estaba conversando con Juanito y comían salchipapas. Cristo murió en la cruz. Ese día decidí no volver a usar tenis blancos y aprender a bailar.

«Por la esquina del viejo barrio lo vi pasar, con el tumbao que tienen los guapos al caminar».

«¡A mí me van a matar! No vine a este mundo a morirme de viejo. Así morirá usted. ¿Yo? Yo moriré a bala. Vea, parce, desde que vi morir al primero, cuando tenía siete añitos y a mi tío lo mató la policía, supe que nos vamos a morir. ¿No le parece muy bravo eso? Todos vamos a morir, usted, yo, mi mamá, Juanito, el presidente, el papa, todos estamos en esta carrera a ver quién se muere de último. Entonces yo pienso una cosa: si la muerte anda por ahí, porque dígame si no, que la muerte ama a esta ciudad, se mantiene acá metida esa hijueputa, es porque está enamorada de nosotros. No será por bonitos, pero le gustamos. Entonces, ¿qué es lo que busca la muerte? La pobreza. A ella le gustan los pobres, los mugrosos como nosotros. Cuando está aburrida hace un derrumbe y se lleva veinte en una sola tacada pa' cuadrar caja. A ella le gustan los pobres, o cuándo ha visto avalancha en El Poblado. A los barrios de ricos llega la muerte de vez en cuando, pero ella vive con nosotros, ¿ah? Por eso ella viene y, pum, hace una balacera y ¡taque!, ¡taque!, ¡taque! Vuelan pedazos de malparido pa' toda parte. A veces la escucho que me habla: ¡Dispará́á́á́, dispará́á́á́!, me dice la muy piroba. Yo, que soy un man obediente, le hago caso. Ja, ja, ja… No me arrepiento… A lo serio, digamos que, si todos vamos para allá, pues les hice un favor y llegaron de primeros… ¿Sabe qué? Necesito plata pa' comprar un Mercedes, ponerme una pinta bien elegante, a ver si la muerte no me reconoce, me hago pasar por ricachón. Es que a mí me van a matar, por eso le digo, Porkis, si ella vive rondando este barrio buscándonos a nosotros, pues le volteamos la torta y la buscamos a ella. Yo la estoy buscando hace años y ella me

corre. Hace poquito me dispararon y el tiro pasó por un lado, cerquita; quedé pasado a pólvora. A eso huele la muerte, a pólvora, a candela y rosas de velorio. Esa noche el tiro pegó en la pared, ¿ah? Eso es ser uno muy de buenas, o muy de malas, porque pa' vivir en esta mierda; la muerte es un alivio. Por eso la busco, parce, o la mato yo o me mata ella. Soy joven y la forma más fácil de encontrarla es a bala. Uno en un barrio de estos tiene que ser muy de buenas o muy santo pa' morirse de viejo, pensionado y rodeado de nietos… Las putas y los pillos no llegamos a viejos. Bueno, las putas brutas, porque putas viejas es lo que hay. ¡Ja, ja, ja! Entonces, ya sabe pues, si viene la muerte no se vaya a poner a atravesarse, que donde a usted se lo lleve primero que a mí qué gonorrea vivir con ese remordimiento. No se ponga a joder con nosotros, parcero, que ya le dije: a mí me van a chuliar rapidito».

Pedro echó un trago a una piedra con la solemnidad de un ritual, se puso de pie y gritó: Acá estoy, malparida. ¡Vení por mí!, la retaba borracho y empepao. Pedro nació con el destino del huracán, arrasar con todo y desaparecer. Otros, como el árbol, se amarran a la tierra con raíces profundas y sobreviven a pesar de los fuertes vientos.

«Mete la mano en el bolsillo, saca y abre tu cuchillo y ten cuidao».

La cancha era la calle. Las porterías se construían con piedras, adobes o las tulas de la escuela. La acera era la tribuna. La duración de un partido era hasta que nos llamaran para la casa, Éntrese paentro, me hace el favor, decía mi mamá; hasta que el cansancio amainara las ganas o hasta que se fuera el balón a la casa de Rafael, un viejito que, con el mismo cuchillo que mataba los marranos en diciembre, apuñalaba el balón. Se oía el aire salir como un suspiro lento. Nosotros, consternados e impotentes, mirábamos la pelota morirse despacio entre las manos de Rafael, que, con sonrisa de sádico, se complacía al ver nuestro juguete volverse pequeñito. Nos tiraba el cuero inerte a los pies y nos decía: Sigan jugando. Con el cuchillo en la mano cerraba la puerta y se metía a la cueva con su amargura de metro cincuenta.

Un día, Canela, la perra de la casa de don Alonso, estaba tomando su acostumbrado baño de sol en la mitad de la calle, detrás de las piedras de la portería, y el viejo nos chuzó el balón, lo miramos con ira y frustración y entonces Rubén bramó: ¡Rafa fafá fafaaaá, viejo hijueputa! Quitó a Canela y con una de las piedras de la portería le quebró el vidrió de la ventana. Primavera sintió el estruendo de los pedazos al caer. Más se demoró el viejo en salir con su cara de hurón rabioso y cuchillo en mano que nosotros en poner pies en polvorosa para nuestras casas, a donde llegó después la hija de Rafael a poner la queja. Que vea que su hijo nos quebró el vidrio, que vea que mi papá está que le da un infarto porque esos muchachitos lo provocan, que cómo vamos a cuadrar el daño, que quién lo va a pagar… Del daño al balón no comentó nada. Como es

menester corregir infantes en lugar de alinear adultos, a nosotros nos tocó pagar el vidrio con la escasa plata que nos daban para comprar algo de comer en el colegio. El viejo nunca pagó el balón. El perfecto equilibrio de la existencia que los místicos llaman karma se la cobró después cuando la artritis lo poseyó y trataba de agarrar el balón y el cuchillo al mismo tiempo, pero las manos no le respondían. Parecía un espectáculo cómico absurdo: se le caía el balón, trataba de recogerlo, se le zafaba el cuchillo, trataba de apuñalar el balón y se le deslizaba de nuevo por un lado. Un show que nos hacía reír hasta que salía la hija, heredera de la amargura de su padre y le quitaba el balón: Pa, deje la pendejada, y nos tiraba la pelota a nosotros con la advertencia: Bueno, respeten pues, que ustedes también van para allá. Pero por ahí en ochenta años, le respondía La Chiva y se oían las carcajadas sonoras de nosotros. El viejito, derrotado por la vida y humillado en su orgullo por la vulnerabilidad que traen los años, se metía con sus manos en forma de gancho, refunfuñando: La próxima les quito ese hijueputa balón. Beni, La Chiva y yo, como buenos jóvenes, soberbios y vengativos, poníamos las manos torcidas y lo imitábamos exagerando los movimientos, parodiando el hablado de un viejito con tos: La próxima, les quito el balón. ¡Cof cof cof! Éramos crueles, sí. Hoy treinta años después no me arrepiento. Romperle un balón a un niño es un atentado contra la alegría, porque, como dice Villoro, Dios es redondo.

Volvamos a cuento. Estaba explicando las razones por las que un partido en la calle se termina: hasta que hubiera alguna pelea entre nosotros o hasta que dijéramos El último gol gana. Como se jugaba en plena calle, las interrupciones eran variadas: un carro que

pasaba, una señora con el mercado, un perro que perseguía la pelota y había que quitárselo antes de que le sacara el aire, algún llamado de un progenitor para un mandado o cuando había un evento fortuito: una balacera.

Era de noche. Yo estaba al gol esperando que me metieran a jugar, acompañado de Canela, que se deleitaba ruñendo un hueso. Al fondo sonaba *Por eso, niña, te pido que no me guardes rencor, yo no puedo darte amor ni vos podés darme olvido*... Las Abuelas en la acera se burlaban de una de ellas porque le gustaba un profesor y él había hecho caso omiso a sus propuestas. Ella se defendía diciendo que tan güevón ese profesor, que acaso lo quería para casarse, y soltaba la carcajada. La hermana le decía que ni tan bobo porque no se iba a poner a pagar cana por un polvo. Como yo todavía estaba afuera del juego, me les fui arrimando con disimulo para escuchar la conversación. Decidí participar con un chiste de hípica que me había enseñado mi papá: Eso es un cinco y seis: cinco minutos de placer por seis años de cárcel. A pesar de la carcajada de todas, me bajaron de la nube con un: Veeee este tan metido. Gracias a Dios hicieron el gol en ese momento y me llamaron a jugar.

Bobby y Richie, dos pelados de la 50, bajaban en bicicleta despacio, uno iba sentado en el marco y el otro en el sillín. Juegue pues, acosé a Jose. En lugar de moverse abrió los ojos, asustado. Sin saber, casi choco con ellos. Solo alcancé a decir: Ay, qué pena, disculpe. Aunque yo conocía a Bobby, cuando nuestros ojos se cruzaron mi sangre se metió para adentro, se me heló el cuerpo. No estaba ni bravo ni feliz; tenía esa mirada neutra que daba miedo. Como la mirada de una vaca. Ojos de terror que solo volví a ver cuando me encontré de frente con los milicianos. Bobby, mudo,

siguió de largo. La pelota rodó. Pedro estaba en la acera conversando con Salomé, que tenía una camiseta holgada y unos chores que hacían las veces de piyama. Dios sabe cómo hace sus cosas, o la suerte es mañosa o fue simple coincidencia. Los matones llegaron en la bicicleta justo cuando ella cerraba la puerta y él volteaba hacia la calle, por eso alcanzó a ver cuando Bobby sacó el arma. Pedro tomó la decisión más importante de su vida: no regresó a tocar la puerta de Salomé porque, mientras ella sentía la puerta y regresaba a abrir, él ya estaría muerto, recostado en el marco bañado en su propia sangre, y como no tenía armas, lo único que podía hacer era subir por las escaleras al segundo piso. Todo eso lo pensó en un microsegundo. Y lo hizo: se trepó escalas arriba como un gato. El primer balazo que escuchamos pegó en el muro, el segundo, que nos hizo parar el juego, se perdió en el aire. Tengo esa foto mental del gatillero apuntando hacia la terraza: llevaba una camiseta blanca que le quedaba muy grande y una pantaloneta oscura. El tercer disparo, que nos hizo correr, dio en la lámpara de la luz cuando Pedro brincaba por las tejas. El cuarto, lo escuchamos tratando de entrar a la casa de Las Abuelas, que ya iban a cerrar la puerta, pero Payaso brincó y le pegó una patada voladora que la abrió de par en par y nosotros entramos a escondernos de las balas. A doña Celia casi le da un infarto cuando escuchó los tiros y después un estruendo en su puerta; pensó que le habían tirado un petardo en la casa. Nosotros agachados en la sala y Pedro recibiendo el quinto balazo en la costilla derecha, el que lo tiraría al suelo, o mejor, al techo, con tan buena suerte que con la oscuridad Bobby no pudo ver dónde había caído. Se sintió inseguro. Ya había gastado cinco de los seis Indumil que tenía. Se montó en el sillín de la

bicicleta, le dio la orden a su compañero y desaparecieron calle abajo como balas que lleva el diablo. Silencio. Un minuto después Primavera salió en desbandada a ver qué era lo que había pasado. Don Ismael llegó con su pistola en la mano, dispuesto a defender la cuadra: Ya pa' qué, guarde eso, le ordenó Margot desde la puerta envuelta en una cobija, y él, sumiso, en pantaloneta y sin camisa, se metió en la casa con su pistola y el orgullo más aporreado que Pedro. Entre varios bajaron al herido del techo, acompañados de los lamentos desesperados de Salomé. Se le veían las tetas sin brasier rozar la blusa y bambolearse a su suerte debajo de la piyama. Y empezó ese chismorreo de Las Marujas: que yo vi cuando Pedro se subió al techo, que eran cinco manes, que Bobby casi se choca con este bobo, que nosotras estábamos escuchando música y no oímos nada, que esto se va a calentar, que esto ya se calentó, que vea este casco de Indumil que me encontré, que todavía está caliente, que dónde está Juanito, que deje y verá cuando Juanito se entere, que esto se puso muy maluco desde que mataron al Ratón en la tienda, que calle esa boca que no se puede hablar de nadie. Paremos un taxi. No hay tiempo de parar taxis, yo me lo llevo al hombro…

Lo llevaron al hospital y nosotros nos quedamos sin saber que la vida en Primavera ya había cambiado para mal, sobre todo para mis amigos y para mí. Mi mamá me llamó desde la puerta. Mami, ya voy, espere un momentico. Pero nada. Que vengás pa' adentro, culicagado, Pero, mami. Que pa' dentro le dije, le hablé culicagao. No bien entré a la casa mi mamá comenzó la cantaleta: Usted no me vuelve a jugar hasta tarde, ¿me oyó?, cuando yo le diga pa'dentro, es pa'dentro... Pero, mamá... No me conteste, sentenció. Cuénteme

qué fue lo que pasó, que yo estaba viendo *Café*. Yo no vi nada, mami, ni alcancé a tocar el balón, no ve que siempre estoy al gol.

«Vieja calle de mi barrio donde he dado el primer paso, vuelvo a vos cansado, el mazo en inútil barajar, con una daga en el pecho, con mi sueño hecho pedazo, que se rompió en un abrazo que me diera la verdad».

El narrador llega con un equipo de televisión al barrio. El periodista le dice al camarógrafo que grabe cada detalle, cada saludo del narrador a quien sea. Mira con atención, hace un paneo de la cuadra y se queda concentrado. Observa la fachada de la que antes fuera su casa; ahora tiene dos pisos. La acera está cercada por una reja negra que antes no existía. Sin preguntar, corre el seguro, que produce un ruido metálico, y entra, se para en las escalas que dan al segundo piso por fuera de la casa y toca el muro, una construcción de ladrillo al aire en la que hay unas letras que se escribieron hace mucho tiempo con pintura blanca y que siguen ahí después de veinticinco años, letras sin sentido para el que no sabe la historia. Solo hay un nombre legible y es, claro, el nombre del narrador. Pone las manos en las letras y se queda ahí unos segundos. Yo, que sé lo que piensa, puedo decir que se le vienen recuerdos rápidos, como en una película, con ráfagas de imágenes en milisegundos: personas caminando, perros corriendo, motos acelerando, gente bailando, señoras gritando, niños riendo, una balacera, mujeres que murmuran, papás ebrios discutiendo en la tienda, otra balacera, rumba, botellas, una lora, una perra, más borrachos, un balón que baja por la calle y atraviesa un arroyo minúsculo que sale de una alcantarilla con la tapa medio abierta y que se convierte en sangre; las caras de sus amigos, de los papás, de la gente que habitaba el barrio. Esas imágenes se superponen en un *collage* dramático al igual que esas películas de planos disruptivos y filtros caleidoscópicos. El narrador retira la mano de la pared y vuelve al presente, pero nadie nota nada en esos dos segundos que han

pasado. El narrador le pregunta a la señora, una mujer que salió a ver quiénes eran los de las cámaras, si conoce a fulano, a perano, a sultano, pero nada, ella no conoce a nadie, es nueva en la cuadra, y el narrador le cuenta con una sonrisa tímida y cómplice que él vivió en esa casa donde ella vive ahora, que la acera era abierta y que él pintó ese nombre en la pared y le dice que gracias por no borrarlo, que por lo menos algo no ha muerto. La señora sonríe, un poco por educación, un poco porque sonreír es una buena salida cuando no se sabe qué decir. Ella aún no tiene anclas emocionales en esas calles. El periodista nota el posible momento emotivo y le pregunta al narrador: Qué siente al ver esta calle de nuevo, y el narrador le da, sin pensar muy bien, las respuestas clichés que se dicen en las entrevistas. Habla del pasado mientras mira hacia las casas del frente: ya tienen cuatro pisos, antes tenían uno o dos, ahora todas las aceras tienen rejas y las puertas están cerradas. Este barrio se llama Primavera, pero no es mi Primavera, piensa. Lo agarra la decepción, un desconsuelo profundo, la desazón de la realidad del tiempo.

Como aquel inmigrante que vuelve a su país después de muchos años: se sorprende al ver las calles en direcciones contrarias, los locales viejos con negocios nuevos, siente que ya no pertenece ahí, entra al Astor en la calle Junín a recordar su pasado con el sabor de un mazapán en forma de ranita y añora una y otra vez lo que fue y ya no es, paga la cuenta, y a los días regresa a su nuevo país con el que tampoco se siente plenamente identificado, y le da la depresión del regreso, hasta que la vida le va mostrando, a través del trabajo, las calles anchas, los otros inmigrantes, los hijos que hablan un idioma distinto al suyo, que esa época se esfumó, ya no existe, y

que, así uno vuelva a donde amó la vida, lo que fue no volverá jamás. El narrador, *extranjero en mi propia tierra seré del mundo*, se sienta en las escalas de la que fue su casa y en el mismo escalón donde vio el carro cascón dar bala contra unos vecinos, mete la cabeza entre las manos, se acurruca y rompe en un llanto bajito, en un gemido tímido. El periodista, emocionado por dentro y mostrando empatía por fuera, mira al camarógrafo y le dice en voz baja: Grabe, grabe, *zoom* a la cara. Ambos entienden que eso da *rating*, el narrador también, cae en la cuenta de que lo verán llorar por televisión, pues sabe que la lágrima prende televisores, celulares y tabletas. Para en seco, se limpia las lágrimas con rapidez: Qué pena, qué pena. El periodista propone seguir recorriendo el barrio; el narrador le responde que ya no hay mucho que mostrar. La señora pregunta: Y este programa cuándo sale. El periodista le responde, por cumplir, que en dos semanas, sigue interesado en el narrador y como último recurso le pide a la doña que los deje entrar a la casa. El narrador piensa que, si con solo estar afuera le dio eso, entrar al lugar donde vivió, delante de las cámaras, sería peor. Mejor vámonos y le muestro la oficina donde trabajo. El periodista decepcionado por dentro, sumiso por fuera, le dice al camarógrafo: Corte.

EL ENTRETIEMPO

«La calle es una selva de cemento
y de fieras salvajes
cómo no».

Ella es la metáfora de la perdición, del pecado, de la violencia y el miedo. Es rumba, fiesta, reunión, convite, lienzo de artistas, cancha, salón de juegos y marcas de llantas. Ella recibe a los que nadie quiere; es silla del cansado y cama del desterrado con colchón de brea. Allí envían a los que muchos no quieren ver, y ella, sin preguntar, los acoge con su rostro gris y su textura imperfecta, rugosa y seca. No discrimina por edad, dinero, sexo o raza; recibe a hombres, mujeres, niños, campesinos, indígenas, drogadictos, desplazados, maricas, borrachos, huérfanos, desadaptados, perdidos, muertos, carros viejos, nuevos, taxis, buses, motos, ratas, gatos y perros que se acuestan en su regazo de concreto para recibir el sol. Ella escucha las historias y las reparte. Aunque a veces es juez y a veces es juzgada, todos son bienvenidos.

Si la miras con atención, puedes ver sus cicatrices y tocarlas. Líneas negras y gruesas como la pasta de un vitral. La realidad le pasa por encima, pero estoica, con las suturas marcadas con brea, resiste hasta que un nuevo manto la cubre. Muchas veces sus dueños le dejan las heridas abiertas, los huecos amplios, rotos que se llenan de agua para que salpique con rabia a los desprevenidos.

Ella es memoria, realidad y dureza. No se queja; se acomoda a las circunstancias: cuando tiene que empinarse, se empina; cuando tiene que ser plana, se acuesta; se estrecha como los ríos cuando necesita buscar la salida. A veces es cerrada o choca con un muro, un potrero, o si alguien decreta, sin preguntar: Hasta aquí llegaste.

Ella es apellidos, números, apodos, señales, nombres de próceres, de caudillos, de decretos ilustres, de famosos de un día, de

personajes arbitrarios que a veces ni la conocen. La llaman la cuadra, la vía, el camino, la avenida, la arteria, el pasaje, el callejón, el *boulevard*, la *rue,* la *street*, la rambla, pero es mejor decirle la calle, y a veces su nombre se confunde con el verbo callar.

Ella vivía afuera de mi casa. En los dias lluviosos se formaban en los bordes arroyos pequeños que se metían escurridizos por unos huecos enrejados llamados alcantarillas que llegaban al río Medellín. En Primavera le decíamos la 101, el plan, la 50 y la avenida. Sirvió de asoleadora para la perra Canela, de caballete para que Payaso pintara a Papá Noel en Navidad, los escudos del Medellín, del Nacional, y los rostros de Andrés Escobar, de René Higuita y del Pibe Valderrama; en su cuerpo también se marcaron las áreas de una cancha inventada, los países del stop y los círculos del yeimis. A ella le encantaba jugar y a nosotros jugar en ella.

«La-ra-la-la-la-ra-la-ra-la
La-la-la-la-la-ra-la-ra-la
La, la-la, la-la-la
La-ra-la-la-la-ra-la-ra-la
La-la-la-la-la-ra-la-ra-la
La, la-la, la-la-la-la
¡Y vuelve otra ve'!
La-la-ra-la-ra-la
La-la-la-la-la-ra-la-ra-la
La, la-la, ra-la-la-la
La-ra-la-la-la-ra-la-ra-la
La-la-la-la-la-ra-la-ra-la
La, la-la, la-ra-la-la».

Yeimis: Hay que poner los pedazos de ladrillo uno encima del otro para formar una torre pequeña. Con una pelota de goma, de carey, de trapo, plástico, o de lo que sea. El jugador la lanza duro con la intención de tumbar la torre. El resto de los jugadores deben volverla a armar evitando ser golpeados con el balón.

La Chiva tenía mucha puntería, por eso no dejábamos que él ponchara. Muchas veces terminamos con la espalda llena de moretones. Una pelota de carey debería ser considerada un arma de alto riesgo. Jugamos muchas horas en la calle como un entrenamiento de la motricidad fina, la agilidad y el manejo del estrés. Armar una torre con la presión de un posible balonazo en la cara no es cosa fácil. Correr eludiendo la bicicleta, el carro, los transeúntes y a la perra Canela tampoco era tarea sencilla. El mejor jugador para esto era La Chiva. El peor, por ser algo que requería rapidez en los pies y fuerza en los brazos, era yo.

Habilidad, siete; estrategia, seis; puntería, ocho; estrés postraumático por la marca de la pelota de letras en la cara, diez.

Cero contra pulsero: El participante elegido para comenzar el juego dobla el cuerpo, pone las manos en las rodillas y los demás participantes deben saltarle por encima recitando una frase que rime con el número en cuestión: uno, la de bruno; dos, pataclós; tres, litro litro; cuatro, monte sacro; cinco, de aquí te brinco; seis, mi primer planchazo…

En el seis paraba a quejarme porque Guri Guri era el más gordo y caía sobre mi espalda con su abundante humanidad. No comprendo

cómo conservé la columna después de ese juego. Óscar era ágil cual chimpancé, saltaba muy alto sin necesidad de mucho impulso; los demás debíamos aplicar con gran concentración la tercera ley de Newton, acción y reacción: si alguno saltaba con una acción insuficiente, provocaba una reacción de risotadas en los demás.

Riesgo, ocho. Nivel de fracturas, siete. Agilidad, nueve.

Arranca yuca: Se requiere un poste o un árbol, incluso, la reja de una ventana y mucha fuerza. El participante elegido para hacer las veces de yuca se agarra del poste con vigor, algunas veces lo abraza. Los otros deben arrancarlo de allí tomándolo por la cintura.

No estaba permitido hacer cosquillas, pellizcar, morder ni ninguna otra estratagema para zafar al competidor. Era un juego de fuerza. Payaso parecía una garrapata aferrada a una vaca. Entrelazaba los brazos y por más que tirábamos de su lánguido cuerpo era imposible despegarlo. Así era con todo, contumaz; cuando se le pegaba una idea nadie la arrancaba. Se veía una larga fila de niños que hacían gala de su fortaleza, y muchas veces por la inercia caíamos al suelo entre risas y uno que otro golpe, quedábamos arremolinados, lo que desencadenaba otro juego tan inseguro como feliz: ¡Carga montón!, gritaba alguien, y acto seguido nos lanzábamos encima de alguno haciendo una montaña humana de felicidad y magulladuras en el cuerpo.

Fuerza, nueve; estrategia, cinco; diversión al caer al piso uno encima del otro, diez.

Stop: Juego geopolítico. Con una tiza se dibuja un círculo en la calle, a esa circunferencia se la llama Stop, y de ahí se desprenden

líneas como si formaran un mapa mental en el que cada línea recibe el nombre de un país. Un jugador representa a una nación. La persona-país que tiene el turno arroja la pelota hacia arriba anunciando, por ejemplo: Rusia declara la guerra contra los invasores de… Estados Unidos. Los jugadores corren. El representante del país nombrado debe llegar al centro y gritar: ¡Stop! En ese instante los otros quedan congelados. Entonces, el Tío Sam observa quién está más cerca y calcula a cuántos pasos está de él. Si acierta, gana un punto; de lo contrario recibe una pena.

Los castigos más comunes consistían en soportar coscorrones de cada participante, hacerse en un muro y recibir balonazos, o decirle algo indebido a alguien. Prefiero el dolor físico a la vergüenza. Por eso, soportaba estoico mil coscorrones o decenas de balonazos a cambio de no tener que ir a decirle nada a Manuela o a cualquiera de las muchachas: una frase bonita, un poema o un insulto. Si me tocaba hacerlo, los cachetes se me ponían rojos, las palabras quedaban bloqueadas entre salivas de vergüenza. Es una práctica de evasión que he conservado por décadas para no enfrentar a las mujeres.

Nivel de conocimiento, cinco; perspectiva visual, siete; agilidad y atención, ocho; vergüenza, nueve.

Esconde la correa: Actividad lúdica que consiste en hacer una parodia del castigo paterno. Un jugador esconde la correa en algún lugar y los otros deben encontrarla. La única forma permitida de ayuda es proclamar manifestaciones climáticas en las que, a mayor temperatura, más cercanía con el tesoro. Frío, frío, congelado, frío, frío, tibio, tibio, se está calentando, caliente, caliente, caliente,

hirviendo, ¡se quemó! En ese momento el participante que ha encontrado el objeto se dispone a repartir correazos a los otros jugadores/víctimas.

El castigador debía tener el cuidado de no golpear a los demás con la hebilla de la correa. Muchas veces esto no se cumplía. Por ello, la velocidad era un factor clave. En este juego inocente quedarse quieto no era una opción aconsejable. Una enseñanza para la vida, siempre estar en movimiento. Así mismo, era una especie de entrenamiento para soportar los castigos de nuestros padres. A Willy una vez el papá le dio una tunda con la misma correa que había sacado sin permiso para jugar. En cambio, a La Chiva… le fue peor: don Ismael un día le dio una pela tan fuerte que le quedaron marcas en el cuello. Jhonny le aseguró al profesor que esos golpes habían sido causados por jugar esconde la correa. El maestro envió una nota a los padres recomendando cuidar a su hijo de las actividades peligrosas. Entonces don Ismael, experto en la pedagogía de la contradicción y la violencia, le volvió a dar correa a su hijo por mentiroso.

Velocidad, ocho; estrés, nueve; suspenso, nueve punto cinco; pomada para después de los correazos, diez.

Oba: Se necesita una pelota, un muro, un cuerpo completo y mucha motricidad. Después de tirar la bola al muro para que rebote, el jugador debe hacer la acción física que ordena el juego. La retahíla reza así: Oba, sin moverme, sin reírme, sin hablar, con una mano (lanza la pelota con la mano derecha), con la otra (con la izquierda), con un pie (levanta un pie), con el otro (levanta el otro pie), adelante (un aplauso), atrás (un aplauso con las manos detrás de la

espalda), atrás y adelante (aplauso atrás y después adelante), adelante y atrás (a la inversa) y así continúa ascendiendo el nivel de dificultad. Si la pelota cae, el jugador pierde el turno.

Este juego tenía dos cosas malas para mí. Jugaba un solo participante mientras los otros esperaban impacientes a que perdiera para seguir su turno. La segunda era que yo jugaba muy bien Oba, por lo tanto, a ellos les aburría, perdían interés y buscaban jugar otra cosa. Con el agravante de que era un juego escaso de brusquedad, lo que lo hacía atractivo para las niñas. Debía decidir si jugaba con ellas y mostraba mi habilidad quedando con fama de afeminado o si hacía actividades lúdicas de choque, en las que mi desempeño era fatal, recibía muchos golpes, pero conservaba la hombría intacta. Por supuesto elegí el maltrato físico en lugar del escarnio público. Oba, un juego ideal para solitarios. Rompía mis propios récords jugando en mi casa.

Trabajo de equipo, cero; riesgo, uno; motricidad, nueve; regaños de mi mamá por ensuciar la pared y hacer ruido en el muro, diez.

Chucha: Conocida también como La Lleva, consiste en perseguir a alguien y tocarlo. Similar a lo que ocurre en una carrera de postas, el jugador elegido debía perseguir a otros, alcanzarlos y tocarlos.

Era, soy y seré perezoso para correr, pero disfrutaba sudar con aquel juego básico, simple y agotador. Tal vez para inyectarle emoción y vértigo inventaron la Chucha americana, cuya variación era que el perseguidor podía besar a la persona que tocaba. Nunca vi correr con tanto desgano a unas competidoras como cuando las perseguían Guri Guri o Beni, y jamás vi acelerar, galopar, volar a una mujer tan rápido como cuando yo era el perseguidor.

Ejercicio, ocho; diversión para otros, nueve; decepción, diez.

«Y yo te pido un besito, y te cojo la manito».

Siempre es distinto. La cabeza se ladea un poco. La boca se abre; alientos calientes se funden en un solo torbellino. Una cúpula de calor. Ojos cerrados, humedad. Saliva hecha con partículas de un deseo que sube al tálamo y libera dopamina. Un susurro. Una pizca de aire escapa con un gemido leve. Alucinaciones. Auras mezcladas. El cuerpo es esclavo de las órdenes de dos labios que succionan el arco de Cupido. El labio inferior roza con delicadeza un pedacito del bermellón inferior de la otra boca. Sincronía perfecta, matemática, los símbolos de «mayor que» y «menor que», mirándose fijamente, se absorben entre sí. Las lenguas juegan coquetas como dos dagas que tratan de herirse de afecto. Más humedad. Terminaciones nerviosas, carne delicada, suave, tibia, roja, rosada. Conexión con movimientos intermitentes, a veces rápidos, otras lentos, a un solo ritmo de fantasías primitivas. La morada del placer. El ósculo, el beso, el pico, es la primera nota de la música favorita del corazón.

Así imaginaba mi primer beso. Lo que sucedió fue diferente. Un ósculo magro, torpe, baboso, inodoro y vacuo. Un intercambio de babas sin sentido. No sabía qué hacer con la boca, si abrir mucho o poquito. Chocamos los dientes; la nariz estorbosa impedía los movimientos. Mi lengua era un ser independiente que se movía a su antojo, insegura, miedosa, como una lombriz recién salida de la tierra. Aquel acto de dos neófitos tuvo muchos testigos. Con timidez e insatisfacción retiramos nuestras bocas, ella se limpió la suya, y yo me quité sus babas de los labios. Usted no sabe besar, confirmó, antes de sentarse desengañada. Beni volvió a girar la botella.

En vacaciones jugamos pico botella casi todos los días. Aprovechando que la mamá de una noviecita de Beni se la pasaba trabajando, nos reuníamos por las tardes a practicar con las amigas de ella. Guri Guri y Beni eran productores de los suspiros, La Chiva las hacía reír, Fruco y Payaso eran el premio de consolación, y yo, el castigo de la desolación. Ellos eran los gallos alfa y yo, como el pollo subordinado, recibía las migajas, lo que sobraba, debía esperar a que el dominante comiera del maíz para poder acercarme a dar picotazos tímidos. Sin embargo, para mí no eran relevantes las caras de reproche de ellas cuando les tocaba besarse conmigo. Al fin y al cabo, era un ensayo, un nivel que había que superar para llegar preparado al momento de un hipotético beso con Manuela. Muchas noches ensayé en el baño de mi casa: limpiaba el espejo, abría la boca y la acercaba lento al reflejo de mi propia cara, pero al cerrar los ojos no me veía, sentía el frío de la superficie lisa, movía la cabeza y la boca igual que lo hacían en las novelas.

En el pico botella atisbaba los movimientos de Guri Guri y Beni cuando besaban a La Pecosa y a La Negra. Las manos de ellos actuaban con una gracia coreográfica, como los pájaros que saben volar con solo mover las alas. Aquello era imposible para mí. Mientras estaba concentrado en usar lo mejor posible la lengua y los labios, dejaba las manos quietas, inertes, pues mis cinco sentidos estaban enfocados en no perderse en medio de aquella confusión de babas. Los besos no se piensan, se sienten, enseñaba Guri Guri. Se dan con pasión, con ganas, indicaba Beni. Muy buenos conceptos teóricos. Sin embargo, a la hora de la práctica el alumno era un fiasco. En una oportunidad, llevado por las ganas, acerqué tan rápido la cara que le di un cabezazo a La Negra; en otro momento,

alucinado por una pasión indómita le mordí suavecito el labio a La Pecosa. Según ella fui muy brusco, me dio una cachetada, se limpió la sangre y me sacaron del juego. Al cabo que ni quería; ya estaba cansado de tanto ensayo sin sentido. Esas crepusculares prácticas salivales me quitaron la virginidad de los labios y me dejaron incrustada una inseguridad afectiva para el acercamiento a las mujeres del tamaño de Australia.

«El padre no funcionaba en el Vaticano
entre papeles y sueños de aire acondicionado
y fue a un pueblito en medio de la nada a dar su sermón
cada semana pa' los que busquen la salvación».

Payaso se metió a monaguillo y nos volvió acólitos a casi todos, pero nos fuimos saliendo por las inhumanas exigencias que requería aquella labor: recibir órdenes, madrugar, estar serios, quedarse quietos y sonar una campana a la que nunca le pudimos agarrar el ritmo. Eran actividades inadecuadas para nosotros, adolescentes gustosos del trasnocho, la recocha, el movimiento y el matoneo, aunque nosotros decíamos «montarla». La única campana que queríamos escuchar era la del final de la clase en el colegio. Jose, Payaso, aguantó algún tiempo, más por el desespero que generaba en su papá que por una verdadera vocación católica.

Disfrutamos verlo de monaguillo. No por orgullo cristiano, al contrario, nos divertía hacerle morisquetas durante la misa para tentarlo a ver si se reía, le hacíamos señas obscenas desde el público, y él, fuerte, se mordía los labios para no reírse. Nuestras madres estaban felices porque queríamos ir a misa voluntariamente. Si ellas hubiesen sabido las verdaderas y diabólicas intenciones, habrían tenido una paradoja de fe prohibiéndonos asistir a misa.

Un día Payaso renunció al catolicismo por diferencias de opinión con el cura. El sacerdote opinaba que tocar las partes íntimas de mi amigo, y que él acariciara las zonas sacras del representante de Jesús, era una práctica fundamental para la purificación y el posterior ascenso al reino de los cielos. El popular *manoseum catolicum*. Payaso, por el contrario, opinaba que esas zonas solo debían ser tocadas por una compañera del colegio de la que estaba enamorado. Entonces, le contó a Pedro, quien a su vez le contó a Juanito, y como ellos eran de la misma opinión de mi amigo, fueron

a contarle al cura sus diferencias de opinión con un argumento muy contundente: que si no se iba de Primavera en una semana, y si se enteraban de que seguía con esas mismas opiniones en otros barrios, ellos con mucho gusto iban a adelantarle el ascenso al reino de los cielos. El cura, abusador astuto, como todavía quería seguir disfrutando del mundo terrenal, se tragó sus opiniones, puso pies en polvorosa y dejó al barrio sin representante de Dios por un tiempo, hasta que llegó uno que tenía unas opiniones muy distintas de cómo ganarse el cielo. El padre Antonio le cambió la cara al barrio, hizo las misas divertidas, promovió varios partidos de la paz entre combos y celebró el bautismo de los hijos de mis amigos de Primavera.

EL SEGUNDO TIEMPO

«En el lenguaje misterioso de tus ojos
hay un tema que destaca: sensibilidad.
En las sensuales líneas de tu cuerpo hermoso
las curvas que se admiran despiertan ilusión».

Por la época en la que me escondía de Pedro, estuve varios días en la casa de Guri Guri, que también era la casa de Las Abuelas, y la de Ana, y la de Manuela, y la de todo el barrio porque la puerta siempre estaba abierta. Nos acostábamos a ver televisión en la misma cama como si fuéramos una sola familia. Yo estaba feliz, podía tener a Manuela cerquita, aunque ella nunca se acostara sola conmigo a ver novelas. La que sí lo hacía era su tía, Ana, la mamá de Guri Guri.

Ese domingo estábamos viendo *«Cartas de amor»*, una serie en la que cuando dos personajes tenían sexo temblaba el barrio al ritmo de «Micaela», de Pete «El Conde» Rodríguez. La gente entraba, veía un rato televisión, conversaba y volvía a salir. Yo me paraba al baño y regresaba rápido para que no me quitaran el puesto. Aunque no estaba haciendo frío, Ana fue por una cobija y varias personas nos arropamos. Siempre tuve fascinación por la piel suave de las piernas femeninas; es tersa, imponente y con carácter. Las piernas hacen parte del cuarteto poderoso de la sensualidad junto con el pelo, la sonrisa y los ojos. Por eso, cuando mis pies quedaron rozando los de ella, mis manos a la altura de sus muslos y sentí sus vellos pequeñitos, algo dentro de mí hizo clic. Lascivia. En uno de esos ires y venires de gente, nos quedamos solos en la cama. Entusiasmo. Mis dedos comenzaron a tamborilear en su piel; movía el meñique despacio como una caricia inocente haciendo dibujitos en su muslo. Los ojos puestos en la televisión. Después, los dedos tocaron como si hiciera un rasgueo lento de guitarra para una melodía de bolero. Concupiscencia. Ella sin decir nada, sin mover el cuerpo en señal de rechazo, le gritó una pregunta a su hermana, que estaba en la

cocina: Sandra, ¿usted va ir a misa? Mientras tanto, yo usaba el envés de la mano para seguir acariciando el cuerpo de la mamá de mi amigo debajo de la cobija. Sí, yo voy a ir, respondió la hermana. Comencé a subir hacia zonas nuevas y desconocidas. La piel trigueña, las feromonas y la calentura crearon un aroma nuevo para mí: olor a ganas. Palpé sus vellos erizados, alertas, felices de ser tocados. Sentí la tela de la falda y, en un acto de osadía, metí los dedos de araña por debajo. Su mano se posó sobre la mía, sin aspavientos. Señal de peligro. Yo no voy a ir a misa, le informó a la hermana. Retiró la mano, y yo, avergonzado, retrocedí la mía hasta la parte baja del muslo donde había iniciado todo. ¿Usted va a ir a misa?, me preguntó. No, respondí mirando la televisión.

Pasó un rato y yo seguía haciendo caricias en círculos en la misma parte, impulsado por las fantasías en mi mente y el placer de lo prohibido. Sandra se despidió y oímos el sonido de una puerta cuando se cierra. ¡Clac! ¡Clic! La vergüenza de no saber hacia dónde dar el siguiente paso me perturbó. Incertidumbre. Ese momento de bloqueo tan determinante en las lides del contacto íntimo en el que no sabes si seguir o parar. Ansiedad. Preferí esperar que ella tomara la iniciativa o hiciera la retirada. Se levantó de la cama y ordenó: Venga. Me tomó de la mano y, como si ella llevara a un potro del cabestrillo, llegamos al segundo piso. En la habitación de Rubén había una cama contra la pared, un mueble para guardar la ropa y decenas de esquelas de amor de Giordano, Snoopy y otros cuadros románticos colgados. Los dos conservamos el silencio. Se sentó en la cama, me clavó los ojos con esa mirada dulce y coqueta que, años después, vi en otras mujeres cuando no podían ocultar el pecado de las ganas prohibidas. Con solemnidad, sin dejar de mirarnos, me

bajó el pantalón hasta más abajo de la rodilla, y yo en un acto reflejo traté de evitarlo: Tranquilo, susurró. Mi otro yo, virgen y dispuesto, continuaba escondido en mis calzoncillos. No sabía dónde poner las manos y las llevé al pecho, tratando de tapar un pudor de adolescente imberbe que no tenía ni idea de qué seguía, pero tampoco quería mostrarse novato. Ella sonrió, se mordió el labio, abrió su boca y sentí su aliento. Vibré. Usó los dedos como pinza para quitar la tela que cubría mi vergüenza y la dejó al aire. Me volvió a mirar, lo tomó en sus manos y le dio comienzo a mi existencia: despacio, suave, con maestría. La presión perfecta. Mi corazón se hizo flor. Sentí entre las piernas la alegría del mundo. Ese placer ignoto que nos hace esclavos. Me contorsioné un poco. Inocente y asustado alcancé a musitar con voz casi imperceptible: Nos van a pillar... ¿Y si viene alguien? Sin perder el ritmo, como el mar cuando penetra en la playa y juega a entrar y salir, en un vaivén continuo y relajante, con un leve movimiento de cabeza, respondió que no. Desde arriba, veía su pelo negro y la constelación de pequeñas estrellas color café que pintaban su hombro descubierto. Las manos agarraron mis juveniles nalgas y mi ser, mi otro yo completo, estuvo en su acuosa boca ardiente. Mi inexperiencia y la juventud reprimida hicieron que la naturaleza quisiera salir desesperada: el nevado del Ruiz hizo erupción con lava blanca, fui el epicentro del terremoto de Armenia, un temblor, una réplica, dos réplicas, todo se movió. El miedo y el placer produjeron un aullido del cuerpo. Un grito de gol. Maradona contra los ingleses en México 86, el escorpión de Higuita, el cinco a cero contra Argentina. ¡Oh, Dios mío! Una avalancha con pequeños corrientazos me nubló la mente, contracciones involuntarias en la pelvis. Una vibración

suavecita por el cuerpo como si los dioses tocaran con manos suaves la melodía de una lira angelical dentro de mí, y allí, en el instante eterno del éxtasis, me perdí en un nirvana corto y nuevo para el adolescente que era. Dulce dolor. Vida. La fórmula de la felicidad: pecado y milagro. Ella se limpió los labios con los dedos. Pasmado y frágil alcancé a poner la mano en el mueble para no caerme. Con sonrisa pícara preguntó: ¿Primera vez? El rubor de mi cara confirmó que sí. Dentro de ocho días tampoco vaya a misa, se puso de pie y salió de la habitación.

Mi masculinidad se gestó en las sombras a partir de ese momento: Eros gobernó en lo oculto, en lo erótico de la clandestinidad. El romance danza mejor en lo oscuro. Los apasionados ven lo que palpan los cuerpos con la luz de sus deseos. Momentos que perduran en el recuerdo como una historia exclusiva, sin testigos. Intimidad. El campo cuántico. La sacra conexión. La química que destila el calor de la libido en la oscuridad está protegida con el manto y la bendición de Eros. Un secreto encriptado en el alma de los amantes. Un pacto de amor al que algunos llaman pecado. Ana y yo.

Iniciaron unas rutinas de vértigo, peligro y aprendizaje que definirían los códigos y traumas de mis futuros encuentros con Afrodita. Al principio, Ana hacía todo, yo simplemente era un espectador que disfrutaba de su experiencia, afecto y placer. El arte de dejarse querer. Con el tiempo, el alumno aplicado aprendió algunas cosas y, gracias a su guía, en escasas ocasiones dirigía la clase. Fue una etapa de confesiones y complicidad, de historias de vida postcoitos que me enseñaron más que los profesores de Sexualidad, Biología y Ética juntos: el que come callado come dos

veces, un hombre que les cuenta a otros de las mujeres que se ha comido es un cocinero, no se tiene que amar para estar con alguien, todas quieren ser escuchadas, no hay que ser bueno para recibir amor, una dosis de carácter con una porción de fragilidad y ternura las enloquece; una mujer no siempre tiene que terminar para sentir que tuvo una buena faena, ver disfrutar al otro también da placer, pues generar el deseo es tan excitante como calmarlo; la previa a veces es más importante que el partido; la fidelidad total es un mito urbano; hay que abrir los sentidos: escuchar su respiración, hablarle al oído; si ella te quita la mano de un lugar, quítala; si ella guía tu mano, déjate; si ella gime, continúa y no cambies la velocidad, y si ella para, no sigas. Mantener el ritmo es la gran técnica, es más importante que el tamaño. Míralas. Escúchalas. Tócalas. Míralas. Escúchalas. Tócalas. Míralas, escúchalas y tócalas. Háblales al oído, cerquita, suavecito pero con ganas, como si nada más importara. Las caricias abren todas las puertas; si las tratas bien, nunca quedarás mal, y ojo: del afán no queda sino el cansancio. Que el deseo crece en lo prohibido, que lo inalcanzable se anhela más, que solo muestre el hambre cuando esté seguro de que va a comer; esté atento a las señales porque cuando ella no quiere, no insista, pues cuando están obligadas a dar afecto pueden hacerte pensar que sí te aman, pero será solo condescendencia, agradecimiento o estabilidad, nunca deseo puro, porque el amor se puede confundir con atención, dependencia, cuidado y compañía. Ah, y pilas con dejarse manipular, que la cuca tiene más poder que el papa; una mujer resentida, herida y celosa puede acabar con la galaxia entera, y, sobre todo: Olvídese de Manuela, mujeres hay muchas, me advirtió. En casi todo le hice caso. Vivimos momentos felices. Conocí

sus amarguras más profundas, su sino fatídico de la soledad, la búsqueda del cariño perdido, su amor con rabia hacia los hombres, el afecto y la calidez de una mujer con el corazón bordado con hilos de desengaño. Aquello duró hasta que Rubén, experto en galanterías y los intríngulis sexuales, comenzó a sospechar y su mamá decidió que yo tenía que volver a misa los domingos.

«Nadie es bueno, nadie es malo, completamente
A veces fama o poder engañan a la gente
No ve amigos, no hay hermanos, solo combatientes».

La cita es a las nueve de la noche; llega mucho antes. Espera y espera y espera. El mánager le dice que los planes han cambiado. No habrá entrevista previa, se subirán a una camioneta y ahí tendrá que aprovechar. Cuando lo ve salir del ascensor, el tic en el cuello se le incrementa y se siente empapado de sudor. Willie Colón trae puesto un *blazer* oscuro, camisa blanca, acompañado de un andar lerdo, ojos pequeños y el pelo plateado. Las cejas tupidas y los párpados caídos le dan un toque de profundidad y picardía. Es bajito, pero se ve gigante. El narrador sólo atina a decir: Mucho gusto, maestro. No quiere parecer un fanático loco. Queda como un estúpido que no hila palabras. Aunque desea con todo su corazón de salsero decirle que lo conocía desde niño, que la primera canción que escuchó suya fue «Julia» en un programa de televisión llamado *Panorama*, pero que en esa época no sabía cómo se llamaba; que la segunda que recuerda es «Tiempo pa' matar», cuando se la cantó un amigo a los quince años; que «Corazón guerrero» era el himno de su vida; que la primera canción de salsa que aprendió a bailar fue «Asia»; que cuando estaba deprimido escuchaba «Ghana'e»; que siendo adolescente se quedaba pegado a la grabadora con el dedo en la tecla *record* para grabar «Sin poderte hablar» porque se la quería dedicar a un amor imposible del barrio. Pensaba deslizar el casete por debajo de la puerta con un mensaje anónimo para que ella supiera que había uno del barrio que se moría por ella y que había tenido el detalle de grabar un casete. Que en esas cuitas de recopilar canciones directo de las emisoras aprendió que «Amor verdadero» duraba siete minutos, casi lo mismo que «Gitana» y «Mi

sueño»: lo sabía porque necesitaba acomodarlas en el casete que duraba una hora, de lo contrario le quedaban las canciones partidas. Le quiere contar las veces que sus amigos en las rumbas cantaban «Ah-ah/Oh-no», y hacían el coro sonriendo, abrazados, y llevaban el ritmo pegándose en los muslos con las manos; que sabe mover las pupilas al ritmo del solo de piano de «Todo tiene su final». No logra decirle que algún día va a escribir un libro sobre salsa y fútbol y que ha pensado titularlo *Camino al barrio*, después *Corazón guerrero* y *Tiempo para matar*, porque esas canciones dicen lo que él siente por el barrio Primavera; no le dice que iba a llamar a sus amigos muertos con nombres de salseros y que a su mejor amigo le pondría de apodo Willy en honor a él. Nada de eso le dice. Solo le aprieta la mano y lo saluda: Mucho gusto conocerlo, maestro.

Después de un sempiterno silencio, Colón habla. Entonces, ¿usted me quiere entrevistar?, le pregunta. Vi la entrevista que me mandaron. Sí, sí, maestro, responde el narrador con voz débil y no dice nada más. Toda la experiencia como entrevistador se esfuma. La lengua se enrosca hacia adentro de la boca como un ovillo. Bloqueado. Un nuevo silencio. Colón decepcionado mira por la ventana. Quizás piensa: Valiente zoquete me va a entrevistar, solo sabe decir, sí, maestro. Entonces el mánager hace su trabajo: Pero, a ver, cuéntale lo que me dijiste a mí, lo mucho que lo admiras. El narrador sonríe sin saber todavía qué decir. Colón lo mira expectante. Eh… sí, maestro… La idea es entrevistarlo a usted para hacerle un homenaje porque lo admiro mucho, lo admiramos mucho. Eh… Eh… Es que estoy muy nervioso, no todos los días se conoce a Willie Colón, el hombre que inventó gran parte de la historia de la salsa, el más creativo de los arreglistas, dice emocionado. Colón

sonríe por fin. Al narrador le habían enseñado que la adulación era la mejor fórmula para empatizar con los entrevistados. Colón le hace preguntas capciosas para ver si realmente conoce del tema. Para el narrador aquello es como si le preguntaran si dos más dos es cuatro. Entra en confianza y lanza dos chistes que hacen reír a los presentes y rompe por fin la tensión. Sin embargo, todavía la entrevista no está confirmada.

Colón era un hueso duro de roer; le gustaba que lo llamaran El Malo, montar en moto y disparar armas de fuego. No le daba entrevistas largas a nadie, mucho menos a un comediante. No tenía necesidad de aquella charla.

Cuando llegan al lugar del concierto, el narrador ansioso por cumplir la misión lanza la pregunta, a la mano de Dios y a la pata del diablo; piensa: Entonces qué, maestro Willie, ¿lo espero mañana para la entrevista? A pesar de ser más pequeño, Colón lo mira de arriba abajo, sonríe, le pone la mano en el hombro y le dice: Voy a dar un concierto, lo invito para que lo disfrute. El mánager levanta los hombros como quien dice «no puedo hacer nada». Colón se va rumbo a la tarima. El narrador queda paralizado mirando a la estrella de la salsa montarse al escenario. El público grita de emoción.

A la mañana siguiente, recibe una llamada de la productora. Salta como un niño feliz. Cuelga. Se sienta. Mira por la ventana con los ojos llorosos. Otra vez, se le viene Primavera encima. Frunce el ceño: Ay, Dios, y ahora, ¿qué le voy a preguntar?

Hace la lista de chequeo del programa. Producción, luces, cámaras, sonido, público, listo. Se mueve nervioso por el camerino, le repite una y otra vez a los del equipo lo que deben hacer, les advierte, los regaña, les vuelve a advertir, los regaña de nuevo,

camina, se frota las manos, se toma un ron, se toma otro ron, vuelve y hace la ronda con el equipo. Tiene el programa en la cabeza. Cada detalle. Intenso, cansón, exagerado, piensan todos. Hoy vamos a hacer historia, se repite a sí mismo en el camerino.

Cuando escucha a Willie tocar el trombón, su rostro cambia y se sale del personaje. Primavera le entra por el oído y le envuelve el alma con la melodía de «La murga». Cantan juntos. El público también está emocionado. Entre la multitud reconoce a sus amigos que parecen vivos de nuevo, resucitados por la música, ellos cantan en medio de la gente y le sonríen, lo saludan mientras hacen el coro: *Murga pa' aquí, murga pa' allá. Esta es la murga de Panamá.* Cae en la cuenta de que está cantando con Willie Colón en el mismo escenario, cae en la cuenta de que le está haciendo coros al malo del Bronx. Un pobre muchacho de barrio convertido en un presentador está cantando al lado de una leyenda de la salsa. Fue uno de los días más felices de su carrera, sus amigos lo vieron y él los vio.

El 21 de febrero de 2026 muere en Nueva York, William Anthony Colón, conocido como Willie Colón. El narrador llora, escucha sus canciones, ve sus videos y entiende que todo tiene su final. Sus ídolos están muriendo: Héctor, Colón, Cheo, Roena, Pacheco, Palmieri, Celia, Rivera, Feliciano; *esos son grandes cantores*. La salsa, al igual que el tango, se convierte en un género de la nostalgia.

«Songo le dio a Borondongo,
borondongo le dio a Bernabé,
Bernabé le pegó a Muchilanga,
le echó burundanga, les hinchan los pies,
Monina».

Fueron cayendo como fichas de dominó. Después de la muerte de El Ratón, los muchachos de la 50, Richie y Bobby, le hicieron el atentado a Pedro, la ficha de Juanito se movió y quiso tumbarlos a ellos y por eso nacieron dos grupos: los que estaban con Juanito y Pedro y los que estaban con los de la 50. Este tropel, para los ojos de las personas ajenas al barrio, era un ajuste de cuentas; para nosotros, como el mundo era Primavera, fue una supraguerra que llenó las casas de zozobra, las calles de soledad, los cementerios de clientes y las cabezas de los muchachos de rencor, venganza y heridas infinitas que el tiempo suturó con fibras débiles de abulia.

En aquellas circunstancias había que tener los zapatos bien amarrados para correr. En cualquier momento podía iniciar una balacera, tas, tas, tas, todos a buscar refugio en una casa, detrás de un muro, debajo de unas escalas, un carro, donde fuera; caos, gritos, estallidos; después la calma, el murmullo, las hipótesis, los corrillos, los rostros preocupados, las manos en la boca, la piel erizada, el escalofrío, el miedo en el aire y el olor a balín. Era el tiempo en el que las mamás despedían a sus hijos con la angustia en los ojos y el cristo en la boca. Les echaban la bendición para que el nazareno los protegiera de una bala perdida, de un ajuste de cuentas, de un tiroteo sorpresa o una confusión, pues si un joven inocente se parecía a otro podría tener el infortunio de ser confundido a la hora del atentado. En todo eso pensaban las madres al echar la bendición. El rito de la protección, padre, hijo y espíritu santo. Aquel conjuro mágico que crea un aura celestial alrededor del cuerpo para blindar a los creyentes de los ataques del mal era

reforzado con las recomendaciones propias del miedo, como las que daba la madre de Caperucita: No hable con extraños, Pilas con desviarse del camino, No se ponga a pelear por ahí, Es mejor que digan aquí corrió que aquí cayó, Se viene temprano para la casa, No se quede jugando maquinitas, Si hay una balacera se tira al piso, Si alguien lo va a montar a un carro grita, Si le preguntan algo diga que usted no sabe nada, Cargue la maleta adelante, que se la roban, Y si le van a robar entregue las cosas, no haga repulsa, Ojo pues, con cuidadito, juicioso mi amor, que esto por acá está muy caliente.

Esa rutina, mañana, tarde o noche. Los taxistas decían: Por allá no voy; el señor de los helados no volvió porque la calentura le derretía el producto; el que vendía los muebles y la ropa a crédito prefirió perder la plata a quedar en medio del fuego cruzado; el señor de los aguacates, el de la mazamorra y el de las ollas a presión pasaban urgentes como si tuvieran ganas de ir al baño y el inodoro quedara en otro barrio; la policía llegaba en sus motos pasando revista de afán, por cumplir con una orden. ¿Qué podían hacer dos policías en moto en un barrio desconocido contra un combo de muchachos armados? Poco y mucho. Aparecer, levantar los muertos y llenar un informe que se convertiría en un número.

Rojo, el color del peligro, del NO pase, NO siga, deténgase, expulsado, el color del miedo, del deseo prohibido, de la vergüenza, del demonio y de la sangre. Rojo, el color del poderoso, el color del amor. La autoridad decretó al barrio como zona roja.

La ciudad nos señaló con lástima e indiferencia, como le pasó a mi papá cuando trabajaba en un edificio en El Poblado. Uno de los señores se ofreció a traerlo, pero al saber el nombre del barrio se arrepintió: Qué pena, me acordé de que tengo que hacer una vuelta,

mejor le ayudo con el taxi. Le entregó un billete, mi papá recibió la plata y salió a coger el bus.

Estábamos jugando a las escondidas. Me tapaba la cara con las manos a los lados como los tapaojos de los caballos cocheros y contaba: 28, 29, 30, el que me lo comí, comí, con queso, mierda y ají, no se vale perrito guardián. Descubrí mis ojos aguzados para comenzar la búsqueda. En lugar de encontrar a mis amigos, vi a Richie y Bobby que bajaban en una moto Yamaha Jog negra, pararon al frente del Renault 4 de Juanito y sin preguntar descargaron las balas que tenían contra el carro, ¡ta ta ta ta ta ta ta! y ¡ta! Del coqueto carro azul rey, decorado con luces de neón que le daban un toque psicodélico en las noches, ruedas llanta balón combinadas con rines plateados, entre los que resaltaba una estrella en la mitad, y el volante forrado en cuero rojo, quedó un amasijo de latas. Nada pudo hacer el rosario que estaba colgado en el retrovisor para que las llantas y puertas no terminaran repletas de agujeros, los vidrios pulverizados en el suelo como si les hubiera caído granizo, ni para disipar el olor a pólvora que nunca más se le pudo quitar al carro. Fue muy rápido, menos de un minuto, no tuve tiempo de moverme. Los dos sicarios desaparecieron y, entonces, vi salir del otro lado del carro a Fruco y a Guri Guri, pálidos, asustados, palpando sus cuerpos, ilesos, sin un rasguño. Cuando sintieron el primer disparo el instinto de supervivencia, el ángel de la guarda o el pánico los hizo quedarse quietos, si hubieran corrido tal vez habrían pensado que eran Pedro y Juanito y ¡adiós!

Con los cuerpos tiesos por el impacto emocional, nos sentamos en el borde de la acera sin decir palabra, inertes, con un zumbido en los oídos y la incredulidad de estar vivos. La calle se llenó de gente.

Beni, que estaba escondido debajo de las escalas de Las Abuelas, apareció corriendo, le pegó tres golpes al muro y gritó: Un dos tres por mí y por toda la barra. La barra no quedó libre. Esa fue la primera advertencia de la muerte. No hubo más carros para protegernos.

El Renault 4 quedó abandonado; Juanito, su dueño, no tenía ánimo, plata ni tiempo para reparaciones en épocas de venganza. Fue la copia a escala de lo que había hecho Fernando Botero cuando le pusieron una bomba en el parque San Antonio a una escultura suya llamada *El pájaro.* El artista no quiso restaurarla para que quedara como recuerdo de la violencia que azotaba a Medellín por aquella época. En Primavera sirvió para lo mismo, pero con menos bombo y presupuesto. Se convirtió en un lugar de referencia del barrio: «Eso queda por el carro muerto», decían.

«Basta, Payaso, te están mirando. Y esos dos ojos ya están llorando».

El rector dio las primeras palabras del acto cívico. Como buen profesor nos regañó y nos felicitó al mismo tiempo. Mis compañeros de curso estaban sentados en la mitad de las escaleras. Abajo se hacían los de sexto y arriba los de once. Yo estaba en un salón que hacía las veces de camerino, poniéndome unas orejas de perro que Jhonny le había quitado a un peluche de su hermana. Beni me pintó la cara dizque como Canela. Hizo falta Payaso. Quedé con una combinación entre perro, mapache y mimo callejero. Guri Guri llevó una ruana café para que hiciera las veces de piel de perra. Fruco me ayudó a poner una trusa de baile. Parce, quedó como un loco del centro, exclamó La Chiva. Tiene más presencia la perra real. Sonreímos un poco para matar los nervios y la tristeza. En los altavoces se escuchó a una niña con voz aflautada: Quinto, monólogo «Me llamo Canela», a cargo de noveno A. Me eché la bendición y salí al escenario entre aplausos, las burlas de décimo y los gritos de apoyo de los muchachos: ¡Con toda, Canela, perra vagabunda! ¡Qué gonorrea de disfraz!

«Me llamo Canela y vivo en el barrio Primavera. Acá las señoras se la pasan viendo televisión y hablan en la acera con las manos en el palo de la escoba, esperando a que se seque el piso recién trapeado. Los niños salen para la escuela bien bañados y peinados, con su morralcito colgado en la espalda y regresan sucios, despeinados, oliendo a sudor y dulce. Me gusta cuando Rubén me deja lamerle las manos untadas de paleta. Siempre he vivido acá. No conozco otras calles ni otros mundos. Estuve cuando llegaron Los Gordos. He visto

casi todo lo que ha pasado en Primavera. Soy la primera en despertar y los veo salir para su trabajo. El más madrugador es don Roberto, que aparece a las cinco de la mañana y baja hasta la avenida a esperar su transporte. Su esposa, todavía en piyama, con los brazos cruzados por el frío, lo ve hasta que el bus pasa y lo recoge. Como no me gusta moverme mucho, me quedo echada a su lado conservando el calorcito. Al principio, doña Julia me echaba, después descubrió que yo era inofensiva y ahora me deja quedar ahí el tiempo que yo quiera, hasta que llega Willy, su hijo, el mono, y me sacude con el pie, no sé si jugando o en serio; si es en serio lo acepto, si es jugando no me gustan esos juegos, es muy brusco, se aprovecha porque a mí no me gusta morder ni ladrar, no lo veo necesario, entonces me pega y me toca moverme. Lo bueno es que a esa hora me agarra un hambre de los mil demonios y él me obliga a pararme. Voy a mi casa. Oficialmente vivo en la casa de don Alonso, aunque en realidad mi casa es la calle, me dan comida, me tiran sobras de lo que comen en la tienda de don Andrés. Mis favoritos son el pan, el pastel de guayaba, el pandequeso, el quesito, la paleta de limón, la paleta de mango biche, la Drácula, el Chocoramo, los Chitos, los Gudis, la Malta y la Colombiana; como más cosas, pero esas son mis favoritas. Una vez, los borrachos me dieron agua con candela, se aprovecharon de la sed que tenía, sacaron de la botella y la tiraron al piso, y claro, yo acalorada, pasé mi lengua por esa agua y fue la peor sensación de mi perra vida, el mundo se puso borroso, las patas se me doblaron, la garganta se me quemó, ellos se burlaron de mí. Ahora siento ese horrible olor a anís y salgo despavorida y eso que soy perezosa. Esa agua de fuego es asquerosa. En cambio, si están lavando un carro, una acera o una

ventana y me mojan el lomo es una delicia, me echan agua fría con jabón y me siento fresquita, los niños vienen, me masajean, me embadurnan de espuma y mi pelaje café queda blanco. Apuntan con la manguera y siento el chorro duro en los pelos y con el jabón se van la mugre y una que otra garrapata. Por eso me rasco cuando el sol la evapora y lo hago duro, muy, muy fuerte, pero igual me gusta que me bañen y jugar con el agua para refrescarme. Es que en Primavera hacen unos calores como si el sol le tuviera bronca a este barrio.

»Soy perezosa. No me importa, así me quieren. Mi pereza los divierte. Me echo en el pavimento en medio de la calle y duermo de lado con las patas una encima de la otra, juego con los mosquitos, dejo que ellos se me posen en el hocico y de pronto: ¡ran!, les mando un lengüetazo o me muevo un poco para asustarlos y ellos vuelan miedosos, ¡cobardes! En esas estoy cuando algún carro aparece a importunar y pita para que me mueva. Y no me muevo. ¿No pueden pasar por un lado? No pueden ver una perra acomodada. No me gustan los carros, pero no entiendo para qué los persiguen ladrando, qué necesidad, es una pelea perdida, son más rápidos, un agotamiento innecesario, correr detrás de un carro ladrando es una estupidez. Soy perezosa, lo sé, tampoco entiendo para qué corren por una bola o un palo, es una actividad ridícula y repetitiva: ellos tiran el palo, nosotros corremos, lo agarramos, corremos hacia ellos, ellos lo reciben de nuevo y lo vuelven a tirar. ¡No pues, guau! Una vez lo intenté. Es agotador. Por eso me gusta que mi amo sea don Alonso, él se sienta a leer y yo me acuesto en sus pies y ahí me quedo. Así jugamos mi amo y yo, a no hacer nada. De cuando en vez él me acaricia y me dice: Canela bonita, me mira,

me rasca la barriga y yo me le abro de patas, feliz, él sabe que eso me gusta, ¡me encanta! Con una mano me acaricia y con la otra sostiene el libro hasta que se para y se va a hacer sus cosas, y yo me quedo ahí un rato pensando en lo sabroso que es estarse quieta. Eso hasta que llega Jose, su hijo, y vuelve a jugar conmigo. Al principio él creía que yo era de los perros que corren, luego se dio cuenta de que no, que soy perezosa y que me gustan sus caricias detrasito de la oreja. La oreja es de Jose y la barriga es de don Alonso. No me dejo tocar de cualquiera, si alguien no sabe acariciar le gruño y se aleja, si insiste le gruño más duro. Así como soy perezosa también soy inteligente. No voy a iglesias si llueve, me guardo si hace sol, busco la sombra; cuando me echan, me alejo; cuando me llaman, voy; cuando me dan comida, como; cuando tengo hambre abro los ojos, doblo las orejas, me siento y siempre llega la comida. Es fácil. A los vecinos de Primavera les divierte mi forma de ser. Me dan comida, me cuidan, me saludan, a veces me pegan, a veces juegan conmigo, me tiran piedras cuando estoy acostada y se ríen porque no me muevo; las piedras me pegan en la barriga, suena como un tambor y rebotan; cuando las tiran duro y me duele entonces me paro, los miro feo y salgo para otro lado, ellos saben que se pasaron de chistosos. Me gusta el juego de la quietud, pero hasta un punto, como cuando dejo que los carros piten, hasta que me fastidio, volteo el hocico, miro el carro con desprecio, despego el pelaje del suelo caliente en un lento movimiento mientras el conductor echa chispas y los vecinos miran divertidos. Ellos saben cómo soy. Hago parte de la historia de Primavera. Cuando se levantan, cuando se apagan las luces y solo queda un murmullo, ahí estoy yo para alertarlos por si pasa algo; si

me oyen ladrar salen a la calle en piyama, en pantaloneta, como estén, ellos saben que nunca ladro, solo si es necesario. Ladrar por ladrar es un atentado contra la tranquilidad y a ellos les asusta escucharme ladrar. Ya saben, soy perezosa y un poco curiosa. Cuando hay una fiesta, estoy ahí; cuando ellos beben, estoy ahí; cuando las parejas se besan, estoy ahí; cuando están en calor, estoy ahí. El trabajo de un perro es estar. No hay una historia de Primavera que me haya perdido. Un nacimiento, una pelea, una fiesta, un baile, un robo, un muerto. Canela está presente olisqueando. Los muertos huelen distinto, a sangre tibia, a acre. No me gustan. Los olfateo antes de que los vivos me digan: ¡Chite, perra! En Primavera han muerto muchos y yo he sido testigo. Soy la primera en oler la pólvora y el miedo. El asesino huele a miedo. Detecto la muerte en el aroma de las personas. El barrio huele a muerte. Lo lamento por los muchachos. Los vi crecer, los vi llorar, estuve con ellos en sus borracheras, en sus locuras, en sus malos negocios y sus errores. Cuando juegan balón en la calle, me acuesto en la mitad de su cancha inventada con cuatro piedras, pero ellos son más recursivos que los conductores, me esquivan, algunas veces se hartan y pegan duro con el balón, entonces me doy cuenta de que debo retirarme, todo tiene un límite, me meto debajo de las escalas y los dejo jugar. No como el perro de Los Gordos, una chanda sin pedigrí, como yo, pero bruto. Es de los que persiguen motos, carros, van por el palo, por la pelota, y por eso no lo dejan salir mucho. Cuando se abre la puerta sale despavorido a perseguir cosas y a ladrar. ¡Ignorancia perruna! El perro que hace escándalo es impopular. Sale como un chiflado a morder el balón de los muchachos y hasta ahí les llega el juego. Ellos lo detestan, yo sé. Tengo que confesarlo: morder un

balón de fútbol es placentero; sin embargo, tanta actividad no justifica ese placer. Por eso no me gusta juntarme con Pepe, el perro de Ismael. Es bruto, escandaloso, terco, agresivo, juguetón; cuando lo llaman no va, cuando le dicen quite no se quita. Eso sí, reconozco que es precioso, su pelaje es blanco con negro, sus ojos son cafés y siempre está bañado y peinado. No soy la perra más bella, ni me interesa serlo. Estoy segura de que me quieren más a mí que a Pepe así sea perezosa. A veces salgo con Jose por ahí, voy detrás de él hasta que me canso o me doy cuenta de que va para muy lejos y regreso a mi casa en Primavera. Pienso que entre más lejos tenga que ir, más camino tendré para volver. Aunque me habría gustado estar con él ese día que pasó lo que pasó. Ha sido la única vez que he lamentado ser perezosa. Su olor era distinto y lo perseguí, no quería que se fuera o, si se iba, que me llevara con él. Le ladré y le ladré duro mientras corría. Debí parecer una estúpida corriendo detrás de una bicicleta. Quizá conmigo no habría pasado lo que pasó, o quizá sí. No lo sabré; es mi castigo por ser así. Cuando lo recuerdo, las orejas se me agachan y me tapo el hocico con las patas. Don Alonso hace lo mismo, él ahora huele y acaricia diferente. Mi nombre es Canela. Mi amo se llama Alonso. Soy la perra de Primavera que no pudo alcanzar a Jose cuando iba corriendo en su bicicleta…».

Entonces me llevé las manos a la cara y, de rodillas, delante de todo el colegio, me puse a llorar desconsolado en una imagen patética de dolor. Los profesores y el resto de los alumnos miraban rogando que mis lágrimas fueran parte del acto y no de un desconsuelo profundo por haber perdido a mi amigo una semana antes en un paseo. Al ver que mi llanto se extendía más de lo

normal y que algunos comenzaban a contagiarse de la tristeza, en un murmullo aciago, buscando contener los sollozos de un colegio entero, el profesor anunció el siguiente acto. Jhonny me levantó y llevó mi cuerpo lagrimoso hacia el salón, me sentó en un pupitre, cerró la puerta y nos abrazamos a llorar.

«La noche aquella que fuiste
a buscar la leña al río
todo el mundo presagiaba
un sentimiento sombrío».

Él armó el paseo. Bicicleta, agua, charcos, calor, alegría, diversión y libertad. Jose, Payaso, no podía disfrutar un solo fin de semana por estar ayudando a su papá en el taller. Quería comprarse unos zapatos Zodiac y una camisa de seda fría. Don Alonso detestaba esa moda porque así se vestían los pillos. Si se va a vestir como un bandido, gánese la plata, le advirtió. Cada fin de semana, Jose se levantaba a llenarse las manos de *thinner*, de aceite, de grasa, de rencor por un papá que en lugar de comprarle lo que quería lo puso a trabajar con la excusa caprichosa de «lo estoy educando para que aprenda a ganarse las cosas por su propia cuenta». Con quince años, mi amigo se entregó al trabajo como si fuera un adulto responsable que tenía que mantener una familia, hasta que un día, como el barón rampante cuando no quiso comer más el plato de caracoles, dijo basta. Valiente, se paró al frente de su adversario de sangre y le manifestó contundente: Pa es que…. yo quería decirle… que… que si por favor… que… que si por favor me deja ir este fin de semana a los charcos de Barbosa, vea que yo he trabajado mucho y los muchachos van a ir. Miró al piso y esperó la respuesta. El que quiere marrones, se aguanta tirones, sentenció don Alonso.

Él armó el paseo. Ese sábado salimos en bicicleta rumbo a los charcos de Barbosa. Uno de nosotros a escondidas de su papá pedaleaba rápido tratando de perder a la perra Canela, que lo persiguió dos cuadras hasta que se cansó y quedó atrás ladrando con cara de abandono. Atravesamos El Playón, Madera, La Gabriela, Copacabana, Girardota, El Hatillo y después de dos horas debajo del sol arribamos sudorosos y exhaustos al charco El Brujo. No bien

llegamos tiré la bicicleta a un lado, me limpié el sudor con la camiseta, renegué del calor tan atroz y de la idea de irnos pedaleando en lugar de haber tomado el bus, así hubiera sido por la puerta de atrás. Nadie me prestó atención. Willy, Rubén y yo nos sentamos a tomarnos una gaseosa entre los tres. Me indigné con Beni porque limpiaba la boca de la botella con las manos cuando yo se la pasaba, como si mis labios estuvieran más sucios que sus garras cochambrosas untadas de manubrio de bicicleta. El resto se metió al agua a refrescar las piernas. Payaso, pletórico, extasiado, metía el cuerpo y salía haciendo olas pequeñas como si fuera un Poseidón de charco. Se metía y salía, se metía y salía, se metía y salía. Pilas, que está acalorado y se tuerce, advirtió La Chiva, haciendo la imitación de un tullido con las manos y los pies torcidos. Reíamos, y Jose, sordo a las recomendaciones, seguía metiéndose al río y aparecía de sorpresa jugando al monstruo furioso que salía del agua y salpicaba a todos. ¡Qué chimba!, gritaba, levantando los brazos como si hubiera hecho un gol.

No volvió a salir.

Él armó el paseo. Lo buscamos, nos metimos hasta donde nos permitía el miedo y no logramos encontrarlo entre aquella agua turbia. Un señor le avisó a otro señor, que a su vez alertó a otro señor y vaciaron las esclusas que retenían el agua. Cinco adolescentes vieron el cuerpo de su amigo en el fondo de un charco, recostado entre las piedras, como si hubiera estado durmiendo debajo del agua. Alguien le tocó el cuello. Seguía vivo. Al lado del charco le dieron los primeros auxilios. Exhaló un suspiro fuerte y botó algo de líquido. Lo montamos a un taxi. Me senté al lado del conductor, Beni se hizo atrás y pusimos la cabeza de Jose en sus

piernas. Parcero, moral, que ya vamos a llegar, lo animó desesperado cuando nuestro amigo abrió los ojos. Giré la cabeza hacia atrás. La muerte me ha mirado varias veces. Jose, Payaso, mi amigo, tenía los ojos negros con la vista ausente, la cara pálida, los labios morados. Las pupilas fueron cayendo como si cerraran un telón; la música del corazón de Jose se fue apagando mientras Beni le gritaba desesperado: Moral, parcero, resista, que ya vamos a llegar, resista. *Llora corazón, corazón llora.*

Él armó el paseo. El doctor preguntó: ¿Quiénes son los acompañantes del muchacho que venía de El Brujo? ¡Nosotros!, respondimos en coro. Necesitamos avisarle a la familia, tratamos de reanimarlo, pero llegó muerto. Dio media vuelta y se perdió en el pasillo. No recuerdo bien qué pasó después. Tengo un leve olor a remedio y el sabor a pastillas amargas. Visualmente no tengo nada de ese momento. Jhonny contó que él se salió del hospital. Que Willy se puso a llorar en el corredor. Dijeron que me hicieron pasar, no sé para qué, y que vi el café de su piel transformado en amarillo clarito. ¿El color del sol es también el color de la muerte? La verdad, no puedo inventar nada, mi mente guardó todo en un baúl del trauma y le puso candado. Treinta años después he tratado de darles luz a esos agujeros negros con meditación, viendo fotos, tomando ron, aguardiente, brandy Domecq o escuchando Nelson y sus Estrellas; incluso, fui hasta el hospital de Barbosa, pero solo tengo ráfagas de imágenes en borrador:

Nosotros sentados en el parqueadero del hospital.

Los ojos de Beni colorados y su cara partida a la mitad por la sombra que daba un árbol.

Fruco jalándose el pelo con fuerza.

La Chiva al lado mío, balando con la cabeza metida entre las piernas.

Le quitamos una llanta a su bicicleta y nos turnamos para llevarla.

Silencio.

Llorábamos al ritmo de cada pedalazo.

El sol se fue y aparecieron nubes grises.

Aunque el camino era plano, era como si subiéramos una montaña.

Los buses pasaban veloces.

Me veo acostado en la cama, inerte, pasmado, mirando las tejas grises de mi casa.

Solo eso. No recuerdo más.

El resto me lo contaron. Que Guri Guri en un arranque quiso volver a entrar al hospital a ver si era verdad que Jose se había ido, que Beni lo retuvo y después lo dejó ir, pero que cuando estaba en la puerta se devolvió renegando, diciendo que ya pa' qué, y se sentó dándole la espalda al hospital; que extrañamente no se apareció ningún policía; que nos quedamos esperando a doña Magdalena y a don Alonso. Que pasó una hora y no llegaban… Que cuando aparecieron saludaron con rabia y cuando les contamos lo que había pasado nos regañaron porque lo habíamos dejado meter acalorado al agua. Reclamaron que no les avisaran más rápido, que nosotros éramos unos irresponsables, nosotros, unos niños de quince años. Que al final dieron las gracias con recelo como echándonos la culpa, y que nos fuéramos para la casa, que ya ellos se encargaban; que agarramos carretera y cuando paramos a descansar en una manguita Beni sacó la coca del almuerzo de Payaso y sin una razón especial la abrió y la puso en una piedra iluminada por el sol y que

todos, alrededor de ella, la mirábamos sin hablar, y que un pajarito carpintero, con su cabecita roja, bajó, comió varios granos de arroz y se fue volando. La Chiva tapó la coca y volvió a meterla en la maleta de Jose. Volvimos a montarnos en las bicicletas hasta la bomba de gasolina de Primavera. Ahí, donde habíamos arrancado los seis jóvenes a las ocho de la mañana, llegamos solo cinco adolescentes de quince años después de perder a un amigo.

Él armó el paseo.

No hubo psicólogos, ni terapeutas, ni tratamientos especializados; cada uno se encargó de resolver sus emociones. Rubén se refugió en sus mujeres, Óscar, en la tienda, a Jhonny los dilemas de su familia le sirvieron de cortina de humo para el duelo, y Beni y yo nos entregamos al trago. Teníamos una botella de aguardiente en la maleta y nos volábamos del colegio para la cancha a tomar sorbitos. No hablábamos. Poníamos la tula en el piso para que sirviera de asiento, mirábamos la ciudad y nos dábamos tragos de aguardiente con Latina Estéreo de fondo… *Cuando la luna penetre por tu ventana, entonces bajo su luz pensarás en mí…* No recuerdo haber compartido tantos silencios con alguien. Después de un rato cada uno para su casa. Perdimos casi todas las materias en ese periodo. Nadie preguntó por qué, nadie reprochó nada. A veces la empatía significa dejar la herida quieta para que sane sola.

Él armó el paseo. Uno no busca la muerte, ella lo espera sentada. Cuando tú llegues, ella estará ahí, para cambiar de estado no solo a los que se lleva, sino a los que quedan. Salomé tampoco fue capaz de nadar en ese charco denso con sedimentos de culpa en el que se convirtió la familia de Payaso. Se refugió en las sábanas de Pedro y ahí fue donde la muerte la llevó a fecundar la vida: quedó

embarazada de un niño al que le quiso poner de nombre Jose, como mi amigo, pero no pudo porque en aquella época pulularon las muertes y hubo muchos nombres disponibles para homenajes. Por ella supimos que Payaso le había dejado una nota a don Alonso que decía: «Después le repongo el día». Don Alonso guardó el papelito en la billetera hasta siempre. No volvió a beber en la tienda con el resto de los papás, se emborrachaba solo en su casa escuchando tangos, sacaba la nota que le había dejado Jose y lloraba hasta que el alcohol inhibía sus fuerzas y se quedaba dormido en el mueble.

«Mi papá le tiró muy duro a mi hermanito. Yo nunca entendí la pelea de esos dos, siendo tan parecidos, igual de tercos, igual de inteligentes, pero mi hermanito llevaba las de perder. Es que mi papá es muy bravo. Que ustedes lo vieran ese día, estaba como un toro, casi que echa babaza por la boca, hasta la pobre Canela llevó del bulto cuando se le acercó y mi papá se desquitó con ella. Tan maluca era la cosa que mi mamá, que nunca dice nada, lo bravió, le dijo que dejara la bobada porque mi papá lo estaba esperando con la correa lista en la sala para agarrarlo apenas entrara. ¡Qué pereza! Dio vueltas por toda la casa echando chispas hasta que llamaron ustedes del hospital».

Los ojos de don Alonso se opacaron, como si le hubieran quitado la alegría del cuerpo. Su alma enjuta pasaba cargando la mochila para el trabajo con la cabeza gacha.. En las tardes volvía a encerrarse en su casa con los libros, sus datos del fútbol, los tangos y el alcohol. A Doña Magdalena el luto le absorbió la grasa, se adelgazó con la liposucción del duelo. Como teníamos muros compartidos, yo podía escuchar los alegatos de aquella casa destruida: Si vos no lo hubieras puesto a trabajar mi muchacho

estaría vivo, vos nunca lo dejabas descansar, ¡era un niño, Alonso! ¡Mi niño! Y vos lo tratabas como si fuera un viejo, por eso en el único paseíto que pudo se te voló, eso es lo que te duele, Alonso, que vos mandaste a la muerte a mi niño. ¡Callate, mujer!, le gritaba don Alonso. ¡Callate esa puta boca y dejá de hablar tanta mierda! Él se murió porque ¡así es la puta vida!, y tiró la puerta tan duro que Primavera tembló.

Una mañana don Alonso me llamó: Oiga, Porkis, venga, que le quiero mostrar una cosa. Obediente fui a su casa, pero no me dejó pasar de la puerta: Esa es la música de Jose, puede que le sirva más a usted que a mí, y me entregó los casetes de salsa. Los recibí diciendo gracias y los iba a poner a sonar, pero justo antes de darle *play* al primero escuché una nueva discusión: ¿Por qué le regalaste los casetes de mi niño a Porkis? ¿A vos quién te dio derecho de regalar lo que no es tuyo? No me aguanto esa música. No te la aguantás porque te lo recuerda a él, como vos fuiste el que lo mandó a la muerte te da remordimiento, aguante, mijo… Silencio. Vea le digo, Alonso, usted no me vuelve a regalar nada de mi muchacho. Otra vez el sonido de la puerta movió el barrio.

No alcancé a poner ni una canción. Guardé el casete de Nelson y sus Estrellas. Los otros los dejé en la misma bolsa que me había entregado don Alonso. Esperé a que la casa estuviera sola y me deslicé por el solar, entré por la parte de atrás, llegué hasta la pieza de Payaso y metí la bolsa debajo de la cama. Salí por donde entré. Al otro día llegué del colegio y la bolsa estaba encima de mi cama: Ahí le mandó doña Magdalena, que esos casetes son suyos. A la mañana siguiente coincidimos en la tienda, me vio, yo pedí un cuarto de quesito y doscientos pesos de salchichón, don Andrés me

los entregó delante de ella, que seguía mirándome fijamente, con aquella expresión que tendría muchos años después cuando trabajó conmigo y me contó que una madre que perdía a un hijo nunca volvía a ser feliz del todo. A veces las personas quieren decir algo, pero no desean tener una conversación, les cuesta encontrar el momento, el lugar o las palabras, quizás por eso, esa mañana en la tienda, ella esperó a que yo diera dos pasos y me soltó aquella frase al aire: La próxima vez entre por la puerta, y si va a poner los casetes de mi muchacho, póngales volumen para que yo los alcance a oír. Bueno, señora, le respondí, y seguí para mi casa a darles *play* a las canciones de mi amigo, que todavía treinta años después guardo como un tesoro en un cajón. *Cuando la luna penetre por tu ventana, entonces bajo su luz pensarás en mí…*

Él armó el paseo...

«Dile a Monín que le quiero dar
un besito de alegría
y si por mi te pregunta,
di que la quiero todavía…».

Cuando él tenía quince años, no sabía que los amigos se morían. Es una sensación diferente a la de la muerte de un familiar. Una lluvia suave pero constante. Nubes que traen recuerdos, que se evaporan cuando escribe, como si necesitaran la magia de las palabras para desaparecer y conjurar el compromiso ineludible que tiene con el pasado, gotas azarosas que le bañan la memoria con un golpeteo enviado desde el cielo, plip plap, plip, plap, suenan las gotas en su cabeza como el coro de una orden: «escribí pues lo que nos pasó, escribí, escribí, escribí…». Un lamento guardado por años, que le puso los ojos tristes. Una melancolía escondida que le salió de las sombras a los treinta años, cuando conoció a una mujer, una especie de bruja, una chamana, de esas personas que van por ahí sacando verdades del pasado de la gente. Lo dijo con tono místico: Eres bueno, pero tienes una tristeza grande, no es tu culpa. El narrador se quedó pasmado y no supo qué responder. Era un hombre exitoso, no había razones públicas para lamentarse y nadie conocía mucho de su vida como para saber los vericuetos de su alma. ¿Qué vio aquella mujer? ¿Lo dijo por hacerse la interesante? ¿Cómo se ven unos ojos tristes? Párpados caídos, ojos vidriosos y líquidos, pupilas contraídas, miosis, el puntito del ojo se hace pequeño, como si quisiera esconder las amarguras y llevarlas hacia adentro, la mirada apunta al piso, las cejas se caen un poco, sin fuerza. Aquella mujer tenía razón.

Se sintió desnudo, expuesto a una congoja que, lejos de repudiar, disfrutaba, en su intimidad la abrazaba y se entregaba a ella en forma de botellas de aguardiente. Esa noche se emborrachó solo en

su apartamento, puso música: *Dile a monín que le quiero dar un besito de alegría*…, y lloró con un llanto rotundo, con gritos hacia adentro, con una agonía en el pecho, dando grandes contorsiones de aire, exhalaciones agitadas y tristes. Cómo era posible que esa mujer pudiera notar el dolor que había durado tanto tiempo escondido, ahogado en las aguas del aplauso y la comedia.

No tuvo duelo. Cuando un amigo muere no hay condolencias; el común de las personas la consideran una pérdida pírrica. Lamentable sí, pero no para ubicarla en la cúspide de las dolencias, en el podio donde están ubicadas las de un padre, una madre, un hermano o una pareja. Si perder un hijo no tiene nombre, perder un amigo tampoco, y perder dos, tres, menos.

«*La temperatura sube, sube, sube la temperatura*».

Fruco lavaba el andén y cantaba entusiasmado «La temperatura» de los Hermanos Lebrón, *Cada vez que yo te veo, ni me importa donde sea, se me quieren salir los ojos, por tu belleza, y hasta pierdo el control.* A dos cuadras de allí, Juanito estaba en El Ventiadero fumándose un cigarrillo de marihuana. Cuando los vio soltó el bareto, se lanzó rápido a la acera del lado, con talento felino pasó por debajo de unas escalas. Sonó un disparo. Juanito superó una pila de adobes, descendió a la cañada esquivando palos y basura en modo *parkour,* el olor a cañería le entró a la nariz y salió de nuevo en el mismo instante en el que sonaron otros dos tiros, brincó al otro lado del arroyo, un pie cayó en el agua sucia, y pensó: Mierda, los tenis. Sonó el cuarto estallido. Siguió veloz en dirección al Hueco, un callejón pequeño del ancho de una moto que servía para conectar El Ventiadero con El plan, la calle era de bajada y eso le ayudó, pasó por la licorera, por encima del escudo del Nacional y al lado de su Renault 4. Al frente de la casa de Beni, don Roberto, que presumía su nuevo teléfono inalámbrico en el balcón, lo vio de soslayó en el momento del quinto disparo, la silla mecedora en la que estaba sentada doña Celia se detuvo cuando ella posó las chanclas en el piso, Ligia, que untaba de arequipe y queso una oblea que le acababa de vender a Catalina, vio a Juanito aparecer corriendo desesperado, con la mirada fija en la casa de Los Gordos como meta, pero la puerta estaba cerrada, entonces el perseguido tuvo la fatal idea de entrar por la tienda de Andrés, ir hasta el fondo y pasar por el solar a su casa para sacar el arma que, por una sinrazón, no llevaba ese día, sabiendo que las cosas no estaban para errores, por

eso subió las escalas de la tienda de Andrés con un solo paso-brinco, le hizo el quite a la manguera, y, cuando Fruco lo vio entrar a la casa y reconoció a Bobby, que venía con Richie, cargando un arma en la mano y mirada siniestra, en un acto reflejo, cerró la reja de la puerta con la que se chocaron ellos. Abrí la puerta, le ordenó uno, y en ese momento Óscar, Fruco, mi amigo, el más juicioso de nosotros, expulsó la frase que le cambiaría la vida: Parce, calmao, que yo no me meto en esa vuelta. Ya te metiste pirobo, sentenció Richie y por encima de su hombro apareció la mano de Bobby, bajo el influjo de la venganza, que disparó la última bala del tambor al cuello de mi amigo. Don Roberto dejó caer el teléfono, doña Celia se quedó suspendida en la silla y Catalina vio salir a los dos pistoleros corriendo calle abajo, dejando el cuerpo de su hermano en el suelo, inconsciente, con la cabeza recostada en el marco de la puerta y todavía agarrado a la reja, el día que estaba lavando la acera cantando *la temperatura sube, sube.*

***

Gracias al disparo, Fruco podía ir gratis al estadio. A las personas en sillas de ruedas no les cobraban la boleta y entraban por un lugar especial. Lo malo fue que nos quedamos sin arquero, que nos tocaba levantarlo para subir las escaleras de su casa y que cambió de colegio porque ya no podía montar en bus. Catalina lo empujó las primeras veces y luego no pudo ni quiso hacerlo más. Don Andrés gastó los ahorros en la recuperación y la compra de la silla, lo llevó en contadas ocasiones al colegio porque no podía dejar mucho

tiempo la tienda sola. Verlo empujar con esfuerzo la silla de su hijo era desconsolador, una representación del trágico destino de una época caótica en la que el futuro era incierto: Por lo menos está vivo, le decía Primavera a modo de consuelo. Fruco, deprimido, con el cuerpo maltrecho, lamentaba su mala suerte y sentía lástima de sí mismo al verse vulnerado y dependiente de que alguien lo montara a un carro, lo ayudara a subir una acera; quién le iba a dar trabajo, quién lo iba a querer, a desear, a besar, a amar; no volvería a jugar fútbol, a saltar, a correr, a jugar chucha, yeimis, ni cero contra pulsero, ni *stop*, ni nada que tuviera movimiento. Aquella maraña de emociones sin tramitar se sumaba al trato lastimero que tenía el barrio con él y su papá. Un día decidió ir por su cuenta y empujarse a sí mismo hasta que le salieron callos. Pronto se cansó de subir lomas en una silla, de tener que pedir el favor para cualquier movimiento, de la crueldad de los compañeros del colegio, de caerse cuando perdía el control en las bajadas y terminar en una acera, contra un carro, un poste, a merced de la ayuda de quien viera el choque, se conmoviera, le ayudara a levantarse, le acomodara la silla y lo aupara para subirse a ella de nuevo; entonces se retiró del colegio. Don Andrés, sumido en la resignación, se despojó de toda expectativa próspera sobre sus hijos, quería verlos convertidos en ingenieros, doctores o empresarios; sin embargo, aquella bala no solo destrozó la columna vertebral de Fruco, sino el ánimo familiar, pues Catalina, además, víctima del amor y las circunstancias, encontraría en la sorpresa azarosa del pañal la certeza de que no era tan distinta a las realidades de un barrio por el que siempre se había sentido superior.

Don Andrés compró un puesto de chance, lo puso al lado de la puerta de la tienda y Fruco se convirtió en el chancero oficial de Primavera. Muchas fueron las noches que pasamos al lado de Óscar mientras le vendía la suerte al barrio. Con él aprendí que los números viejos eran los que no caían hacía mucho, conocí la cuña, el combinado y los números vetados, que eran aquellos que salían en un pescado y los pescadores regaban la noticia; entonces las agencias de apuestas los prohibían en razón de la buena fortuna de los apostadores. Lo mismo pasaba con las muertes de los famosos: no se podía jugar con las fechas de los asesinatos de Luis Carlos Galán ni de Andrés Escobar, tampoco eran permitidas la del empate contra Alemania en el mundial de Italia 90, ni la del cinco a cero de Colombia contra Argentina en las eliminatorias para USA 94. Con Óscar, aprendí a jugar chance y gané dos veces. Pero lo mejor era que su puesto gozaba de una ubicación estratégica para el chisme y lo que hoy llaman el *watching people*, que antes era ver gente, en especial a la *people* que me interesaba. Todos los días miraba pasar a Manuela rumbo a su casa o entrar a la casa de Salomé. Me deleitaba verla llegar a la tienda, con su camisa del colegio y sus botones sueltos que le dejaban ver un poquito de esa piel inalcanzable para mí. Los chores grises resaltaban esas piernas soberbias, esas dos enormes columnas de palacio romano que me dejaban en llamas, izando la bandera de la entrepierna. Para controlarme pensaba en los exámenes del colegio y cruzaba las piernas. No servía de nada pues el mundo conocía mi debilidad. Los ojos no pueden ocultar lo que el corazón palpita, sí, así de patético sonaba y así de cursi me veía enamorado de la inalcanzable.

Una noche de vergüenza estábamos sentados al lado de Fruco viéndolo vender su chance, llegamos al tema de las mujeres, y como Beni y Guri Guri tenían más experiencia nos daban las premisas importantes de cómo se le debía hablar a una mujer. Yo, hablador pero inseguro en las lides de las conversaciones femeninas, para no quedar como el ignorante, me las di de muy salsita y cité una frase copiada de mi papá: No hay mujeres difíciles, sino carretazos mal echados. En ese momento apareció Manuela en la tienda para comprar no sé qué y a La Chiva se le ocurrió la flamante idea de decirle: Oiga, Manu, Porkis está hablando de usted y le quiere decir un carretazo. Asombrado, atormentado y mudo la miré fijamente con la cara roja de vergüenza: No, nada, yo no he dicho nada, estos, que son unos bobos ahí. Hubo un coro de carcajadas. Manuela recogió las arepas que le entregó Catalina y atinó a decir: Qué pereza los niños que hablan de las viejas. Todos exclamaron un rotundo y doloroso: ¡Uuuuuuuu!, y yo me quise meter debajo de la silla de ruedas de Fruco.

«Pido la paz para esta guerra,
quisiera deponer mis armas,
parar con esta hostilidad que no conduce a nada,
te propongo una tregua».

El aroma a alcohol golpeaba el aire bajo un techo desconocido. Tenía la boca seca, la sensación vertiginosa del mareo, el estómago rabioso y el hígado triste. Me descubrí acostado en una cama grande, con vómito en mi camisa de seda fría, y miré hacia un lado: Ana dormía, igual que Manuela y Sandra, yo en el centro de ese cruce de piernas, tufo y desorden. Desgraciadamente estábamos vestidos. Con movimientos tortugosos me levanté tratando de no despertarlas. Tambaleando la angustia salí por el solar de la casa, con la mirada borrosa llegué a la cañada y contaminé sus aguas con un líquido verdoso-amarilloso-blancoso de poseído, me limpié la boca con la punta de la camiseta y seguí caminando lerdo, cada paso una lucha y cada respiro un ahogo. Dolía parpadear. Era tal el desubique que, sabiendo donde estaba, no sabía dónde estaba. Con un desasosiego más grande que el de Pessoa y con aquella inconformidad del alma y del cuerpo llamada guayabo, llegué al pie de la loma: una calle empinada a cuarenta y cinco grados, había que subirla con la cantaleta que el sol me echaba en la nuca. Escalé despacio esa infinita pared de cemento haciendo estaciones en las aceras para que entrara el oxígeno a un cuerpo frágil y con el estómago en protesta. Los vecinos que vaciaban una terraza me miraron con reproche, como si hubiera cometido una falta grave. Ojos de decepción. La perra Canela me vio con desdén y lástima. Entré a la casa. Mi mamá estaba dormida por la sabia elección de no madrugar los domingos y mi papá estaba en el trabajo por el placer de recibir el pago de las horas extras dominicales. Inocente, creyendo que ellos no sabían de mis farras, me metí bajo la cobija y

morí por diez horas. A las cinco de la tarde el ruido del televisor me despertó con la serie *De pies a cabeza*.

***

El equipo de La 50 tenía a dos imberbes de las inferiores del Nacional, por eso se sentían superiores a nosotros. Yo estaba en el subsuelo futbolístico, en las inferiores de las inferiores más inferiores del equipo de Primavera. Ellos dominaban la pelota con los pies mejor de lo que yo la dominaba con las manos. La cancha en realidad era una calle ancha al frente del hospital. Un día la pintaron y quedó lista para jugar seis contra seis. Los arcos eran esos pequeñitos que en el mundo gomelo llaman banquitas. A pesar de eso, era el mejor torneo de microfútbol calle de Medellín. Aunque los equipos traían jugadores de otros barrios, La Fania había quedado bicampeón los dos años anteriores y había dejado rumiando resentimiento al combo de la 50. Por eso trajeron a dos pelados que ya casi jugaban fútbol profesional. Tengo presente el día que uno de ellos hizo una jugada mágica: el balón le llegó por el aire, como si fuera una felpa con velcro lo pegó al pecho, dejó que se deslizara pegadito al cuerpo hasta llegar al pie derecho, con un sutil movimiento lo elevó y por encima de un jugador dibujó una curva de plano cartesiano, recibió el sombrerito al otro lado, como si tuviera una cuchara con pega en el pie, el balón se aferró al zapato, la dejó acariciar el piso y remató al arco de zurda. El arquero no se movió para no perderse semejante golazo. Fue tal la ovación que las

enfermeras, los médicos y los pacientes asomaron las cabezas por las ventanas del hospital.

Nosotros teníamos buen equipo gracias a que yo era suplente. Mi talento para el fútbol era de estrategia. El plan consistía en quedarme en el banco y entrar si alguien se lesionaba o si había que repartir guayo; la brusquedad es el recurso de los torpes. Además, yo era un tronco optimista y hambriento, me hacía adelante para comerme los goles, hacía un chiste y perdonaban mi pésimo dominio del balón. Era el hijo bobo del equipo, o mejor, el hijo neurodiverso, aquel jugador que todos saben que no hará nada, pero hay que tenerlo ahí, era la cuota de inclusión. Un tronco mimado que todavía treinta años después siente vergüenza de lo que hacía a los doce años y aún no jugaba en La Fania. Lo sacaban: rompía el carnet en la cara del técnico y salía para la casa renegando. Después de la pataleta, como su primo era el DT, le hacía un nuevo carnet para el siguiente partido. Aquel inmaduro espectáculo lo hizo más de tres veces. Eso era antes; en La Fania, el papá de Manuela no permitía esas niñerías. Yo era un comodín y el equipo era de jugadores más grandes. Fueron incluyendo a los jóvenes por aquello del cambio generacional. Mi participación estratégica era burlarme de los jugadores de los otros equipos para desconcentrarlos: Corre más una loca en chanclas; Caele, que ese es un tronco para hacer unos muebles; Le dicen escombro: donde lo pongan estorba; Le dicen abeja: un pique y se muere; no pelea una herencia, Dale, dale, que ese defensa tiene barriga Pantene, mucha panza y poco pene. Los rivales, ofendidos, aprovechaban cualquier oportunidad para tirarme balonazos y, cuando no me daban, comenzábamos a gritar: ¡Tiene rabia, va a llorar! ¡Tiene rabia, va a llorar! La mayoría no tenía la

fuerza emocional para lidiar con el matoneo, entonces se hacía expulsar por una patada de impotencia. Eso sí, muchas veces me cantaron los goles en la cara: ¡Golazooo, maricón, para que sigás hablando mierdaaa!, gritaban apretando el puño. En ese momento no sabía qué responder. Horas después llegaba a mi mente la respuesta. Con el tiempo he tratado en vano de disminuir esa lentitud de mi cerebro.

El rival de La Fania en la semifinal se llamaba Tico. Un buen equipo conformado por adultos y uno que otro joven; la falta de energía se equilibraba con experiencia. El partido empezó caliente: uno de Tico le pegó una patada a Guri Guri. Salomé cuchicheó que era un carrito, un mandadero de la 50. A pesar de la frescura que soplaba el viento de sábado en la tarde, hacía calor. Gritos, patadas, túneles, gambetas. Los de Tico hicieron un gol en el primer tiempo. En el descanso, el técnico, el papá de Manuela, daba instrucciones, La Chiva tomaba agua de las bolsas que Oscar tenía guardadas en la silla de ruedas, Juliana les ordenaba que cayeran más duro, Beni tomaba Moresco relajado, Manuela le secaba el sudor a Juanito, le pasaba la toalla y le servía el manchatripas de la jarra, yo moría de envidia mientras calentaba. Un suplente debe estar a punto por si lo requieren para salvar el partido. Todos discutían la táctica: que había que mejorar, que pasamela más rápido, que no te engolosinés con el balón, que ojo con ese zurdo de la punta derecha, que pilas con los remates desde lejos, que cuidado con subirnos y dejar al arquero solo, que vamos con toda, que esto se gana, que metámosle güevas pues.

Arrancó el segundo tiempo. Tensión, nerviosismo. La Fania jugaba mal, desconcentrada, un balón pegó en el palo, el reemplazo de

Fruco tapó dos bolas que iban para gol, yo gritaba cosas a ver si los sacaba del partido, pero nada, los de Tico estaban enfocados. De pronto, una ambulancia llegó al hospital y pararon el juego, bajaron a un herido, como buenos noveleros corrimos a ver quién era, pero no era conocido: Yo creo que llegó muerto, comentó alguien; Esos huecos eran de changón, concluyó otro. Cuando la ambulancia se fue, continuó el juego, y como si les hubieran inyectado la sangre del herido, La Fania se montó en el partido buscando el empate. Íbamos por la épica. Faltaban diez minutos para que se acabara cuando Guri Guri le pasó el balón a La Chiva: se sacó a uno, se sacó al otro y le lanzó una bola larga a Beni. Entre los gritos de ánimo y desespero de nosotros, con tranquilidad pasmosa Willy paró la pelota con el pie izquierdo, remató al arco y el balón le pegó al arquero en la mano. ¡Penal, penal, penal!

El empate no fue suficiente. La Fania seguía encima con vehemencia. Un jugador le dio un cariño en forma de patada a Guri Guri. Pidió cambió para que le pusieran hielo. Me miraron todos. Por fin entré a jugar con la actitud propia de los calidosos para el fútbol: echándome la bendición, saltando, estirando los pies y moviendo el cuello a lado y lado. Soñaba con hacer el gol del triunfo. En el primer balón, un jugador me empujó y cuando caí al piso se levantaron las risas de los hinchas, los jugadores, el árbitro, los médicos, las enfermeras, el conductor de la ambulancia y hasta el muerto. Fue el desquite del gordito de la barriga Pantene. El partido era a otro precio. Necesitaba enfocarme en el juego, en la victoria. Yo tenía un buen remate, si veía la oportunidad le pegaría al arco y golazo. Alzarían mi cuerpo en hombros por toda la cancha, sería el héroe de Primavera, Pelé en el 70, Maradona en el 86, Porkis en el 97. Fue

entonces cuando Manuela me gritó: ¡Porkis con toda! Eso me descuadró, me puse a fantasear con ella, con sus ojos, su pelo, que al final del partido me diera Moresco y me pasara la toalla. Pero no, lo que pasó fue que la bola de grasa del otro equipo me hizo un túnel dejándome en ridículo delante de mi hinchada, y como iba solo para el arco, no vi otra opción: le hice zancadilla y la tonelada cayó al piso, tembló la calle, y después temblé yo cuando vi venir a sus compañeros a pegarme, mi equipo me defendió, se armó una trifulca, se metió gente del público, puños van, puños vienen, gritos, insultos. Me golpearon la cabeza, me mancaron el muslo, alguien me rozó la nariz y comencé a botar sangre. Expulsado salí mirando al cielo para detener la hemorragia. Ana, la mamá de Rubén, me pasó un trapo y sentado en mi vergüenza vi los cinco minutos que faltaban. Por lo menos evité un gol y aporté espectáculo al juego, les decía; Yo trabajo para la tribuna. Manuela se acercó para darme ánimos: Ay, Porkis, usted cómo es de malo. Eso dolió más que los golpes. Dos minutos más tarde, La Chiva cumpliría el sueño que el destino tenía escrito para mí: recibió el balón y desde lejos hizo un tiro rastrero que entró por una esquinita del pequeño arco de los Ticos. Ganamos el partido dos a uno. La Chiva fue cargado en hombros: Pelé en el 70, Maradona en el 86, La Chiva en el 97. Pasamos a una final que nunca hubo, pues al día siguiente, en la otra semifinal, mataron a un jugador en pleno partido.

La celebración fue en el solar de la casa de Las Abuelas. Después del partido me bañé y lavé las heridas del cuerpo; las del orgullo siguieron mugrosas. Mi autoestima aumentó un poco al verme al espejo con la camisa de seda fría vinotinto que me había comprado mi mamá después de mucho rogarle y con el corte de plancha que

me había hecho Pastora, la peluquera. Salí de la casa rumbo a la celebración con la expectativa de mostrar mis nuevas dotes de bailarín aprendidas con Salomé.

***

Confundido sin rumbo fijo, voy caminando, oh, oh… Nooo, Porkis, relájese, mueva la nalga, deje quietas las rodillas, el hombre es el que lleva a la mujer, ojo pues, mijo, una mano en la cintura y con la otra le agarra la mano a ella, con cada movida es como una orden para ella del paso que sigue, ¡no mire al piso! Mire al frente, déjese llevar. Noo, pilas, mueva ese culo pues, pero tampoco tanto, eso, por ahí, deje la payasada… *Se ha marchado, no me ha dejado más que recuerdos de amor, que no logró olvidar...* Un, dos, tres, un, dos, tres, uno de nuevo, otra vez, no me pise, cuidado, escuche la música, tranquilo, mire al frente, no haga muecas, empecemos de nuevo, un, dos, tres, un, dos tres. Ja, ja, ja. Porkis, usted es un caso perdido, consiga plata o tenga verbo, mijo, porque una mujer no le va a parar bolas si no sabe bailar, se burlaba Salomé mientras yo me sentaba en un taburete, decepcionado por mi mediocre motricidad, agotado y, como la canción, *confundido…*

***

En aquel tiempo estaba en furor el Brandy Domecq, así que juntamos nuestro exiguo presupuesto en una vaca y dio para una

botella. Ana era la encargada del asado. El equipo de sonido tenía una bandeja para cinco cds que el papá de Manuela presumía porque hasta ese momento solo habíamos visto uno de tres. Era mágico ver cómo salía la bandeja del interior del aparato girando sobre su propio eje: poníamos el CD, apretábamos la tecla *eject* y se metía solita de nuevo al interior del equipo. Muchas veces le dábamos *eject* y *eject* y *eject*, solo para ver la bandeja entrar y salir. Alguien trajo un CD del concierto en vivo de Gilberto Santa Rosa en el Carnegie Hall y le dio *play* a «Perdóname», una canción larga que canta de memoria una generación entera.

Guri Guri conversaba con La Gorda, después se perdía un rato para visitar a Catalina y yo me quedaba entreteniendo a su chica con mis inseguros pasos de baile. La Chiva y yo trovamos un rato y logramos fervientes aplausos al burlarnos sin piedad de los defectos de muchos habitantes de Primavera. Tomar alcohol hacía que perdiera la timidez y me dejaba fluir unos versos fascinantes, producto de la liberación del occipital. Aunque tomábamos al mismo ritmo, La Chiva no perdía el dominio del habla, el equilibrio y la compostura. El tío de Willy, Jerry, un hombre mayor que nosotros, se perdía por ratos con él y regresaban frescos, sin asomo de alicoramiento. Ustedes dónde estaban. Por allí haciendo una vuelta, respondía mi amigo con cara de no pregunte.

Me habría quedado bailando con La Gorda en lugar de ir a donde nadie me había llamado. Ellos bajaron por las escaleras en dirección a la quebrada. Los seguí. Buscando la oscuridad se hicieron detrás de un muro de ladrillo. Los vi y regresé a la fiesta perturbado. No sabía qué hacer: si contarles a todos o quedarme callado. Le conté a

Beni y confesó sin sorpresa que eso era cuento viejo. Con razón dura tanto bebiendo, pensé.

Tímido, invité a bailar a Manuela. Me ofrecieron un trago. Los ojos de ella y el ínfimo logro de beber y bailar sin perder el paso me hicieron olvidar por un momento lo que había visto entre mi amigo y Jerry. Pero la noche tenía más sorpresas para mí: No la zarandee mucho, Porkis, gritó Sandra mientras repartía carne en una bandeja. Santarrosa seguía sonando: *Quien te está hablando se rindió, perdió todas sus fuerzas.* Manuela sonrió. Ni que estuviera embarazada, le respondió a Ana con sarcasmo. Se rieron. Me vi en la mitad de una comedia en la que no entendía el chiste. La mujer de mis pesadillas amorosas estaba embarazada de otro, al parecer, y yo era el único ignorante; mi mejor amigo consumía perico y yo tampoco sabía. En efecto, en aquel micromundo solo era un bufón requerido para la recocha, pero en los temas importantes, en lo íntimo, en las complicidades personales no tenía participación. Sentí que tenía cinco años, que era minúsculo, que no estaba a la par de los amigos de mi edad. Siempre me pasé la vida tratando de encajar, de pertenecer, de hacer parte de algo y esa noche no era parte de nada, como un extranjero en mi propio mundo. Entonces, buscando reconocimiento y aceptación, vino la debacle: Quién es capaz de tomarse este vaso llenó de brandy, preguntó Willy en broma. ¡Yo! Sin darles tiempo de nada me tragué el contenido del vaso metálico completo. No supe más. Pantalla en negro*. Si acaso te ofendí perdón, si acaso te fallé perdón, pero ya no aguanto esta situación…* Me dijeron que seguí bailando un rato, que incluso bailé muy bien… merengue, salsa, porro y vallenato; que me puse pesado con Óscar y casi lo tumbo de la silla, que le dije a Manuela que la quería pero

que ella no me daba ni la hora porque yo no tenía plata, que era una interesada a la que solo le gustaban los pillos porque tenían moto y que como yo era un peladito juicioso no llegaba a su nivel, que ella me miraba como: a este bobo qué le pasó. Que en esas se metió Juanito y lo insulté, que le dije: Pirobo, venite pues y nos damos duro, que me burlé de su físico, que lo desafié, que sacó la pistola y me apuntó, que todos se asustaron, que me iba a matar. No lo dejaron, le decían que yo estaba borracho y que no me parara bolas, pero que yo no ayudaba y les decía con cara de poseído: Déjenlo, que se venga a ver si es tan bravo esta gonorrea. Gracias a Dios ellos no lo dejaron que se me fuera. Manuela lo llevó para una pieza y Beni me pegó cachetadas a ver si reaccionaba: Calmate pues, marica. Dijeron que me puse a llorar la borrachera en un rincón y con lágrimas le pedí perico a Jerry. La Chiva dijo que yo estaba hablando mucha mierda. Me dejaron ahí sentado en un banquito de madera hasta que el cansancio me ganó, y ellos, como pudieron, acostaron mi pobre humanidad agobiada y doliente en la cama de alguien, en la que desperté al otro día con la boca seca. *Y esta noche en Carnegie Hall vine a pedir perdón.*

«Se ha escapado un angelito.
Miren donde va,
volando se ha ido
aquel viejo amigo,
a la Virgen fue a adorar».

Vos para qué guardás esos cuadernos del colegio, le pregunta ella. El narrador los conserva en una caja de cartón que tiene con cinta distinta por cada trasteo. Una vez al año mete la mano en el hueco donde los tiene. Huelen a viejo. Les quita con cuidado los bichos aplastados entre las hojas, acaricia las portadas, pasa el papel suavecito, con cuidado, como si fueran una primera edición de *Cien años de soledad*. Cuando empieza a estornudar va por el tapabocas y pone música como una señal de no molestar. Ella pasa, mira y sonríe por verlo como un niño en cuerpo de adulto, con esos cuadernos viejos y acabados. *Se ha escapado un angelito, mira donde va, volando se ha ido*… Reniega; a un cuaderno se le está cayendo la portada. Revisa anotaciones, se burla de su letra, a veces es muy organizada, tienen los títulos en rojo y el desarrollo en azul, identifica el estado de ánimo por el tipo de letra. Le fascinaba estrenar cuadernos. La sensación, el aroma, ver las hojas vírgenes, pasarles los dedos por encima y sentir la textura lisa, casi prístina, es la misma que tiene al abrir un libro nuevo. *Mi mente no captaba el porqué de esa visión…* Saluda a los profesores del bachillerato. Hace como si hablara con ellos: Onel, cómo eras de jodón, pero te gané la materia... Irene, querida, qué te ibas a imaginar que iba a dedicarme a escribir… Rigoberto, orejón, Dumbo, viejo sindicalista, mirá que sí me pude graduar, ¡en tu cara! Y así les va dando una repasada a las clases, a los profesores, a la educación que le tocó. Ve los ejercicios de matemáticas, trigonometría, física y química y no tiene idea de cómo los hizo. Ahí está el cinco en letra roja. La llama a ella para mostrarle que era inteligente y la vida lo volvió bruto. Ella

mira con complacencia y se va, le interesa, pero no la emociona; esto de ver los cuadernos del colegio es una práctica pasada de moda. Un plan nostálgico. A ella le gusta el presente. De pronto, el narrador ve una frase escrita en el cuaderno de Sociales que dice «No hay nadie en mi pupitre, 1997». Le cae de golpe un recuerdo escondido en el rincón del desorden de la memoria. Aterido suspira. Ella no se da cuenta. Cierra el cuaderno con un golpe seco, el polvo del pasado sale y se pierde en el presente. *Nadie se atreva a llorar, dejen que ría en silencio…*

***

Cuando volvía del baño él estaba sentado en mi pupitre. Parate pues, que esa es mi silla, ome, le decía. El que se fue para Barranquilla perdió su silla, y miraba para otro lado haciéndose el de las gafas. Cuál Barranquilla, ome bobo, estaba en el baño. No se inmutaba. Al contrario, se burlaba y seguía sentado como si nada. Me daba una furia loca, me ponía rojo y lo empujaba. La gordura lo favorecía. Parate pues, ome. Los ojos del salón se clavaban en nosotros. La profesora agitada me obligaba a sentarme en otra silla, adelante, al frente de ella, donde se sentaban los sapos, los lambones y los miopes. Él se reía y hacía muecas. Yo le hacía la señal de los dedos en forma de círculo en la nariz y movía los labios sin emitir sonido: Pi-ro-bo. A partir de ahí me la pasaba mirando para atrás, esperando a que en cualquier momento se levantara. Le va a dar tortícolis al caballerito, decía la maestra. Entonces el ladrón de mi puesto aprovechaba para decir: Es que está enamorado de mí,

profe, hay que entenderlo. La carcajada grupal producía una onda tan fuerte que movía la cartelera de los cumpleaños que estaba colgada en la pared blanca del salón. Mi esperanza era que le dieran ganas de ir al baño. Pero él no tenía vejiga, se quedaba ahí sembrado, riéndose, y preguntaba: ¿Usted qué hace sentado por allá tan lejos? Derrotado metía mi cara de furia en los cuadernos. Eso pasó muchas veces. Lo hacía solo para joderme la vida, como lo hacen los amigos. A la salida de clase agarrábamos para la casa juntos, como siempre, después de jodernos la vida, como lo hacen los amigos.

Un día te pasaste de un barrio a otro sin permiso. Final del juego. No volviste a quitarme la silla.

«Fue criado como los demás
con mano dura con severidad,
nunca opinó».

La Chilindrina era un travesti de la 50. Se llamaba Simón y bailaba porros con elegancia: daba vueltas como si fuera un trompo suspendido en el aire, hacía el enlace, las quintas y el ocho perfectos. En los bailes, el público le hacía corrillo para verlo zarandear a las mujeres sin mirar el piso, con su espalda recta y los ojos al horizonte. Tenía una peluquería, era el marica más conocido y respetado del barrio por su personalidad, carisma y, a veces, por ser el tío de Bobby.

Juanito, atragantado de rabia y pepas, subió hasta el billar y, sin pedir permiso, sin asco y vergüenza alguna, le puso tres tiros en la cabeza a La Chilindrina, que estaba jugando cartas con unos amigos. Después de dejar a su víctima con las cartas en la mano y sentada en una silla Rimax chorreando sangre, Juanito se metió la pistola en la pantaloneta y salió caminando sin afán, despacio: quería que todos supieran que había sido él, que había dejado el mensaje claro. Pudo haber escrito una nota y tirarla por debajo de la puerta de la casa de Bobby: «Si sigue así, mato a su tío», «Hagámonos pasito», «Me hace el favor y me paga el carro y me pide disculpas por lo de Fruco, gonorrea hijueputa» o «Dejemos esto así, que nos vamos a terminar matando». No. Para Juanito, el poder se obtenía repartiendo miedo, así lo habían criado, con insultos y a lo maldita sea; en su imaginario, la autoridad se exigía mostrando los dientes como los perros bravos, así se lo había hecho sentir su papá desde niño al son de la correa. Decidió dar un golpe de fuerza y opinión. Matar a un familiar de su enemigo que no tenía nada que ver en el conflicto era un mensaje escrito con sangre: Yo mando, y el que se

meta conmigo la paga o la paga la familia. Bobby se negó a entender las razones; su respuesta marcó un antes y un después para la vida de mis amigos y de Primavera.

«Siento una voz que me dice: agúzate, que te están velando».

El día en que lo iban a matar, Guri Guri se puso una camiseta blanca que decía YOU, un jean que resaltaba la doble costura, se roció Lapidus en el cuello, detrás de las orejas y en el pecho, y quedó con un aroma amaderado, una leve fragancia a piña, miel y tabaco que le daba un toque adulto del que carecía su epidermis quinceañera. Se despidió de Ana, su mamá, miró por entre las celosías hacia las casas de Catalina y Juliana, sus dos mujeres, a ver si podía salir tranquilo rumbo al nuevo amor. Paula C. era una jovencita que había conocido en un paseo del colegio al Jardín Botánico. La vio sentada en la manguita, hablaba con las amigas y jugaba con las puntas del pelo. Quedó fascinado. Se acercó, le pidió el teléfono con las palabras precisas, el tono perfecto y descubrió que ella vivía cerca de Primavera, por Las Mellizas. Para llegar allá había que pasar por la 50.

Inició una rutina de visitas a escondidas. Yo fui el cómplice envidioso, para que Catalina y Juliana no se enteraran. El trabajo de celestino terminó cuando pasó lo de su mamá. Nunca hizo el reclamo, pero la culpa me alejó avergonzado. Lamenté mucho no ayudarlo más con sus exigentes estrategias de Casanova, pues Catalina y Juliana vivían diagonales la una a la otra. Las dos se derretían por él, se peinaban para él, se hacían trenzas para él, se arreglaban y peleaban por él, como en aquella noche del bingo bailable en la que se me vinieron los mocos bailando con Manuela, pues, allí también, Juliana le dio en los mocos a Catalina con un gancho de boxeo al mejor estilo de Pambelé. Este triángulo de los calzones, como lo llamó La Chiva, había comenzado tiempo atrás. A

Catalina, a pesar de tener mentalmente cinco estratos más que nosotros, le encantaba Rubén, que era más pobre que ella. Un sapo con lengua larga y una princesa sin castillo. Primavera decía que ella era virgen de labios la vez se besaron jugando pico botella. A veces ella estaba en la tienda y Guri Guri compraba una chocolatina Jet a modo de juego, ella se la entregaba con una sonrisa coqueta y él se la devolvía sonriente como un regalo. No hubo terraza, escala, solar, baile y garaje en el que no se besaran. Muchas veces era yo el que hacía de campanero y, para no morirme de la envidia, fantaseaba con Manuela, imaginaba que éramos nosotros los que estábamos escondidos besándonos en el maravilloso mundo del bluyineo, actividad que consiste en frotarse la pelvis mutuamente, dando rienda suelta a una excitación que deja a las mujeres con incomodidad en los ovarios y con el básico dolor testicular a los hombres. Aquel juego oculto a voces se vio amenazado el día que apareció Juliana, quien, a pesar de tener una cara ausente de simpatía, se las ingenió para llamar la atención de Guri Guri y un día, en medio de una canción, hizo lo que yo no pude con Manuela, se lo parchó, lo besó, le chupo trompa. Así lo confesaba ella misma: Nos parchamos, ¡me lo chupé! Lo decía con lascivia juvenil y con la intención de que el chisme llegara a los oídos de Catalina. El rumor pasó de boca a oreja y de oreja a boca. La desdichada infanta al enterarse se acostó en la cama a sollozar y rompió en pedazos el álbum de chocolatinas que estaba llenando para regalárselo a Rubén el Día del Amor y la Amistad. Por eso, la noche en la que manché mis tenis, cuando Guri Guri estaba bailando con La gorda, la infanta Catalina poseida por los celos, pasó por un lado y echó gasolina en la hoguera: Aunque la gorda se vista de seda, gorda se queda, y

siguió de largo. Juliana, aludida, paró en seco su baile y con la mano derecha le agarró el pelo a Catalina: ¿Qué es lo que estás diciendo, maldita bizca? Catalina se fue para atrás debido al jalón y antes de caer alcanzó a agarrarse de un mechón de pelo de Juliana quien no se movió, debido a una contextura cultivada a base de carbohidratos y grasas saturadas. Le quedó la cara de Catalina dispuesta para el golpe final, le acertó un puño en la nariz que le reventó un cornete y la dejó en el piso sangrando por la herida. Ahora no solo quedaste bizca, sino ñata, ¡maricona!, concluyó La Gorda. Impactado por la pelea y un poco compadecido de ellas, lo que yo sentía era envidia de Guri Guri por tener mujeres que se pelearan por él, que fueran capaces de olvidar su dignidad y darlo todo para llamar su atención. Soñaba con ser el objeto del deseo. Manuela nunca peleó por mí. Las únicas peleas que yo provocaba eran cuando jugaba pico botella y la punta del envase caía en el medio de La Pecosa y La Negra: Béselo usted; No, lo tiene que besar usted; No, mija, la botella quedó más cerca de usted, ¡Béselo! Entonces, buscando la paz, yo le cedía el turno de tirar la botella a otro participante. En eso pensaba cuando en medio de la fiesta los otros corrieron raudos a socorrer a la sangrante Catalina. Juanito, con insultos y regaños, actuando como un padre con una hija, agarró de la mano a La Gorda y la entró a su casa. Sandra, la mamá de Manuela, mi suegra imaginaria, apareció con unos hielos envueltos en un trapo que recibió Catalina avergonzada, antes de salir guindada del brazo de Fruco. Ana regañó a Guri Guri por dárselas de don Juan y le reclamó: Ahora sí se pasó de la raya, vea cómo juega con esas muchachas, no me hable que estoy muy brava, Rubén, eso le pasa por perro, que no me toque, y se entró un rato para la cocina. Diez minutos y dos

aguardientes después, estaba abrazando a su hijo: Mi Rubencito lindo, mi papi, no se meta con esa gorda, que ella me lo mata, mi papi es muy lindo, por eso me lo persiguen tanto, él no tiene la culpa, son ellas las que lo buscan, él es hombre, y abrazo va, abrazo viene, trago va, trago viene, y ¡que siga la fiesta!

Rubén salió a la acera, echó un vistazo en redondo a ver si había Catalinas o Julianas en la costa y, como no las encontró, se puso los audífonos del *walkman* que le había traído el Niño Dios, la diadema un poquito más levantada para que no le dañara el corte de la plancha, le dio *play* al casete: *yo pasaría de tonto si no supiera que uno tiene que estar mosca por donde quiera,* y emprendió rumbo a su destino con el anhelo de los cálidos brazos de Paula; lo que iba a encontrar sería el abrazo gélido e irremediable de las fronteras invisibles. Otro invento de la estulticia humana, de esta raza que disfruta matándose a sí misma, de este país que ve la amenaza como la solución ulterior y la muerte como la salida definitiva.

Acarició a Canela, caminó una cuadra y entró al Hueco, atravesó con cuidado las dos tablas que hacían de puente en la quebrada, subió la manga por unas escaleras de concreto hasta llegar a la iglesia, pasó al frente de la Unidad Intermedia, que por aquellos días era territorio neutral, cruzó El plan y comenzó a pasear en zona prohibida para los habitantes de Primavera. *Agúzate, que te están velando, pero yo no me escondo del diablo, porque yo soy buena gente.* Confiado en su buena suerte, en que su familia había recibido muchas veces a Bobby y a Richie en noches de fiesta, pero, sobre todo, impulsado por la energía del amor, del deseo, del ardor interior de lo prohibido, visitaba terreno enemigo. Era una polilla volando hacía la luz. Muchos lo vieron y nadie le advirtió. Fue diferente a

esas historias en las que dicen que llevaba cara de muerte, que se le dijo muchas veces o que tenía otras invitaciones. No, nada de eso. Guri Guri iba sonriente, relajado, sintiéndose un dandi, irresistible a los ojos y a los oídos de las mujeres, y la muerte es mujer.

Mirá el traído, le indicó Bobby a Richie. Los dos estaban acuclillados, con las manos descansando en las rodillas, en un balconcito del que se podía ver hacia la calle, pero no era posible ver hacia adentro, por eso ellos lo tomaron como su oficina y faro en tiempos de guerra. No, parce, ese pelao es nieto de doña Celia, dejémoslo sano. Cuál sano, gonorrea, le respondió Bobby. Es de Primavera y nosotros dijimos que nadie de allá puede pasar pa'cá y nadie de acá puede ir pa'llá. Richie, después de decirle Calmao, espere yo hablo con él, se paró y caminó hacia Rubén.

Guri Guri tocó la puerta de Paula y esperó. Escuchó la voz de Richie y tal vez sintió un frío en el estómago, tal vez no sintió nada, volteó quizás esperando el tiro o quizás no esperando nada. Parce, usted qué hace por acá, mire que esto está muy caliente. Vine a marcar, respondió mi amigo. Pues mejor que se pierda de aquí, que está marcando calavera, usted es de Primavera y ya sabe cómo es la vuelta, le ordenó Richie. Guri Guri se sintió con confianza por lo vivido con ellos en tiempos pasados, porque ellos muchas noches habían dormido en la casa de sus tías, habían abierto la nevera, tomado de la misma jarra, se habían emborrachado tomando a pico de botella, entonces le aclaró: Parce, yo no tengo nada que ver en eso, yo ni hablo con Juanito, ni con Pedro, yo solo vengo a marcar. Paula apareció en la puerta. Richie hizo una mueca de fastidio e impotencia, sacó la lengua para un lado y se la mordió como hacía cuando estaba nervioso o concentrado. Las cosas se le estaban

saliendo de las manos, no quería más problemas, ya tenía suficiente remordimiento por lo de Fruco en silla de ruedas. Además, estaba cansado de vivir alerta, azarado, ansioso, de sentir el aliento de la muerte al despertar y al dormir, de soñar que lo mataban, de no poder sentarse a fumar un bareto tranquilo; aburrido de escuchar la cantaleta de su mamá, de las miradas del barrio que le echaban la culpa del duelo colectivo, agotado de sostener la mala energía como un bulto pesado en su espalda, y en especial, de tener que controlar a Bobby y sus arranques de cólera, que eran los culpables de esta situación en la que estaban desde que Pedro mató al Ratón. Solo quería que Guri Guri se fuera para su barrio y no tener que ser cómplice de la muerte de nadie más. Una luz de esperanza le brilló en la pupila y tomó la decisión de irse a vivir con una tía en Robledo y comenzar otra vida, era bueno para la música, quería tocar el piano, pero lo primero que tenía que hacer era salir de Bobby. Su amistad se había convertido en un problema. En eso pensaba cuando un aire caliente le vino desde atrás: era su amigo, Bobby, impulsado por un viento rencoroso guardado desde el entierro de su tío. Tal vez Guri Guri alcanzó a cerrar los ojos cuando vio venir a su asesino de frente, tal vez pensó que no debía estar ahí, tal vez su corta vida de quince años le pasó por la mente: imágenes de una infancia sin padre, de una adolescencia fecunda, de goles, de amores, de bailes, de llantos por un pollito muerto; tal vez nada de eso pasó, no hay forma de saberlo. Lo que sí se supo es que mi amigo cayó en la acera de la casa de su novia con un hueco en la frente y dos en las costillas. Paula gritó. Bobby la silenció en secó con un: ¡chist, maricona! Richie, resignado, dio media vuelta y salió caminando rápido, perturbado, seguido por su amigo, el asesino que

excusaba su demencia: Estamos en guerra, parcero. *Huye, que te están cazando, agúzate, que te están velando…* La mamá de Paula salió a consolar a su hija, que lloraba encima de mi amigo, el olor a Lapidus se mezcló con el olor a sangre y a pólvora, la novia le cerró los ojos a mi parcero, ojos que no verían al hijo que esperaba Catalina, que dejaron a una madre sola y que nunca pudieron ver al Medellín campeón. Por eso yo, en el 2002, cuando terminó el partido en Pasto y el Deportivo Independiente Medellín logró su tercera estrella después de cuarenta y cinco años, pensé en Rubén, en Jose y en tantos otros que no levantaron el trofeo. Entonces, viendo a la ciudad desde mi balcón, levanté una copa de aguardiente y brindé: Por vos, parcero, salud, por vos, que me ayudaste a dar mi primer beso, que jugaste, peleaste y lloraste conmigo cuando se nos murió el pollo, que moriste por estupidez, el motivo más común, y por amor, la excusa más loable para irse de este mundo. Salud, amigo mío.

ANÁLISIS DEL JUEGO

«Ella va triste y vacía».

«Me tocó enterrar a mi muchacho. Primero mi marido y después mi hijo. Yo no tengo a nadie; pues sí, están mis hermanas y el resto de la familia, pero no es lo mismo. No me mire así, que es verdad. Estoy sola. Ellas tienen sus cosas. Yo me quedé abandonada. Guri Guri todas las noches me decía: Hasta mañana, ma. Y así estuviera enfiestado me llamaba de un público pa' que no me preocupara. Tan lindo. Me hace falta hasta la cantaleta que me echaba cuando me prendía, es que él era como un señor grande, ¿no cierto?

»Me hace falta hacerle su chocolatico con migas como le gustaba. Él derretía la tostada con mantequilla en el chocolate, ¿se acuerda? Hasta a usted le tocó. Y yo le decía que le iban a dar barros de comer tanta grasa. Pero qué va, esa carita morenita tan heeeerrmosa que se mandaba, no tenía ni una espinilla, por eso es que me lo buscaban tanto estas fufas de Primavera ja, ja, ja. Es que me da una putería, Porkis. Por culpa de esa muchacha me lo mataron. Ella debió decirle que no fuera, pero claro esa vaina jala mucho, si lo diré yo... Mi Rubén nada tenía que hacer por allá. Es que yo todavía no me la creo. Le quedaron unos tenis sin estrenar y dos muditas de ropa. No, mijo, no le sirven porque él era más gordito que usted».

Suspira.

«Ay, mijo, qué cosa tan maluca este vacío en el pecho, como si me arañaran por dentro con unas garras. Y ese bobo del Richie vino dizque a pedir perdón, ya pa' qué, güevón tan bobo, no sirve pa' mierda. Dizque que no pudo hacer nada. Que él peleó con Bobby por eso, que estaba mamao de vueltas y tropeles y yo no sé qué

otro montón de pendejadas. Qué va. Esos muchachos, Juanito y Pedro, son los culpables de tanta matazón y después vienen a pedir cacao. A nosotras las mamás es a las que nos toca después frentiar el corte, nos toca lo duro, enterrar un hijo y seguir pa'lante, porque qué más. Tome».

Me entrega un vaso metálico con jugo de tomate de árbol. Me pregunta si me gusta y yo respondo que sí con la cabeza, igual que en la noche aquella.

«¿Usted sí supo cómo quedó mi niño? Guri Guri quedó ahí tiradito. Se veía hasta lindo; no se despeinó siquiera. El *walkman* lo tengo de recuerdo, porque qué más. Solo quedan las cosas pa' uno recordar. Las esquelas de la pieza las guardé en una caja; me da hasta rabia verlas porque por culpa de esas mujeres fue que me lo mataron. ¿Vio? Lo que yo le he dicho, el amor solo sirve pa' problemas. Míreme a mí. Lo que yo amo se muere. Eh, yo sí soy muy salada, no cierto, papi».

«Y nadie pregunta
si sufro, si lloro,
si tengo una pena,
que duele muy hondo».

Primavera mía, amor mío, he cumplido. Salí de tus calles esperando volver, pero has muerto. Ahora soy un burgués melancólico, una caranga resucitada que te extraña. El recuerdo me arrastra por el suelo nebuloso. La soledad de sentir el pasado en el presente, un tiempo que no volverá, que nadie más extraña. Anhelos de barrio. La melancolía de una juventud en la que la vida fue bonita.

El tiempo corre y el presente me desecha. Soy un vidrio a punto de quebrarse, lleno de fisuras; solo se conserva completo por una débil película. Soy atávico. No sé de qué hablan hoy, me quedé, estoy atrás. No hago parte de estas primarias ansiedades de perturbados mentales, dependientes de ese aparatito que pesa 200 gramos y que lo sabe todo. Soy de otra época. Otro lugar, otro tiempo.

«En mi época» es la expresión que utilizamos los de ayer, aceptando con resignación que hubo un tiempo al que consideramos nuestro, un pretérito perfecto: he vivido.

En mi época, cuando la vida fue, hacíamos fila en un teléfono público con las monedas en la mano. Conversar, conversar y conversar. Sentir la emoción de la llamada con la novia, dejar una razón, hacer visita o solo gastar monedas y jugar con el cable del teléfono. No quiero chatear. La forma contemporánea de evadir. ¿Qué es esto? Máquinas que les hablan a otras máquinas.

Pasado. Primavera. Época mía. Quiero la risa, tu sonrisa frente a mí, tu cara de odio, de amor, de asco, tus muecas, tu respiración, olerte, tocarte, hablarte. Si quiero conversar con alguien, que no sea por mensajes, ni emojis, ni estas falacias que reducen mi humanidad

a un clic. Este presente perezoso en el que para prender un bombillo se dice Alexa; en el que para averiguar algo se llama a Siri; para consultar una duda, se le pregunta al ChatGPT en mensaje de voz, porque hasta escribir le da "flojera". Estamos achicharrando nuestro cerebro. Por culpa de este presente de la inmediatez olvidé mis números de teléfono, los cumpleaños y las direcciones por depender de esos aparatitos inteligentes. Un movimiento leve de los dedos, como hecho por un autómata imbécil. La lengua de mi pasado es inmutable. No quiero aprender nuevas palabras traídas del inglés: *watching people, fomo, cringe, outfit, mood* y no sé cuántas otras. ¡Esnobistas! Eso existe en español: Ver gente, sentirse excluido, vergüenza ajena, pinta y estado de ánimo. Perezosos. Sí, en eso me he convertido, en un cuarentón cantaletoso que extraña el pasado en el que aprendió a amar la vida. Aquel pasado en el que tuve que inventarme todo para demostrarle mi amor a Manuela, no podía *stalkearla* por redes. Para verla tenía que pararme afuera de su casa o de su salón y esperar a que saliera, o hablarle, decirle Hola, así mis neuronas colapsaran y me convirtieran en un tartamudo, y ella me viera los cachetes rojos, la boca seca, las pupilas paniqueadas al pedirle que me diera la arrimada, que fuéramos novios, de frente. Eso era coraje. Semejante práctica de presencialidad a cualquier joven de esta generación le daría una trombosis, pero eso, por más difícil que haya sido, es la vida que fue. Nos dio carácter. No esta farsa de ahora de mandarse mensajitos, de tantear el terreno enviando una reacción virtual, un corazoncito, un mono con los ojos tapados, o comentando una publicación. O lo otro que llaman dizque reaccionar. Una reacción virtual es todo menos una reacción. Los amores del presente son cobardes. Echo de menos la época de la

valentía: buscar el teléfono en el directorio, la felicidad de encontrarlo, después, grabar la canción en una grabadora, llamar, oír su voz y poner la bocina en el bafle para que ella escuche, colgar y esperar. Aguardar a que la divina providencia hiciera su trabajo. Insistir: escribir una carta de amor, a mano, con dibujos, meterla en un sobre, y de nuevo, esperar, esperar y esperar. Tuve que morderme la ansiedad por horas, días, con la carta escrita, guardada bajo mi colchón, hasta encontrar el momento perfecto en el que pudiera deslizar mi mensaje romántico por debajo de la puerta y luego, esperar, esperar y esperar; investigar si la había leído, si le había gustado. Tener la fortaleza para soportar aquel: Imaginate que a Manuela le llegó una carta toda bonita, la leyó con Juanito y se cagaron de risa. Eso es valentía. Llorar en silencio, morder la almohada de frustración por un amor que nunca llegará. Llamar a una emisora a pedir canciones y dedicarlas. Lo de ahora es una pantomima: te sigo, te doy *likes*, te escribo, chateamos, hacemos videollamada y sanseacabó. Luego, cuando terminan, borran las fotos de las redes y pretenden que aquel amor nunca fue. Me niego a vivir este presente que les devoró su humanidad y les cambió la vida real por la inmediatez.

Este presente ansioso no soporta esperar. Yo esperé treinta años para extirpar esta historia desde adentro. Hoy lloro escribiendo cicatrices de un pasado que no perdona, como canta Blades. Lo haré mientras pueda, sollozar la memoria. Nostalgia por la vida y miedo al olvido. Cada que los recuerdos vienen, los abrazo, los aprieto fuerte. El dolor es amar un lugar que ya no existe.

La editora me dirá que este capítulo hay que eliminarlo, que nos quitará lectores. No importa, hagamos la purga. Los lectores de

ahora no soportan un libro con más de doscientas cuartillas y lo primero que preguntan es: ¿Cuántas páginas tiene? ¿Es muy largo? Perezosos. ¿Acaso eso importa? Como dice Alejandro Dolina, no quieren leer sino haber leído. Se enredan con los diferentes narradores y con los juegos de tiempo, por eso les tienen pánico a García Márquez, a Woolf, a Carpentier, a Borges, a Muñoz Molina, a Lispector. Esos no son mis lectores, le responderé a la editora. A este presente le da migraña leer una novela con más de tres personajes. Mis lectores tendrán que aguantar un libro lleno de gente, un barrio entero, y los que no, que continúen leyendo esas novelas de dos personajes y un gato, pensadas para adaptaciones al cine, porque en el septimo arte cada actor vale y una película con pocos actores es más barata. Escritores mercachifles para lectores mercachifles. Esta novela tendrá más personajes que lectores. Serán pocos los que podrán aguantar la perorata de este libro malo, medio largo y con prosa enredada.

Qué cansancio. No quiero explicar más porque falta narrar dos sucesos importantes de esta liturgia de la amistad, este baquiné de los amigos. Además, sé que tendré que hacerlo en las múltiples presentaciones del libro, una, y otra, y otra vez, hasta quedar agotado de mi propia historia. Como Narrador debo justificar cada palabra, cada capítulo, cada muerto como si yo hubiera sido el asesino. Ya lo saben: el Narrador soy yo y me puse en tercera persona para tomar distancia de este presente extranjero. Haré la labor de responder aquella estúpida y repetida pregunta: ¿cuánto de su libro es real y cuánto es ficción? Nada. Todo es ficción. O mejor, como llaman los intelectuales al género que sirve para rellenar las clases de universidad: autoficción. Es decir, mi propia realidad

inventada. Yo, jugando al creador, inventé la violencia de los noventa en Medellín, los milicianos, los sicarios, las fronteras invisibles, las muertes de mis amigos y de un barrio entero.

Solo debo esperar a que llegue el olvido. Ya no puedo sentarme en Primavera, el lugar que inventé, a jugar cartas un sábado por la tarde. Ya no es posible patear la pelota en la calle porque el miedo construyó canchas sintéticas. Dónde están los raspones, las ventanas rotas, los carros pasando, las esquirlas de vidrio en el pie por jugar descalzo, dónde está el balón que cayó en la quebrada, dónde está la perra Canela… Todo eso se ha ido, desapareció. Aquello que tú eras fue borrado por miedos nuevos. Primavera mía, barrio mío, mi juventud se fue contigo. Pasado mío. Tiempo mío. Lo nuestro es la memoria, esa tirana que me hace extrañar la vida que fui».

«Y tengo amigos, conocidos y enemigos.
Amores que me han querido
y rostros que niegan verme.
Me encontré frente a la muerte
y en sus ojos vi el sentido
y con el miedo conmigo
así yo aprendí a quererte».

—¿Usted piensa en la muerte? —pregunta el periodista.

—Todos los días. —Parece la respuesta de Diomedes en la entrevista con Ernesto McCausland.

El periodista sonríe y se le ocurre que puede lograr algo divertido, de humor negro, para sus televidentes. Algo distinto. Por eso, esperando comedia, le pregunta al narrador:

—¿Cómo le gustaría que fuera su entierro?

—Lloren si quieren —responde el narrador—. Lo que pido es que me pongan salsa y que hagan una rumba como en el entierro de Héctor Lavoe. Caja sellada, porque los muertos somos muy feos, serios y de pronto el de la funeraria no es capaz de sacar mi mejor sonrisa. No hagan como aquellos que se toman fotos con el muerto sentado en el ataúd; los muertos olemos muy maluco, si uno vivo huele mal, calcule sin vida. Entonces evítense molestias. Por favor, me creman. Con tanto muerto al lado me daría mucho susto. Además, no sabría en qué cementerio, en el San Pedro está Willy, en Montesacro está Jose, y en Jardines de la Fe, Rubén.

El periodista sonríe. Sabe que ha logrado su cometido y ahora quiere dar paso al melodrama, a la condescendencia y a la romantización de la pobreza:

—¿Creciste en un barrio popular? ¿Qué sentiste?

El narrador sabe que los periodistas están deseosos de sus lágrimas, y él, un llorón generoso, se las regala. Les comparte sus lamentos para que vendan pautas manchadas con llanto. Sabe que a ellos no les importan sus amigos. Solo el *rating*, la lágrima que

vende. La sensiblería, el sentimentalismo, la retórica del dolor. El *homo lamentus.*

El periodista se emociona.

—¿Tuviste una adolescencia dura? —pregunta.

—No, no tuve una adolescencia dura; yo fui feliz —responde—. Por eso me duele recordarla. La muerte de ellos me vino a doler después, cuando iba por ahí pensando, haciendo presentes tiempos pasados. Hombre, recordar es nuestra forma de traer a las personas de nuevo.

El periodista insiste.

—¿Te hacen falta tus amigos?

—No, no me hacen falta en este momento, me hicieron falta cuando por fin logré cosas que había soñado con ellos. Ahí es cuando hace falta la gente, cuando esperas que estén para celebrar contigo. Por eso quiero que esto acabe. Ya fue suficiente.

El periodista se sorprende. Tiene más preguntas sobre el libro, pero no quiere interrumpir al narrador.

—Quiero que arda el pasado —continúa—, no quiero seguir tapando la herida con una costra nueva, que la cicatriz del duelo desaparezca. Que arda. Mire, yo voy a morir quemado y usted va a titular así la noticia: «Muere escritor calcinado». Todo arderá. Me libraré de esta nostalgia tan maluca, de este vivir del pasado que es como desandar un camino mientras el horizonte se aleja. No quiero sentir más esta necesidad de mirar hacia atrás. Esta costumbre inútil de validar mi presente con aquello que fui. Quiero acabar este libro ya y dejar que lo que sucedió por fin muera o morir con él.

El periodista hace un gesto de desagrado. No sabe para dónde va la entrevista. Se siente incómodo, mueve su silla, se rasca la cabeza,

sonríe condescendiente, sabe que este contenido no les va gustar a los televidentes, sabe que ellos quieren ver dolencias ajenas, pero sin llegar a la desazón de la existencia. No quieren reflexionar, solo ver desde la barrera, conmoverse en la superficie.

—Sé cómo arde la carne humana —continúa el narrador—. Cuando trabajaba en la funeraria pude ver el horno crematorio a través de un vidrio un poco más grande que el ojo mágico de una puerta. El cuerpo de esa mujer empezó a consumirse por el pelo y después se contrajo como una carne frita en una sartén: explotaban pedazos de grasa. Toda la masa inerte se movía al ritmo de la candela. Carne quemada. El cuerpo se inclinó, se volteó, se sacudió en una lucha explosiva, en una danza con el fuego. Así vi aquel cuerpo por un minuto y así voy a derretirme.

El periodista sabe que esa parte la tiene que editar porque es un horario familiar. El entrevistado sigue:

—Crepitaré con mis libros; ellos arderán conmigo. Todas estas historias de mis amigos de Primavera serán cenizas y mis partículas se mimetizarán con ellas. No se podrá reconocer qué parte del polvo soy yo y cuál pertenece a los libros, yo me convertiré en *El pelaíto que no duró nada*, *No nacimos pa' semilla*, *El desbarrancadero*, *En la parte alta abajo*, *La cuadra*, *Aranjuez*, *Era más grande el muerto*, *Los amigos míos se viven muriendo*, *Rosario tijeras*, *Las vanidades del mundo*, *El cine era mejor que la vida*, *Camila Todoslosfuegos, Colección de tragedias y una mujer, Cómo maté a mi padre, La sombra de Orión*, *La conjura de los vicios*… Todos, un solo polvo.

El periodista ya no sabe cómo apagar la hoguera que ha encendido el narrador. Una entrevista leve y tranquila se convirtió en una diatriba nihilista de la muerte y la desazón. Levanta la mano

como quien pide la palabra. El narrador lo ignora y sigue con su perorata:

—Seré un recuerdo que no alcanzarán a apagar los bomberos porque para llegar hasta Primavera tendrán que atravesar la ciudad y el fuego será más rápido. Verán desde lejos la nube de humo de mi casa, la que era mi casa, la que compré para hacerla arder, y se verá la forma de un río gris hacer meandros en el cielo de Medellín, y la gente dirá: ¡Ay, gonorrea!, que es la expresión que tienen en el Valle de Aburrá para describir el asombro; y los bomberos tratarán de echar agua a lo que ya se perdió; los inútiles chismosos grabarán con celulares a los vecinos que llenarán de agua ollas, cocas y baldes para ayudar. Mientras tanto yo estaré dentro deshaciendo mis pasos en esa casa que amé, entre los libros, los casetes viejos, los vinilos de salsa que me cobijan como un helecho al marrano en diciembre. Ahí voy, Dios, a ver si de verdad hay cielo, ahí voy, amigos, a ver si es cierto que nos vamos a encontrar, ahí voy, parceros, ya no aparecerán en mis sueños, lo que éramos no volverá jamás porque el recuerdo que yo era morirá. Ese será el final de la historia. La vida me tuvo añorando una época hasta encontrar las palabras para contarla. Adiós. No es más.

—Muchas gracias por la entrevista —alcanza a decir el periodista mientras el narrador se quita el micrófono, se despide y se va.

«Y esa risa no es de loco; se están riendo de mí».

Hay muchas formas de morir. Una de ellas es renunciar a la vida, seguir respirando sin el mayor interés en lo que pasa. Abulia. Creo que eso fue lo que sucedió. La Chiva estaba demacrado, sucio, con la ropa raída y descalzo. Un nazareno, diría mi abuela. Su cara parecía veinte años mayor que la mía, y eso que tenemos la misma edad. No lo veía desde nuestra adolescencia, por eso estaba inseguro de reconocerlo. Nos alejamos después de lo que pasó con Jerry. Don Ismael lo echó de la casa y Jerry se fue del barrio. Los papás de nosotros nos prohibieron su amistad porque Primavera les contó a todos no solamente del consumo de drogas, sino de su relación de amor con Jerry, que para mí era una maricada, pero para la godarria doble moral del barrio era un pecado de excomunión. Mi amigo, Jhonny, el maestro de la risa, fue víctima del ludibrio y la discriminación de los que yo participé.

Ahora que iba en el carro confirmaba, incrédulo, lo que había dicho con lástima mi papá: que a La Chiva lo habían visto por La Minorista y por la iglesia Metropolitana raspando los ladrillos, consumido por el bazuco. Lo vi caminar descalzo con un palo en la mano por el centro de Medellín, con esa mirada ausente de quienes perdieron el porvenir en el espejismo de la alucinación. Hice parar el carro: Orillate, orillate. Me bajé y salí corriendo detrás de aquel hombre de la calle. Parcero, oe, oiga, lo llamé. No respondió. Oiga, ¡usted!, le grité. Tuve que hacer uso de mis reflejos para esquivar el palazo que venía hacia mi testa. ¿Qué pasa, gonorrea? ¿Le debo? Me preguntó amenazante. Calmao, calmao. Puse las manos arriba de los hombros. ¿Usted se llama Jhonny? Abrió los ojos y volvió a

amenazar con el palo, pero esta vez en forma amigable. La Chiva, a usted le decían La Chiva, ¿sí o qué?, pregunté protegiéndome la cara con las manos de un posible golpe. Me miró fijamente, bajó el palo, me sonrió, dio media vuelta y voleando el bastón como un acto de Charlot se fue cantando: *yo, yo, yo, creo que voy solito a estar cuando me muera…*

«Están cayendo
hojas blancas en mi cabellera
por los años que han ido pasando,
la experiencia sigue madurando».

En la tienda de Andrés hay unos señores jugando cartas. Es domingo al mediodía.

—Bueno, usted quedó con 80, yo estoy en 75 y don Gilberto en 95.

—Ah, estoy jodido. Solo puedo llegar completo y con este juego le veo más futuro a este Gobierno.

—Ah, es que ese gordito Samper solo sabe contar chistes.

—Y apoyar narcos.

—Y milicianos.

Toma un trago de aguardiente y lo pasa con agua sin soltar el manojo de cartas.

—Chito, hombre, que las paredes tienen oídos.

—Ahh, pero eso lo sabe todo el mundo, hombre, Roberto. Acá en Metrallo había más de mil milicianos.

—Yo creo que hasta más.

Sirve una copa de aguardiente y toma.

—Ah y entonces qué hacíamos, ¿dejar que esto se llenara de bandidos?

—Pero si los mismos milicianos antes eran guerrilleros, paras o pillos. Son la misma cosa. Sicarios pagados.

—Coja la carta o arrastre. Mucha carreta y poco juego.

Le da una calada al cigarro.

—En el periódico se dice que les entregaron armas, uniformes de dotación, camionetas y un sueldo de ciento cincuenta mil pesos mensuales.

—Ah, con ese sueldo yo me hubiera vuelto miliciano. Andrés, ¿tenés naranjita picada?

Un jugador toma un trago de aguardiente. Otro fuma y bota el humo hacia arriba para no echarlo a la cara de los compañeros de juego.

—Los curas, los políticos y mucha gente como usted estuvieron de acuerdo con eso.

—Pero eso sirvió para acabar con tanto soplador y vicioso, ¿o no?

—Ah, no jodás, cómo vas a decir eso. A este barrio lo abandonó el Estado.

—Era necesario.

Un jugador toma un trago de aguardiente.

—¿Necesario matar gente? Nombe. Ahí están pintados ustedes los godos. Tome ese diez para que se componga.

Andrés sale con un plato con naranjas picadas y lo pone en la mesa.

—¿Godos? Pero si los «Servicios especiales de seguridad privada» los crearon liberales, el presidentico de la voz de flauta, el mariquita y el elefante del Proceso 8000. Ahí le dejo ese dato.

—Y qué me le unta al gobernador de Antioquia.

—También era liberal.

Toman otro trago y chupan naranja.

—Ah, está buena esta naranjita… Oiga, pues sí, todos son una manada de ratas. Liberales y conservadores y el pueblo… como yo en este apuntado: jodido.

—Pues va a quedar más jodido. Toco. Jálense una carta.

Gilberto saca una carta del manojo de la mitad.

—¡Adivinen! Yo sí soy muy de buenas: me jalé el nueve que estaba esperando.

—Solo queda confiar en Dios.

—¡Oigan a mi mamá! A este pueblo Dios lo dejó en manos de los doce apóstoles.

— Ja, ja, ja,

— Ja, ja, ja.

—En fin, señores, como dijo Álvaro Salom Becerra, al pueblo nunca le toca.

—Sí, le toca, le toca recibir bala, ¡salud!

—¡Salud!

Brindan, toman un trago y hacen mala cara.

—Si me gano este apuntado, los invito a media.

—Yo sí me les voy. Siquiera me echaron porque voy pa'l estadio.

—Vaya a sufrir.

—Hoy tenemos que ganar para entrar a los ocho. Andrés, anotame ahí los dos aguardientes, que yo te pago en la quincena. Suerte, señores.

«La sonrisa que hay en mí
son las penas que ahora llevan otro nombre,
porque sobre mi dolor he levantado
el amigo que hoy pueden buscar en mí» .

A los quince años no tuvo quien le explicara lo que sentía y por eso decidió guardarlo. Luego conoció la literatura. El primer cuento que escribió fue sobre la muerte de Beni, sobre las hipótesis y los chismes que inventaron. Dias después del asesinato de Willy, su amigo, casi se ahoga con la papa del almuerzo, cuando el comandante de la Policía salió en el noticiero de Teleantioquia, diciendo, en ese antisexi acento castrense, que iban a abrir una exhaustiva investigación, pero que todo apuntaba a enfrentamientos de bandas. ¡Desgraciados! Cuáles bandas. No, no dijo «desgraciados», esa no era una palabra utilizada con frecuencia en Primavera, ni a esa edad, fue más bien un: ¡Pirobos! Todos sabemos que fueron los milicianos y que los tombos pasaron después a recoger a los muertos, pensó. Se subió a la terraza de la casa para que su mamá no lo viera llorar. Se desquitó con el balón haciendo chutes rabiosos contra el muro del vecino hasta que el balón quedó enterrado en un clavo y expulsó el aire que lo mantenía vivo.

Dicen que el cerebro recurre a la disociación y esconde los malos momentos para protegerse. Como quien barre por donde pasará la suegra pero ella al levantar el tapete ve la mugre. Esa rabia contenida mutó a resentimiento y luego a nostalgia y ahí saltó a una melancolía que se destapaba en cualquier momento: en una entrevista, en una borrachera, en una cita romántica, o como aquel día que terminó llorando en la sala de juntas de una empresa delante de unos clientes y sin saber por qué. Una de las directivas, incómoda, le pasó un vaso con agua mientras él relataba entre sollozos que los milicianos habían matado a su amigo. Nunca supo

cómo la conversación llegó a eso. Así se le iban saliendo los pesares, así sigue pasando cada que escucha «Así soy», «Monín», «Los bailaderos», «Tiempo pa' matar», «Barrunto», «Como nosotros», «Cuna Blanca» y «Mi desengaño», se ahoga en recuerdos y lo agarra una vaina maluca de una época que desapareció y de un duelo que nunca ha entendido cómo tramitar porque no sabía que a los amigos los mataban.

«Y cuando nadie escuche, mis canciones ya viejas
detendré mi camino en el pueblo de Hatillo y allí moriré…».

Cuando murió el único de nosotros que estuvo ahí fue Jhonny. Le sostuvo la cabeza para que el cuerpo, que ya no era él, se sintiera mejor en su regazo. Le acarició el pelo y le rogó: Parcero, no te murás. Pero él no lo escuchó. Le acomodó la mano encima de la barriga para que pareciera que había tenido una muerte serena. Lo sé porque me lo contó una y otra vez, y otra vez, y otra vez, como para probar si de tanto contarlo se lo creía, y como yo no respondía nada, de nuevo me lo contaba, sentados en la acera de mi casa mientras la gente entraba y salía del velorio. No quise entrar. Estuve callado, con las manos metidas entre las piernas y a veces jugando con un palito en el agua que bajaba por el borde de la calle. Lloraba por dentro la putería. Llorando como uno más en la década de los noventa. En mi época, Medellín era la ciudad de la eterna balacera y todos perdimos a alguien. Yo perdí a Beni, a Payaso, a Juan, a Rubén, a Jhonny, al Topo, a la Mica, a Héctor, a Mincho, a Giovani la Uva, a Luis Carlos, al primo Jorge y a Diana la Mona. No alcanzaron a pasar de las veinte primaveras, no vieron al Medellín campeón y a los hijos que tuvieron. Se los llevaron la guerra entre combos, la ignorancia, la pulsión de muerte, los paras, la guerrilla, el Ejército, el F2, el DAS, las Convivir, los grupos de limpieza, los milicianos ilegales, los legales y patrocinados por el Gobierno llamados COOSERCOM, la Cooperativa de Seguridad y Vigilancia creada en el año 1994. En medio del cruce estábamos nosotros. Ya no solo eran los pillos, sino los grupos de exterminio social, eh, perdón, de limpieza social. La expresión que mejor refleja la decadencia humana; la gente vista como basura, desecho que hay que limpiar

con la pedagogía del fusil; la didáctica de changones vestidos de uniforme azul: una mezcla entre portero de centro comercial, policía bachiller y bandolero. Ellos fueron los que mataron a Beni. Sí, posiblemente no estaba cogiendo café, pero lo mataron. Contra ellos enfoqué mi rabia, mi lamento silencioso. Como no tenía un arma para cobrar venganza y mucho menos el coraje para hacerlo, la cobardía me pudo. Quedé vivo. Es mejor que digan aquí corrió que aquí cayó. Pues yo me callé muchos años esta bilis de furia contra esos infames asesinos que se llevaron a mi amigo y la guardé por dentro. Dejé que la vida les cobrara, que los pusiera a vivir como se merecían. Desconfiados, azarados, drogados, empepados, rumiando sus culpas, escondiendo penurias, bombeando amargura en lugar de sangre, con una vida triste, muertos por dentro, acabados en vida, así como acabaron con Primavera. No faltará el que se sienta orgulloso todavía. Decidir sobre la vida de otro es jugar a Dios y eso atrae a las mentes débiles y con la autoestima en el culo, me confesó un asesino alguna vez. Yo no sabía eso cuando estaba sentado en las escalas de mi casa con el velorio de mi amigo al frente. Aquel día era un doliente más; estaba vivo de milagro, por el azar, por la suerte que tuve de no ir con él esa noche, y la vida me tiene acá años después con ellos todavía metidos en la cabeza. Este es mi relato. Mi parte de la verdad. La verdad es una historia subjetiva. La memoria falla. Revivimos fragmentos y los vacíos los vamos llenando con lo que podemos, con deseos, mentiras, suposiciones, imaginarios que tal vez pertenecen a otra historia y a otro tiempo. Perpetuamos lo que podemos y así lo contamos. La memoria miente. La verdad no existe; es un cadáver exquisito

formado por varias voces. Una verdad brumosa que con los años se convierte en ficción.

***

Imagino que su corazón latía cada vez más lento, que sintió la sangre caliente y espesa en la boca. Quizá con el brazo doblado trató de sostener el peso de su cuerpo para levantarse, pero los cuatro agujeros no lo dejaron. Sintió los músculos entumecidos. El río, como un rumor, trajo entre sus aguas la canción de los muertos… *Nadie es eterno en el mundo ni teniendo un corazón*. Quizá tenía sed. Quizá logró voltearse bocarriba. Imagino que abrió los brazos como un crucificado y que trató de hablar y no pudo. Se llevó la mano derecha al pecho y palpó la herida. Se quedó quieto mirando al cielo. Quizá quería ver por última vez la noche de Medellín. Las estrellas. Solo vio nubes. Cerró los ojos despacio, sintió un calambre por todo el cuerpo, como un orgasmo triste, y se fue yendo, tranquilo, con el sonido del río. El canto de los muertos. *No me lloren, que nadie es eterno, nadie vuelve del sueño profundo...* Lo imagino, lo invento. Yo no estuve ahí. Yo tuve la suerte de estar enamorado.

***

Unos dicen que él llegó a la licorera y saludó. Que eran más de las doce de la noche. Que pidió una garrafa de aguardiente y le picó el

ojo a la pelada que estaba atendiendo, que siguió el ritmo de la canción que sonaba golpeando con los dedos la reja, que se escuchó una camioneta llegar, que eran las Convivir, una Chevrolet Luv azul petróleo, que él se puso pálido, que la joven que atendía soltó la botella de aguardiente y el sonido del golpe contra el piso se confundió con el estruendo del primer disparo, que él alcanzó a dar unos pasos, que el segundo disparo pegó en un poste de luz, que caminó tambaleándose, que el siguiente disparo lo tumbó y que ahí llegaron ellos y lo remataron metiéndole tres tiros con pistola y uno con changón en la cabeza y que por eso el ataúd tuvo que estar cerrado en la velación porque le desfiguraron la cara. Eso dijeron, eso dicen.

***

«Ese pelao llegó a la licorera todo arañado y se puso a coquetearle a la sardina que atiende. Que cuándo se iba a dejar robar... Es que esa culicagada es muy linda, a lo bien. Qué salaíto, uno por pobre y viejo. Nosotros estábamos parchados en la esquina jugando apuntado, escuchando música relajados. Entonces… no me acuerdo quién fue el que dijo: Ay, marica, los milicios, y ahí mismo nos azaramos porque, aunque uno no deba nada, uno se azara, esos manes tienen changones muy bravos y es mejor no revirarles porque uno ahí pierde, diga si no, uno no es el más sano, y tampoco pa' ponerse a enfrentarse a esos manes, además ahí también hay conocidos de uno, por eso digo yo que ese mono algo les debía, quién sabe. Yo apenas sentí el primer tramacazo solté las cartas para

la mierda, me tiré al piso y me fui entrando despacito. Fueron unos minutos de taque, taque, taque. Qué susto, a lo bien. Ellos arrancaron en pura hijueputa en esa camioneta por El Playón para arriba y ahí salimos todos y ya vimos el pelao tirado en el piso. Esto está muy caliente».

***

En el informe oficial que les presentaron a los papás, quedó escrito que el asesinato había sido un ajuste de cuentas entre las bandas del sector. Que las COOSERCOM llegaron al lugar de los hechos a restablecer el orden cuando ya se había perpetrado el crimen. Que la Fiscalía haría todas las investigaciones pertinentes y que se lamentaba la muerte de otro joven en medio de la cruenta ola de violencia que vivía la ciudad. Dieron el pésame a los padres e invitaron a la comunidad a denunciar a los delincuentes, a cuidar más a sus hijos, alejarlos de los vicios y reportar cualquier sospecha de delito a la Policía Nacional.

***

Cinco horas antes de su muerte cerraron la cuadra. Era una noche de diciembre. Sonaba «Caimán y gallinazo» del Súper Combo los Tropicales. La calle estaba decorada con cadenetas. Titilaban los bombillos de los dinteles de las ventanas y las extensiones de luz dibujaban estrellas y arbolitos. Las Abuelas pusieron dos ladrillos,

leña y una paila grande para freír chicharrones. Fuimos llegando a recostarnos en los carros, en los postes, a sentarnos en las aceras para hablar y hablar y hablar y esperar a que doña Celia hiciera la novena de Navidad. Una camioneta cuatro puertas hizo abrir campo y pasó con hombres vestidos de overol azul, uno de ellos muy parecido a Bobby. Los que hablaban bajaron la voz. Ana, que tomaba desde temprano, proclamó: Ahí van esos maricones. Manuela, ya con una barriguita pequeña y unos barritos en la frente, pero un embarazo que le sentaba bien, le pidió que se callara. Beni llegó con el tío Jerry en un Renault 4 convertible. Rodeamos el vehículo como si fuera una atracción de circo mientras el dueño contaba sus bondades y los demás exaltaban su buen gusto. Les puso rines cromados y luces de neón a las llantas. Alguien tuvo la idea de dar una vuelta. Como no cabíamos todos decidieron hacer dos turnos. Fruco, Beni, Jerry, La Chiva, Salomé y La Gorda salieron en el primer turno. Envidioso y excluido los vi alejarse estrechos y felices.

Hicimos la novena. Leí el benignísimo Dios de infinita caridad que tanto amasteis a los hombres, y jodí tanto en los villancicos que doña Celia y doña Julia me regañaron. Pasaron los minutos y volvieron los paseadores. Jerry no quiso hacer el segundo turno; no se la iba a pasar toda la noche de chofer. Además, no iba a dejar que nadie manejara su nave recién engallada, mejorada, renovada, producida para atraer aduladores. Después de los primeros tragos, Jhonny y Jerry se perdieron. Mi trabajo se enfocó en complacer a Manuela y darle todas las atenciones. Era un caballero. Además, Juanito estaba perdido desde que aparecieron los milicianos en el barrio. Primavera decía que algunos de la 50 se habían puesto a

trabajar ahí porque les pagaban y que les habían dado el poder para mandar, robar y, por qué no, cuadrar una que otra venganza. Por eso, en ausencia de mi rival, Beni me azuzó para atacar: Aproveche, parce, aproveche. Obediente le ponía la silla a Manuela para que descansara los pies y evitara las várices, le cuidaba el puesto cuando ella salía a bailar con otros, la invitaba a Coca-Cola, a Chocorramo, a chicle Motita, y ella, humilde, se dejaba deslumbrar por mis atenciones.

La Gorda apareció con cara de metralleta y detrás llegaron La Chiva y Jerry avergonzados. Deduje que los había visto consumir perico y sentí alivio de conocer el chisme de antemano. Pero ella no solo los vio drogarse, sino hacer otra cosa. Jhonny le puso la mano a su hermana en el hombro y ella la quitó con rabia. No me toque, maricón, le advirtió. Jerry se hizo el desentendido y salió para su carro. Aproveché para pedirle de nuevo una montadita en el segundo turno. Lo que recibí fue un regaño, como si yo le hubiera rayado esa carcacha. Volví a mi trabajo de cuidador de Manuela y lo que sigue no se me olvida. Cierro los ojos y lo veo nítido. Hay momentos que nos marcan, que recordaremos al detalle, sucesos que nuestro cerebro elige para mantenerlos latentes como si tuviéramos memoria eidética. Tengo presentes el olor, el sonido, los diálogos, los detalles. Así me pasó con la primera vez que vi matar a alguien, con la primera noche con Ana y con esto que voy a contar.

Era medianoche. Olía a chicharrón y a madera quemada. Mi boca tenía tufo de mediacaña. Sonaba «Mi desengaño» de Roena. *Sentemos a pensar, la vida ha de continuar, fingiendo amor donde no hay…* El papá de Manuela anunció con lástima que se había acabado el trago. Óscar se excusó diciendo que don Andrés no iba a

fiar más esa noche y que fuéramos al estanquillo. Manuela con aquella sonrisa hermosa de dientes imperfectos mencionó que tenía un antojo de mandingas. Si quiere yo la invitó, propuse y la abeja reina respondió que gracias. En el mismo momento apareció don Ismael. La Gorda le informó perentoria: Pa, le tengo que contar una cosa. Entonces Jerry, acelerado, me invitó, o más bien a Manuela, a comer mandingas: Y aprovechamos y nos damos un roce en el carro. Cuando nos disponíamos a salir rumbo a mi oportunidad, Beni me miró con la plata en la mano. Porkis, ¿vamos por el guaro?, preguntó. En ese momento no podía perder el papayaso que me daba el universo de estar más tiempo con ella. La ilusión de viajar en un carro juntos y estrechos, y que tal vez mi mano rozara la suya, y que tal vez oliera su pelo, y que después de esa noche se fijara en mí, o por lo menos me diera un besito, aunque fuera por caridad, un besito lastimero, hizo que yo dijera la frase que llenaría mis sueños de remordimiento por más de treinta años: No, parce, yo no voy a ir. Vaya usted; nosotros vamos a comprar unas mandingas en el carro de su tío. Willy, Beni, mi amigo, vio mis ojos llenos de esperanza por un amor perdido y exclamó la última frase que escuché de su boca: Listo, todo bien.

Después de eso, en mi adolescencia, no pasó nada más.

«Tu amor es un periódico de ayer,
que nadie más procura ya leer…».

29 de junio.

Hay un titular de prensa que dice: «Hombre prende fuego a una casa en el barrio Primavera y muere quemado». El diario *Q'más pues* publica: «El desconocido escritor llamado Héctor, alias Porkis, decidió prenderle fuego a una casa del barrio Primavera de la ciudad de Medellín. Cuentan los testigos que el hombre había comprado la casa hacía pocos meses. Se la pasaba escuchando salsa, vallenatos, música decembrina y bebiendo con los vecinos».

La policía inicia una investigación. La policía termina la investigación. Algunas personas ponen flores en la acera de la casa del narrador. Las flores se marchitan y desaparecen. El alcalde le pone el nombre del escritor a una calle cualquiera. Se publica el libro. Se vende poco. No habrá película. La editorial decide no hacer una reimpresión.

«Marejada feliz, vuelve y pasa por mí,aún yo digo que sí, que todavía pienso en ti».

Me rodea gente triste. He presenciado más entierros que nacimientos. No sabría decir cuántos, no se va por ahí llevando la cuenta del número de velorios; como las borracheras, solo se recuerdan las memorables. Como no sé qué decir cuando alguien muere, no digo nada y pongo cara adusta y circunspecta con un toque de solemnidad. No se puede entrar sonriendo a un velorio. Hay que hacer contacto visual con el doliente, así se le llama: doliente. Se hace una señal con la mirada, levantada de cejas y una leve mueca en los labios. Lo siento mucho, así no lo sienta tanto. Lo importante es que la otra persona esté acompañada, que tenga, si es del caso, un brazo en el cual llorar. Incomodidad. Ojalá y no sea en el mío, aunque cuando toca, toca. Lamentos, bisbiseos, murmullos repitiendo oraciones, excesos de borrachos, madres pálidas, hijos calavera, hermanas histéricas, esposas convulsivas, chismosos espontáneos. Saludos. Abrazos. Palmadas en la espalda. La hija del muerto incómoda recibiendo pésames. La recordé joven. Me trajo la cara de su hermano. Una humedad extraña se apoderó del ambiente. Tufo a velorio. Mezcla de formol, flores, humor y lágrimas. Olor a baba. Salí a respirar aire puro. El cartel fúnebre, que tenía varios nombres: «Jose, Rubén, Willy…», flotaba en un charco. Un hombre me ofreció un cigarrillo y respondí que no con el dedo. ¿Un guarito? No, gracias. ¿No volviste a beber? La voz tenía confianza. La pregunta fue directa, como si tuviera historia conmigo. Demás que usted no se acuerda de mí, lamentó. Sentí náuseas. Busqué un baño. Me lavé las manos. El rostro en el espejo no era el mío. Mi cara era la de mis amigos y cambiaba cada segundo, como

en el video de «Black or White» de Michael Jackson. Salí de ahí para huir de ese trance azaroso. El velorio ya no estaba. Vi a una mujer en una silla Rimax al lado de un equipo de sonido con una botella de aguardiente en la mano. Me senté a su lado y la perra Canela se acostó a mis pies. El aire estaba compuesto de anís. Era ella. La reconocí: Manuela. Eran ellas: Manuela, Ana, Juliana, Catalina y Salomé.

«Cerrá la boca que se te va a llenar de moscos», susurró una voz pálida. Giré la cabeza y los vi sentados conmigo. Mis amigos se burlaron de mí, o se burlan, era pasado y presente. Dos tiempos al tiempo. La sensación de haber vivido lo que se está viviendo. Comenzaron, o comienzan, a bailar. Mucha gente. Se prende la fiesta. Sonó, o suena, isí, suena!, suena «Marejada feliz» de Roena. Estoy en Primavera, mi barrio. *Marejada feliz, vuelve y pasa por mí, aún yo digo que sí, que todavía pienso en ti*. Lloré. Lloro. Lloraré.

Mi mundo se vuelve un solo estetograma, imágenes mezcladas en una única sensación que invade los sentidos: salsa, fiesta, miedo, balas, risas, besos, sombras; fútbol: picados, desafíos, gambetas, goles; juegos: pico monto, pico monto, pico monto. El mundo en forma de balón golpea el muro de mi casa que tiene escritos los nombres de mis amigos, hace un hueco y sigue de largo, da vueltas a 107 280 kilómetros sobre su propio eje con destino a la avenida principal. Nosotros salimos corriendo calle abajo para evitar que un carro lo estripe. Suena: ¡plum! Chao, estalla el balón, el aire comprimido se libera, adiós, partido, fútbol, salsa, adiós a mi época, adiós al barrio Primavera.

***

Yo...

El narrador, acurrucado en el piso oye carros pasar y al fondo el rugido de Medellín. Quiere llorar. Presente y pasado. Siente la boca pastosa. Le arde el estómago. Una colilla de cigarrillo forma un hueco en el tapete que cada vez crece más. Un hilo de humo hace una danza en el aire y se desvanece. *Y así termina la historia… Yo crecí junto a la barra y entre copas tuve amigos…*

«Yo quisiera… No sé…».
«No, hombre, no tienes que decirnos nada. Esta es tu copa, a ver, a ver, y aquí están tus amigos. Esooo. Bienvenido».

Lista de canciones por orden de aparición.

Escucha la música de *Primavera* siguiendo este código QR

«Como nosotros», Rubén Blades.
«Sabiduría», Orquesta Narváez.
«Sobre una tumba humilde», Cheo Feliciano.
«Se tiñó la fiesta de rojo», Bayardo de la Vega.
«Nació varón», Cuco Valoy.
«Te conozco», Héctor Lavoe y Willie Colón.
«Mala suerte», Henry Fiol.
«Los caminos de la vida», Los Diablitos.
«Maldita navidad», Gabriel Romero.
«Diez lágrimas», Los Hermanos Lebrón.
«Los bailaderos», Nelson y sus Estrellas.
«Incomprendido», Ismael Rivera.
«Casanova», Willie Colón.

«No soy de aquí (ni soy de allá)», Gene Hernández.
«Tiempo pa' matar», Willie Colón.
«Sale el sol», Ismael Rivera.
«Fuego en el 23», La Sonora Ponceña.
«Los zapatos Manacho», El Gran Combo de Puerto Rico.
«Esos ojitos negros», El Gran Combo de Puerto Rico.
«Pedro Navaja», Rubén Blades y Willie Colón.
«Calle luna, calle sol», Héctor Lavoe y Willie Colón.
«Milonga para una niña», Andy Montañez.
«Las cuarenta», Rolando Laserie.
«Juanito Alimaña», Héctor Lavoe y Willie Colón.
«Barrunto», Héctor Lavoe y Willie Colón.
«Ah-Ah / O-No», Héctor Lavoe y Willie Colón.
«El padre Antonio y el monaguillo Andrés», Rubén Blades
«Longina», Oscar D'León.
«Corazón guerrero», Willie Colón.
«Burundanga», Celia Cruz.
«Payaso», Raphy Leavitt.
«El forastero», Nelson y sus Estrellas.
«Monín», Orquesta Dicupé.
«La temperatura», Los Hermanos Lebrón.
«Perdóname», Gilberto Santa Rosa.
«Confundido», El Combo de las Estrellas.
«La cuna blanca», Raphy Leavitt.
«El gran varón», Willie Colón.
«Agúzate», Richie Ray y Bobby Cruz.
«Triste y vacía», Héctor Lavoe y Willie Colón.
«El cantante», Héctor Lavoe.

«Maestra vida», Rubén Blades.
«Vamos a reír un poco», Héctor Lavoe.
«Hojas blancas», El Gran Combo de Puerto Rico.
«Así soy», Cheo Feliciano.
«Mi desengaño», Roberto Roena.
«Nadie es eterno», Dario Gómez.
«Periódico de ayer», Héctor Lavoe.
«Marejada feliz», Roberto Roena.
«Copas y amigos», Ismael Miranda.

Agradecimientos

A Carolina Goméz por leerme, apoyarme y creer en lo que escribo.

A mis compañeros del Idem Industrial San Juan de luz Fe y Alegría, promoción 1999.

A mis amigos de Santa Cruz y La Milagrosa por ayudarme a recordar.

A Carlos Eduardo Vásquez por presentarme la literatura como opción de vida y corregir las primeras líneas de este libro hace veinte años.

A Natalia Jerez, la primera editora que leyó el texto y dijo que el libro era publicable. No dijo bueno, dijo publicable.

A Salomé Cohen —la editora mencionada—, por enseñarme tanto, tenerme paciencia y dejarme incluir ese capítulo atravesado.

A Sebastián Estrada, el editor que se arriesgó a publicar este libro en el mismo sello de García Márquez, J.M. Coetzee y Orhan Pamuk, a ver si algo se me pega.

A Gilmer Mesa, un crack, por mostrarme el camino de mi voz y aguantar mi lora con esta historia.

A David Betancourt y a Luis Miguel Rivas, otros cracks, por sacar el tiempo para leerla y animarme a seguir escribiendo.

A la Universidad U.P.B. y a sus docentes de la Maestría en Literatura por alcahuetiarme la idea de contar esta historia. En

especial a Danny Jean Paul Mejía, Tatiana Chiquito, Laura Correa, Guillermo López, Gustavo Galeano y Daniel Botero.

A los lectores de mi anterior novela, *El árbol de guayacán*, que me ayudaron a derrotar el sindrome del impostor.

A su majestad el fútbol, esa desmesurada enfermedad, y a mi papá, Alberto Hoyos, que me la contagió.

Y a la salsa, la mejor música del mundo. ¡Vaya mi gente! ¡Se soltaron los caballos!



«La amistad, el amor, la muerte y el paso a la adultez se dan cita en esta novela conmovedora y honesta que ha escrito Dany Alejandro Hoyos con el ritmo de Willie Colón, el ojo de Víctor Gaviria, la destreza de Germán Cano y un conocimiento profundo de la literatura local y universal».

Antonio García Ángel

En el barrio Primavera el mundo cabe en unas pocas cuadras. La tienda es el centro de las noticias, la calle hace de cancha de fútbol, la salsa marca el ritmo de los días y las amistades se construyen entre partidos interminables, chistes, velorios, primeras borracheras, amores imposibles y tardes en las que un balón basta para creer que Primavera durará para siempre. Este barrio, levantado a pulso en una ladera de Medellín, es una patria pequeña donde siempre hay una excusa para festejar. Pero la fiesta empieza a llenarse de ausencias. Las balaceras sustituyen los juegos, las fronteras invisibles parten la cotidianidad y los nombres de los amigos comienzan a repetirse en los entierros. Años después, un narrador

regresa para reconstruir ese universo con la esperanza de que la memoria alcance a salvar aquello que la violencia enmudeció.

Con una prosa vibrante, atravesada por el humor y la música, Dany Alejandro Hoyos convierte una historia de amigos en el retrato inolvidable de una época. *Primavera* celebra la vida con la misma intensidad con la que enfrenta la pérdida.



DANY ALEJANDRO HOYOS

Es humorista, escritor, empresario y conferencista. Creador e intérprete de Suso el Paspi, personaje con el que ha recorrido más de veinte países, ha dirigido durante dieciséis años el exitoso programa *The Suso's Show*. Es fundador de Te Creo, la Escuela de Arte Te Creo y la Librería Te Creo. Estudió Comunicación Social, se licenció en Humanidades y Lengua Castellana en la Universidad de Antioquia y es magíster en Literatura de la UPB. Ha sido orador TED y es autor de la novela *El árbol de guayacán* (2023), publicada por Penguin Random House.

Fotografía del autor: © Alejandro Mejía @alejandromejíafoto



Título: *Primavera*
Primera edición en Random House: septiembre de 2026

© 2026, Dany Alejandro Hoyos
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.S.
Carrera 7 # 75-51, piso 7, Bogotá D.C., Colombia
PBX: (57-1) 7430700
penguinlibros.com

Diseño de cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial / Juan Camilo Ortiz ALfonso
Ilustración de cubierta: © Juan Camilo Ortiz Alfonso

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual y el derecho de autor. El derecho de autor estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del derecho de autor al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso previo y expreso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Por favor, tenga en cuenta que ninguna parte de este libro puede usarse ni reproducirse, de ninguna manera, con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial ni de minería de datos.

ISBN: 978-628-7811-64-5

Conversión a formato digital: Numerikes

Índice

Primavera
Dedicatoria
Epígrafes
La previa
Primer tiempo
El entretiempo
El segundo tiempo
Análisis del juego
Lista de canciones por orden de aparición
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos

Table of Contents

Primavera
Dedicatoria
Epígrafes
La previa
Primer tiempo
El entretiempo
El segundo tiempo
Análisis del juego
Lista de canciones por orden de aparición
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos